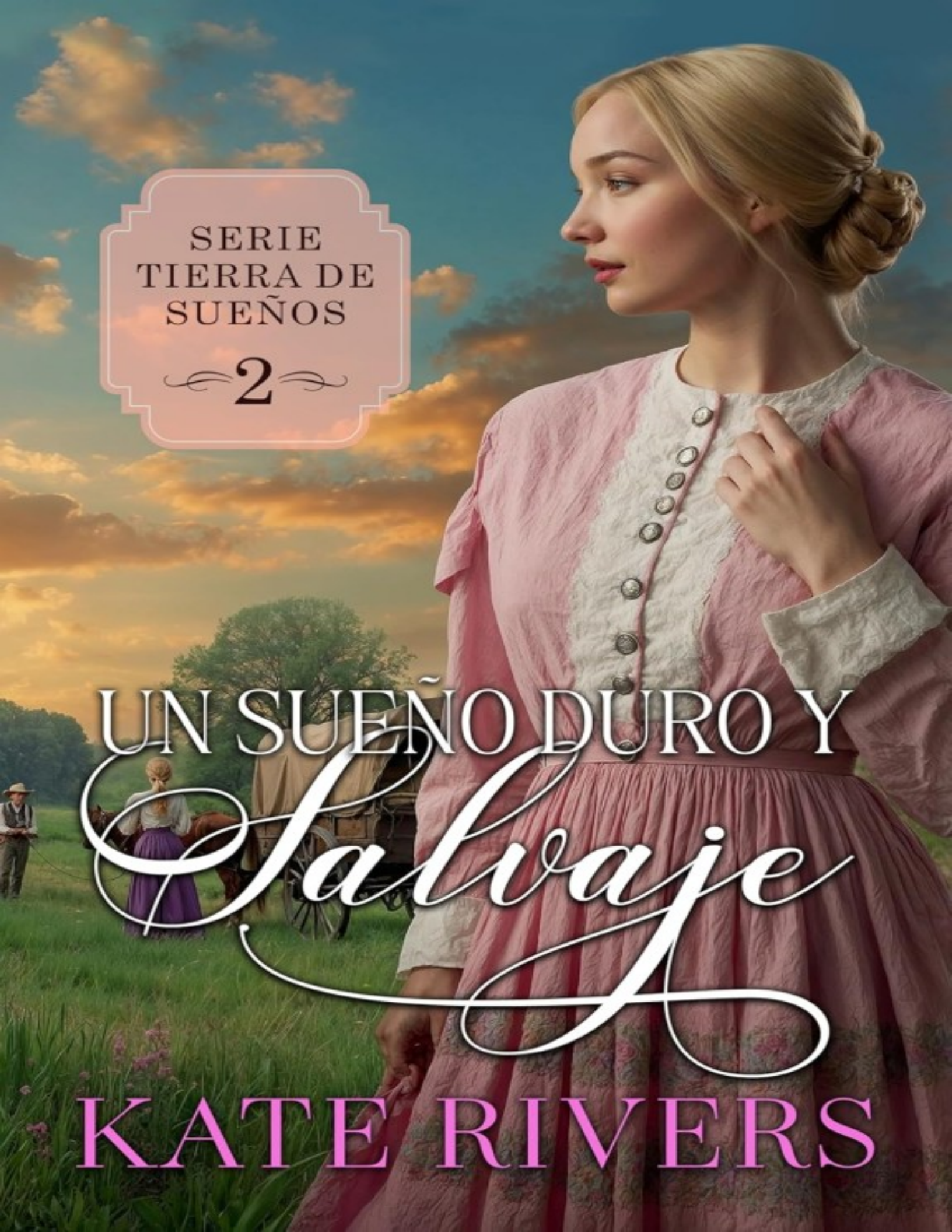

SERIE
TIERRA DE
SUEÑOS
2
UN SUEÑO DURO Y
Salvaje
KATE RIVERS

UN SUEÑO DURO Y *Salvaje*

KATE RIVERS



©KATE RIVERS

Título original – Un sueño duro y salvaje

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Ella solo quería un nuevo comienzo y haría lo que fuera necesario para dejar atrás su anterior vida como prostituta.

Después de pasar años sumida en la prostitución, Rita jura que nunca más permitirá que un hombre la controle. Y gracias a la ayuda de Donna, por primera vez puede saborear la libertad y ser capaz de soñar con un hogar.

Pero aunque ha tenido que luchar y esforzarse para conseguir un lugar en la caravana, Rita se da cuenta de su soledad cuando su amiga Donna se compromete con Jared, y teme que nadie quiera estar con ella debido a su pasado.

Como mestizo, Sam sabe lo que significa que la gente te desprecie y te margine. Pero aunque sea un experto explorador, no logra encontrar el camino hacia el corazón de Rita, ni consigue que deje a tras sus miedos.

El tiempo se les agota para hacer realidad sus sueños, y para aprender a confiar el uno en el otro.

?? Esta serie consta de tres novelas consecutivas, donde acompañarás a su protagonista Donna, Rita y Jodie en un viaje por caravana lleno de peligros y romance.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

1

Rita contuvo la respiración, reprimiendo el grito que luchaba por salir de su garganta seca y dolorida. Cuerpos bronceados, casi desnudos, se sentaban con majestuosidad cruel sobre ponis pintados, tan temibles como los jinetes que los montaban. Bajo una bandera de tregua, aquellos guerreros habían entrado en el campamento: venían a proponer un intercambio. Y, a menos que Rita se equivocara, ella era la pieza que deseaban.

—No te preocupes —susurró su amiga y compañera de viaje, Donna Kinston, de pie a su lado. Deslizó su mano temblorosa en la palma húmeda de Rita y casi le trituró los dedos—. Sam y Jared no permitirán que te lleven. Aunque tengan que matar hasta al último de esos salvajes semidesnudos.

La seguridad de Donna ofrecía poco consuelo, sobre todo al ver la mirada lasciva que le lanzaba el que parecía ser el jefe. Un hombre de pecho amplio, vientre plano, cabellos negros como la noche y unos ojos brillantes, cargados de una intención imposible de malinterpretar.

La lujuria tenía el mismo rostro, sin importar el color de piel del hombre. Rita lo sabía bien. La había visto más veces de las que podía recordar.

—Parece que ofrecen tres caballos por ti —murmuró Johnny Kinston, el hermano de trece años de Donna, visiblemente impresionado—. Es una buena oferta. Ese jefe está muy decidido a tenerte, señorita Rita.

Donna se giró hacia él y le soltó un fuerte pellizco.

—¡Johnny, cállate, por el amor de Dios!

—¡Ay! —Su exclamación atrajo la atención de los guerreros situados al final de la fila. La miraron con el ceño fruncido y luego se dieron la vuelta. Johnny, sin embargo, se mantuvo desafiante.

—Maldición, Donna, sabes muy bien que Jared no la va a dejar ir por eso.

—Jared no la va a dejar ir de ninguna manera —siseó ella—. O te callas, o te metes en el carro. ¿Y qué te he dicho sobre decir «maldición»?

—¿Qué tiene de malo?

—No te importa. Solo haz lo que te digo.

Rita apenas escuchaba la discusión en voz baja; su atención seguía fija en la negociación que se desarrollaba a pocos metros. Sentía las miradas acusadoras de los demás pioneros clavadas en su espalda. Podía adivinar lo que pensaban: una vez más, aquella mujer de mala vida había traído el peligro al campamento. El sudor le corría por la espalda, empapándole el vestido bajo los brazos.

Dios mío, ¿es esto lo que me merezco por todos los pecados que he cometido?

La pequeña banda de guerreros cheyennes llevaba siguiendo la caravana desde el amanecer. Jared Larson, jefe de la expedición, había ordenado detenerse al mediodía y formar un círculo con las carretas, por si los indios decidían atacar. Solo ahora, bajo el implacable calor de la tarde, aquellas figuras temibles habían entrado en el campamento con supuestas intenciones comerciales. Dado el evidente desdén que Jared sentía hacia ella, Rita no compartía la certeza de Donna: no estaba tan segura de que él no aprovechara aquella oportunidad para librarse de su presencia de una vez por todas.

Con un firme movimiento de cabeza, Jared pareció señalar que las negociaciones no estaban yendo como el jefe cheyenne deseaba.

El guerrero intentó entregarle las riendas de tres caballos, pero Jared dio un paso atrás, negó con la cabeza y alzó las manos con las palmas abiertas, en señal de rechazo. Sam, el explorador mestizo de ascendencia sioux, habló entonces en tono educado y respetuoso, pero firme, dejando claro que la oferta no sería aceptada.

Casi débil de alivio, Rita tragó saliva y luchó por no vomitar. Por mucho que quisiera apartar la vista de aquel grupo de hombres de torsos pintados y untados en aceite, no podía. Algo la obligaba a mirar. Había oído hablar del efecto hipnótico del terror, esa fuerza que empuja a una persona a contemplar el avance de una tormenta o a quedarse inmóvil ante las fauces babeantes de un oso pardo. Solo ahora lo comprendía de verdad.

El indio saltó sobre su caballo. Giró el poni para colocarse de frente a Rita. El terror le paralizó las rodillas. No habría podido correr, ni aunque hubiese tenido la presencia de ánimo para hacerlo.

—¡Mujer! —gritó el guerrero, señalándola con el dedo. Luego se golpeó el pecho con ese mismo dedo—. ¿Vienes con Águila En Picado?

Rita negó con la cabeza con tal rapidez y vehemencia que el cheyenne empezó a dar vueltas ante ella. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas oscuras y brillantes.

Azotó de nuevo al poni, cuya ancha espalda morena relucía bajo el sol abrasador. Alzó el brazo en alto para indicar a los otros veinte guerreros que lo siguieran.

Uno a uno, los pioneros se cubrieron el rostro con pañuelos y delantales mientras los caballos levantaban nubes de polvo en el aire seco al alejarse. En silencio, observaron hasta que el último indio coronó la colina del horizonte y desapareció al otro lado. Entonces, como un enjambre de abejas enfurecidas, comenzó el murmullo.

Jared alzó ambos brazos y pidió silencio.

—Escuchen, amigos. No hemos visto lo último de los cheyennes. Llevan meses causando problemas a los soldados y a las

caravanas en esta región. En un par de horas oscurecerá, así que mantendremos el círculo de carretas y asignaremos más guardias. Especialmente alrededor de las mujeres.

El rostro de Rita se encendió cuando, poco a poco, la atención de los presentes pasó de Jared a ella.

—Yo digo que dejemos que el jefe se la quede —bramó el señor Kane—. No pienso arriesgar el cuello por una puta.

Donna soltó un grito ahogado y avanzó hasta colocarse en medio del círculo.

—¡Cómo te atreves! Rita no eligió lo que fue en el pasado. Pero ahora no es esa clase de mujer. Así que ni se te ocurra entregarla a ese salvaje. Deberías avergonzarte por decir algo tan ruin.

Jared se adelantó y rodeó con un brazo a su prometida.

—Tranquila, Donna. Nadie va a entregar a Rita a los indios. —Su mirada fulminante al señor Kane no dejaba espacio a réplica. Luego recorrió con la vista el círculo entero—. Quiero que el capitán de cada sección aumente el número de guardias de dos a cinco. Dejaremos seis fogatas encendidas y partiremos al amanecer. Los niños no deben alejarse sin un adulto. Y a la menor señal de problemas, rodearemos las carretas. Kane... mañana mantén atado a ese cachorro. Si se escapa, le dispararé.

El señor Kane asintió con un gesto seco, se volvió y dirigió a Rita una mirada llena de ira antes de alejarse hacia su carreta. Poco a poco, el resto de los pioneros regresaron a sus campamentos para iniciar los preparativos de lo que, sin duda, sería una noche inquieta.

Las piernas de Rita se negaban a moverse. Observó, impotente, cómo Donna y Jared se acercaban tomados de la mano. Su amiga le estrechó la mano con firmeza.

—No le hagas caso al señor Kane, Rita. No es más que un ignorante amargado. ¿Estás bien?

—Siento haber causado tantos problemas —murmuró ella, con los labios temblorosos.

Jared carraspeó.

—Os dejo para que os preparéis para la noche. Pondremos a dos hombres vigilando fuera de vuestra carreta. Estaréis a salvo.

—¡Jared! —susurró Donna—. ¿No vas a decirle nada a Rita?

Rita puso una mano sobre el brazo de su amiga.

—No pasa nada.

—Sí que pasa —se enfrentó a su futuro marido, con las manos apoyadas en las delgadas caderas y las piernas firmes sobre el suelo, mientras lo miraba con ira—. Dile a Rita que no es culpa suya que ese salvaje se haya encaprichado con ella.

Jared bajó la mirada hacia su prometida y habló con obstinación, apretando los labios.

—Le gusta su cabello. Si Rita realmente quiere que la gente la vea como una mujer cambiada, debería recogérselo como una dama decente, en lugar de llevarlo suelto y ondeando al viento como una...

Donna se quedó sin aliento, pero Rita no esperaba otra cosa.

—Tiene razón —se llevó las manos a la cabeza y empezó a retorcerse el cabello hasta que logró recogerlo en un moño en la nuca—. ¿Me prestas unas horquillas, Donna?

Donna entrecerró los ojos y, con un tirón, soltó las horquillas que sujetaban sus propios rizos rojos, ahora sueltos en una maraña rebelde.

—Toma, usa las mías. No me las volveré a poner hasta que él te pida perdón —dijo, arrojándoselas a Rita, que las tomó con la mano extendida y se alejó pisando fuerte hacia la carreta.

La perplejidad se dibujó en el rostro de Jared, y después sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—Tiene un cabello muy bonito, ¿verdad?

—Sí —sonrió Rita.

—Supongo que te debo una disculpa.

No era exactamente el arrepentimiento sincero que Donna esperaba, pero superaba lo que Rita había imaginado.

—Me encargaré de decírselo.

Mientras se alejaba, Rita se preguntó cómo demonios había conseguido llamar la atención del jefe. Aún conservaba tres cicatrices en el pómulo que no habían sanado bien tras la paliza que le propinó el dueño del salón de Newtown, Kansas. El lugar donde había entretenido a cualquier hombre dispuesto a pagar el precio que George le imponía. Era la única vida que había conocido desde los quince años. Hasta que la caravana atravesó ese pequeño pueblo, dos meses y medio atrás, y su destino cambió para siempre. Solo ahora, con su belleza mancillada, había pensado, de verdad, que los hombres la dejarían en paz. Pero allí estaba otra vez, objeto de deseo y en venta.



Sam Diez Pasos sabía una cosa con certeza: prefería que lo colgaran antes que permitir que alguien tocara un solo cabello de la hermosa cabeza rubia de Rita Rodden. El jefe de guerra cheyenne había sido contundente, y Sam sabía que no habían visto lo último de él. Durante las últimas horas había explorado con cautela el horizonte, buscando cualquier señal que indicara un ataque inminente. Pero hasta entonces no había visto nada. Lo más probable era que estuvieran reuniendo refuerzos antes de enfrentarse a una caravana de doscientas cincuenta personas. Sam solo rezaba para que la caravana llegara al fuerte antes de que Águila En picado regresara con sus guerreros.

La oscuridad había envuelto el campamento, y reinaba un silencio tenso, aunque dudaba que alguien pudiera descansar tras la primera amenaza real de los hostiles desde que partieron de Independence, Misuri, en abril.

Había habido algún que otro robo, pero más por provocar problemas que por causar daño. Los guerreros pawnee se habían llevado dos vacas hacía más de un mes, y antes, cinco guerreros sioux dakota se habían acercado pidiendo comida. Habían comido más de lo que les correspondía de estofado de venado y galletas antes de marcharse en buenos términos, con ollas de hierro atadas a correas de cuero que tintineaban al alejarse. Esos incidentes habían sembrado una falsa sensación de seguridad, pese a las advertencias de Jared y Sam de que se adentraban en territorio cheyenne y las cosas no estarían tan tranquilas con ellos. Pero nadie les había hecho caso. Ahora lo sabían. Con suerte, estarían más alertas.

Si todo iba bien, el grupo de viajeros agotados llegaría mañana a Fort Laramie. Jared había enviado a un explorador para avisar al capitán de que la caravana estaba amenazada por los cheyennes y había solicitado escolta. Con suerte, una compañía de soldados ya estaría en camino para brindar seguridad adicional frente al descontento jefe de guerra.

Pero esa noche, Sam no tenía intención de apartar la vista de la carreta de Rita. Aunque era poco probable, si los cheyennes intentaban colarse en el campamento para secuestrarla, antes tendrían que pasar sobre su cadáver.

Una ramita crujió detrás de él, pero Sam supo que era Jared, así que no hubo motivo para reaccionar. Jared llevaba observando la misma carreta desde que las damas se habían retirado.

—¿Crees que mañana tendremos problemas? —preguntó Sam sin desviar la vista.

—Podría ser —respondió Jared, escupiendo una ramita al suelo —. Debería haber sabido que no debía dejar que esa mujer se uniera a la caravana. Esto es lo que pasa por ablandarse.

Sam contuvo la respuesta, pues Jared podía ser frío a veces.

—Lo único de lo que se puede acusar a Rita es de tener una preciosa melena rubia.

Más bien, una melena que caía como una cascada nívea por su espalda, invitando a los dedos de un hombre a nadar en sus densas corrientes. No podía culpar al guerrero cheyenne; él mismo quedaba hipnotizado cada vez que aquellos mechones flotaban sobre su rostro y, más aún, cuando ella, sin querer, se pasaba los dedos por las cicatrices.

Podía sentir la mirada inquisitiva de Jared posada en su rostro y sabía que su amigo había intuido el rumbo de sus pensamientos. Se volvió hacia el guía de la carreta.

—No le des más importancia de la que tiene.

—Te preocupas por ella.

—Sí —respondió Sam, aunque no era una pregunta.

—Entonces eres mejor hombre que yo.

—Todos hemos pecado, Jared. Incluso tú.

Jared soltó una breve risa.

—Ella se vendía a los hombres. Nada de lo que yo haya hecho se puede comparar con eso.

—Quizá a ojos de los hombres, pero pecado es pecado ante Dios. Además, mi amiga Donna también se vio obligada a tomar decisiones difíciles, ¿no es cierto?

La ira brilló en los ojos de Jared.

—No compares las dos cosas. Donna no tuvo elección; Rita sí. Ella escogió vender su cuerpo.

—Quizá —dijo Sam con un largo suspiro—, pero Rita también sintió que no tenía otra opción.

—¿Vamos a permitir que una mujer de su clase se interponga entre nosotros?

Sam apretó los labios con severidad.

—Solo si insistes en llamarla con palabras que ya no le corresponden. Dios la ha perdonado, Jared. ¿Qué derecho tienes tú

para negarle una segunda oportunidad?

Jared se metió el pulgar en la trabilla del cinturón.

—Recuerda mis palabras, Diez Pasos. Esa mujer volverá a las andadas en cuanto tenga la primera oportunidad. Y si le entregas tu corazón, serás el mayor de los necios.

Sam se mordió la lengua. No necesitaba que Jared Larson le dijera qué clase de tonto era. Había perdido el corazón hacía meses, en el instante mismo en que posó la vista en Rita. Y, pese a lo que pensaran los demás, seguiría siendo un necio, aunque supiera que ella nunca sería suya.

Jared exhaló con ruido.

—¿Ya se han acostado todos?

Aliviado por cambiar de tema, Sam asintió.

—Creo que sí.

—¿El cachorro de los Kane está atado?

Sam asintió solemnemente.

—Sí, pero no está contento. Zach tampoco. Y la señora Kane teme que el perro se ahorque, porque tira con tanta fuerza de la cuerda.

—Qué pena. Ese animal es una amenaza. Sería una bendición que esa bestia ignorante se ahorcara. Deberíamos haber dejado a ese maldito cachorro donde lo encontramos.

Sam guardó silencio. En cierto modo, compartía la opinión de Jared. El perro causaba demasiado alboroto en la caravana, pero ambos sabían que, desde que la señora Kane había perdido a su hija pequeña en un tornado semanas atrás, estaba sumida en un duelo profundo. Encontrar al cachorro medio lobo, temblando y abandonado en la llanura, había llenado el vacío de su corazón y comenzado a sanar la herida que le dejó la muerte de su única hija.

—Yo cuidaré del cachorro —aseguró Sam.

—Más te vale, o haré que Zach lo mate —amenazó Jared.

La tensión en la voz de Jared aumentó la preocupación de Sam. No era propio de él insistir tanto en algo tan trivial, ni siquiera frente al peligro de los nativos. Jared había peleado en tantas batallas como el propio Sam, y nunca lo había visto perder la sangre fría ante el peligro.

—¿Te inquieta algo más que los cheyennes, Jared? —El guía mantuvo la mirada fija en el horizonte, pese a la oscuridad que impedía vez.

Apretó la mandíbula.

Fuera lo que fuera, Sam sabía que su amigo necesitaba que lo animaran a hablar. Pero no era de los que empujaban a alguien a abrirse. Para él, un hombre tenía derecho a sus pensamientos; y salvo que decidiera compartirlos, no era asunto de nadie más.

Jared exhaló otro suspiro profundo.

—Ojalá pudiéramos rodear el fuerte —confesó.

—Podemos hacerlo —replicó Sam, mirándolo con cierto recelo —. Tú estás al mando.

Jared frunció los labios, pareció meditar la idea durante un instante y luego negó con la cabeza.

—No. La gente lleva semanas sin descanso. Dos de los cazadores del capitán Randall han vuelto con dos antílopes; los están asando. Los exploradores nos han dicho que las mujeres del fuerte preparan un auténtico festín para mañana, cuando lleguemos.

Sam volvió a callar. Jared prosiguió:

—Quizá una distracción acabe con las disputas insignificantes que hemos tenido que soportar. Ese cachorro de Kane es solo uno de los problemas. Está el bebé llorón de Jenkins, que mantiene despiertos a todos en un radio de diez carromatos durante media noche; el calor nos está afectando a todos, y la idea de escalar las

montañas pronto pondrá a todos nerviosos. Por no hablar de esos molestos pieles rojas.

Sam asintió.

—Estaba pensando en celebrar un servicio religioso antes de partir de Fort Laramie. ¿Te parece mala idea? —preguntó.

Jared se quitó el sombrero con dos dedos y se secó el sudor de la frente con el dorso del brazo.

—No es mala idea. Necesitaremos toda la ayuda divina que podamos conseguir —convino.

Un destello de pelo negro y gris pasó veloz junto a ellos. Jared gruñó.

—Sobre todo si Kane no hace algo con ese maldito perro —advirtió.

2

Cansados y agotados por el viaje, los pioneros avanzaban lentamente hacia el fuerte. Todos respiraron algo más tranquilos cuando, al mediodía, los soldados aparecieron para escoltarlos el resto del camino. Al no haber más amenazas de los cheyennes, el ánimo empezó a mejorar y Jared permitió que caminaran junto a las carretas, siempre y cuando nadie se alejara.

A Rita le habría encantado bajarse del estrecho asiento de la carreta y estirar las piernas, pero no se atrevía a perder tiempo. Buscó a tientas las tijeras justo cuando los bueyes se desviaron bruscamente hacia un lado, lanzándola con fuerza contra el asiento. Se aferró con fuerza mientras la carreta se hundía y se balanceaba en los profundos surcos del camino, lo que dificultaba mucho que Rita pudiera coser en línea recta. Algunos podrían llamarla loca por intentar tal hazaña en condiciones tan duras, pero estaba decidida a terminar el vestido de novia de Donna antes de llegar al fuerte.

—¿Está seguro, Jared, de que hay un predicador en el fuerte? —preguntó ella.

En el asiento junto a ella, Donna apretaba las riendas con los nudillos blancos, luchando contra el pesado tiro de bueyes que se esforzaba por mantener el equilibrio.

—Eso es lo que dijo —respondió Jared con una rápida mirada y un gesto de escepticismo—. Al parecer, esa información venía de la expedición de exploración.

La primera carcajada en días escapó por la garganta de Rita.

—Desde luego, no es un hombre que se desvíe de su objetivo, ¿verdad?

—Igual que tú —replicó Donna, señalando el vestido—. No sé cómo consigues hacer puntadas tan bonitas con el carro moviéndose tanto.

Encantada con el cumplido, Rita sonrió a su amiga.

—Si estás decidida a casarte con Jared antes de llegar a Oregón, yo estoy decidida a que no lo hagas con esos pantalones polvorientos que te empeñas en llevar.

—Siempre queda el vestido azul que Edna me recortó.

—Ah, sí, la noche en que se casó el último grupo de parejas enamoradas. Pero no creo que quieras casarte con un vestido de segunda mano, ¿verdad?

Donna frunció la nariz pecosa.

—La verdad es que no.

—Bueno, entonces mi tarea está clara —sonrió Rita con cariño —. Sam dijo que en tres horas podríamos ver el fuerte. Si conozco al testarudo señor Larson, te llevará al fuerte antes de que desenganchen los bueyes. Así que deja de distraerme.

—Lo siento, señora —respondió Donna, azuzando a los bueyes con las riendas y soltando una risa casi tonta.

La alegría en la voz de Donna despertó en Rita un doloroso sentimiento de gratitud. Donna merecía toda la felicidad que la vida pudiera darle. Gracias a Dios, había escapado de Emmett antes de que él le rompiera el espíritu, como George y todos los demás hombres que habían maltratado a Rita al final lo habían hecho con ella.

Rita sabía que había estado a punto de morir en la última paliza. George realmente la había llevado al límite, casi la había matado. Pero eso ya era parte del pasado. Él había desaparecido

para siempre de su vida. Jared y Sam se habían encargado de que así fuera.

Después de todos esos años entreteniendo a hombres para que George se llenara los bolsillos, por fin había conseguido vencer. Sí, ella, Rita Rodden, había ganado por primera vez en sus veintidós años, o al menos por primera vez en los últimos siete, desde que cometió la locura de confiar en un hombre y abandonar la seguridad del hogar paterno.

Se secó el cuello empapado de sudor y deseó con todas sus fuerzas que una nube errante cubriera el sol, aunque solo fuera por unos minutos. Un poco de alivio ante aquel calor sofocante. Incluso una tormenta breve le habría venido bien.

En días tan miserables como aquel, a los viajeros les costaba recordar que el verano pronto daría paso al otoño. Entonces el aire se enfriaría, probablemente más de lo que deseaban, teniendo en cuenta los retrasos que ya acumulaba la caravana. Según Sam y Jared, existía cierta preocupación por la capacidad del grupo para atravesar las montañas antes de que las nevadas se volvieran demasiado intensas.

Pero con un calor tan opresivo, pocos miraban tan lejos. Por el momento, los ánimos estaban tan caldeados como los días eran largos, y no hacía falta mucho para que alguien perdiera los estribos. Las disputas brotaban por doquier, la más notable entre Zach Kane y Curtis Adams, todo por culpa de un pollo muerto.

Lucille, esposa de Curtis, aseguraba con vehemencia que el cachorro medio lobo de Zach había matado al ave, y Curtis no tenía motivos para dudar de su mujer. Los dos hombres estuvieron a punto de llegar a las manos antes de que Jared interviniera para poner fin a aquella tontería. Los viajeros, desesperados por distraerse, ya habían tomado partido. Un pollo muerto y un cachorro travieso habían dividido en dos una caravana de 250 almas.

Por fortuna, para ese día aún se mantenía una tregua tácita. La gente tenía asuntos más importantes en mente. Los indios. Y Fort

Laramie, por ejemplo. Ni siquiera la amenaza del día anterior lograba empañar su ánimo ante la prometedora distracción que les esperaba. Y más allá, las montañas, y más allá... Oregón. La tierra prometida.

Antes de abandonar Newtown, Kansas, Rita había imaginado esa tierra de leche y miel como un nuevo comienzo. Un marido. Hijos. Todo aquello que una mujer albergaba en su corazón desde niña. Aunque la mayoría se burlaba de la idea de que una «paloma manchada» pudiera atraer a un hombre dispuesto a pasar más que unas horas en su cama, y mucho menos toda una vida junto a ella, ella se aferraba a la esperanza. Con cautela, sí, pero esperanza al fin y al cabo.

Ahora que su belleza estaba mancillada, había enterrado para siempre aquellas ideas románticas. Si carecía de su encanto, ¿qué podía ofrecer? Nada que ocultara su pasado. Sus aspiraciones actuales se apoyaban en dos cosas: sus habilidades con la aguja y la corta memoria de sus compañeras de viaje.

Ya no era rival para la atención de los maridos, así que esperaba que las mujeres de la caravana comenzaran a mostrarle algo de misericordia, y no apartaran siempre sus faldas al verla acercarse.

Con el tiempo, soñaba con tener una pequeña tienda de vestidos. Hasta entonces, podía conformarse con remendar ropas y confeccionar camisas para hombres sin esposas ni madres que se ocuparan de ello. Pero nada de eso sucedería si no lograba empezar de nuevo en la mente de la gente.

Rita dio la última puntada al vestido de novia de Donna momentos antes de que las paredes de Fort Laramie se convirtieran en el flanco izquierdo de la caravana y se escuchara la orden:

—¡Formad un círculo con los carromatos!

—Aquí viene Diez Pasos —las palabras de Donna hicieron que Rita alzara la cabeza justo cuando cortaba el hilo suelto con un suspiro de alivio. Sonrió para dar la bienvenida al fornido explorador.

A pesar de sí misma, nunca dejaba de maravillarse al verlo a lomos de su caballo. Si existía un hombre más apuesto, aún no lo había conocido. Y había visto a más hombres de los que podía contar.

—El capitán ha invitado a todas las damas a dormir en los barracones esta noche.

Rita entrecerró los ojos.

—¿Y por qué querríamos hacer eso?

Sam frunció el ceño y luego sus ojos color avellana brillaron con complicidad.

—Pensó que quizá os gustaría descansar dentro, en catres militares, en lugar de en el suelo o dentro de la carreta, sobre un jergón.

El calor le abrasó las mejillas. Por supuesto que la invitación no ocultaba ningún tipo de proposición. ¿Qué pensaría Sam de ella por siquiera imaginar algo semejante? Aun así, ¿no era natural que alguien con su pasado sospechara de cualquier hombre que le ofreciera su cama? Según su experiencia, la mayoría también se metían en la cama.

—No tienes por qué hacerlo —le aseguró Sam con voz suave y amable—. Muchas mujeres preferirán quedarse con sus maridos.

—¿Y los niños? —preguntó Donna, con tono tenso y lleno de irritación—. ¿O las mujeres deben dejarlos atrás para que sus maridos los cuiden?

Rita había notado durante los últimos kilómetros que Donna se había vuelto más irascible. Supuso que el entusiasmo de la recién casada comenzaba a dar paso al nerviosismo de la noche de bodas. No la culpaba. La experiencia de Donna con los hombres se limitaba a un cerdo enorme con mal aliento e intenciones crueles. Pero confiaba en que el amor de un hombre verdaderamente bueno —y Jared lo era, aunque no tuviera interés alguno en Rita— le mostrara a Donna que el lecho matrimonial podía ser distinto. El matrimonio no era garantía, pero rezaba para que así fuera en su caso.

El pobre Sam parpadeó y pareció quedarse sin palabras. Rita estaba segura de que no esperaba encontrarse con una exprostituta desconfiada y una novia nerviosa. Podrían haber sido un poco más amables, pensó.

—¿Las madres deben traer a sus hijos, Sam? —insistió Rita.

Él asintió, con un alivio evidente en sus rasgos cincelados.

—Todas las niñas pueden acompañar a sus madres, también los niños menores de seis años.

Sonaba lógico. La mayoría de los niños del campamento, tan rudos y revoltosos, habrían gritado de consternación ante la sola idea de ser desterrados a los cuartos de las mujeres. Aun así, dudaba que muchas madres de niños tan pequeños los dejaran a merced de sus padres.

Rita alisó la tela que reposaba en su regazo y carraspeó. Si querían que Donna se probara el vestido antes de la cena, más les valía darse prisa con las tareas.

—Gracias por avisarnos, Sam.

—¿Puedo acompañarla al fuerte cuando esté lista, señorita Rita?

La oferta sorprendió a Rita. Una sorpresa agradable. Quizá no se había percatado hasta ese momento de lo nerviosa que se sentía ante la idea de entrar en un fuerte repleto de soldados, muchos de los cuales no habían abrazado a una mujer en largo tiempo. No esperaba llamar mucho la atención, pero solo pensarlo la ponía inquieta.

—Será un placer, Sam. —Sonrió y se preguntó por qué el rostro se le había encendido. ¿Se habría sonrojado? No, no podía ser. Descartó la idea mientras él se tocaba el sombrero y se alejaba, sentado erguido, casi majestuoso, en la silla de montar.

Semanas atrás, Sam le había dejado muy claro que no tenía derecho a pensar en una mujer como ella en términos románticos. Ella lo comprendía. Una antigua prostituta y un hombre de Dios

como Sam. Nunca funcionaría. Seguramente él nunca la vería como algo más que una mujer necesitada de redención.

—A menos que me equivoque, pronto estarás confeccionando tu propio vestido de novia —dijo Donna, dándole un codazo mientras colocaba a los bueyes en su sitio.

—¿Boda? —Rita no pudo ocultar la sorpresa en su voz—. Ya sabes que no es así. Estabas sentada a mi lado cuando te conté lo que sentía por Sam.

—¿Te refieres a que no tiene derecho a pensar así en ti?

—Exactamente. Un hombre como él no va a mirar dos veces a una prostituta. Aunque yo quisiera.

—Exprostituta —la corrigió Donna—. Ya no eres la misma. Ahora eres cristiana, lees la Biblia y todo eso. Si lo que dice Sam es cierto, ese pasado ya no existe y, para Dios, eres tan inocente como un bebé recién nacido. Y Sam no tiene derecho a echártelo en cara. —La voz de Donna se elevó, como solía hacerlo cuando su temperamento impulsivo se apoderaba de ella.

Rita agradeció el apoyo, pero ni toda la ira ni toda la indignación podían borrar la verdad que se interponía entre ella y un futuro con un hombre tan bueno y amable como Sam.

—Puede que sea cierto. Pero Sam no es Dios. —Se enredó distraídamente un mechón de cabello en el dedo y se lo pasó por la mejilla. Realmente había intentado recogérselo, tal como Jared le había sugerido que quedaría mejor, pero resultaba imposible ocultar las cicatrices con el cabello recogido.

—Déjame hacértelo esta noche —propuso Donna.

Rita negó con la cabeza y volvió a tocar las cicatrices.

—Prefiero llevarlo suelto.

—Lo entiendo. —Donna bajó del caballo justo cuando su hermano pequeño, Johnny, se acercaba a la carreta montando, con

los ojos brillantes y ansiosos—. Jared ha dicho que puedo ir al fuerte en cuanto desenganche los caballos y les dé de comer.

Donna frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Sin consultarlo conmigo?

El niño respondió con aire ofendido y el ceño fruncido.

—No soy un bebé.

—Quizá no —replicó Donna con firmeza—. Pero nadie tiene derecho a decirte dónde puedes ir y dónde no, salvo yo. Ni siquiera Jared. —Los nervios de Donna, ya a flor de piel, no podían soportar más sorpresas, fueran buenas o malas. Jared debería saberlo. La niña estaba muy alterada por la situación.

Rita se bajó de la carreta y clavó la mirada en el pequeño.

—¿Qué ha dicho exactamente Jared, Johnny?

El niño puso los ojos en blanco y comenzó a trabajar con las correas de cuero.

—Oh, bueno, ha dicho que Donna tiene que decir que está bien.

—¿Ves, Donna? Jared no intentaba quedarse con Johnny. Relájate. —Rita le dio un empujón juguetón—. Ahora date prisa y termina tus tareas para que podamos prepararte.

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de Donna al darse cuenta de que casi había estallado con Jared por nada.

—Está bien. Iré a recoger excrementos de búfalo con los niños. No tardaré mucho.

—Te prepararé agua para que te laves.

Johnny empezó a desenganchar el tiro.

—Jared me ha dicho que os diga que, como vamos a comer en el fuerte, las mujeres están exentas de las tareas del campamento, salvo el fuego personal y los animales. —Señaló con el pulgar hacia una zona boscosa al otro lado de la caravana, frente al fuerte—. Hay

un lago allí. No está lejos, pero nadie puede ir solo. Y al menos una persona debe llevar un arma.

Una burbuja de felicidad se formó en el interior de Rita.

—¿Podemos bañarnos?

El niño de doce años se encogió de hombros, demasiado ocupado con sus tareas para distraerse con pensamientos tan frívolos. Terminó de desenganchar a las hermosas bestias rojizas y les dio una palmada en la grupa, enviándolas al centro del círculo, donde podrían pastar libremente.

—Lo averiguaré —respondió Donna con rapidez—. Me llevaré tu caballo.

—Ten cuidado de no asustarlo —le advirtió Johnny—. Está nervioso por toda la emoción.

Ella puso los ojos en blanco.

—Si tú puedes manejarlo, yo también.

Rita no dudaba de que su joven amiga tenía razón. Donna había soportado más en sus dieciocho años que muchas mujeres en toda su vida. Al menos agradecía que la chica solo hubiera sufrido los abusos de un hombre. Rita, en cambio, era incapaz de mirar a un hombre sin preguntarse cómo podría hacerle daño. Todos los hombres, excepto Sam Diez Pasos.

Comenzaba a caer la tarde, y el estómago de Sam rugía mientras el aroma embriagador del antílope asándose lentamente sobre el fuego le llegaba de la manera más agradable. Supuso que Rita llevaba más de una hora lista para partir, pero se había retrasado por una cosa u otra y él se había visto obligado a hacerla esperar.

Ya había visto a Donna y Jared, acompañados por la pequeña Jenny, caminar de la mano hacia la estructura de madera.

De hecho, el campamento estaba más desierto de lo que lo recordaba desde que partieron con la caravana. Excepto por los guardias, cuyo número se había triplicado por si acaso regresaban los cheyennes, quedaba muy poca gente. Aunque no había señales de los indios, Jared seguía sin querer correr riesgos, y Sam compartía esa prudencia.

Se reprochaba por llegar tan tarde. Rita debía pensar que se había olvidado de ella, pero en ausencia de Jared, era su responsabilidad asegurarse de que la caravana permaneciera segura. Había tenido que mediar en la última escaramuza entre dos jóvenes que competían por la atención de la guapa Ruth Shewmate, quien viajaba con su hermano y su nueva esposa. Todo el convoy, especialmente la señora Shewmate, esperaba que Ruth se decidiera pronto y se casara con uno de esos pobres ingenuos.

A pesar de la hora, Sam temía que Rita se hubiera marchado al fuerte sin él, y no se habría ofendido si así hubiera sido. Sin embargo, no pudo evitar sentirse satisfecho cuando llegó a la carreta y la encontró sentada en la lengüeta, mirando pensativa hacia el bosque, y no hacia el fuerte.

Antes de que pudiera disculparse, ella levantó la vista y le regaló una sonrisa.

—Veo que al final no te echaste atrás.

—¿Por qué lo habría hecho?

Se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en la puesta de sol.

—Pensé que quizá lo harías.

—Solo un necio renunciaría a la oportunidad de acompañar a la mujer más bella de la caravana.

Sin mirarlo, soltó una risa sin humor.

—No hace falta que me halagues, Sam.

—Eres encantadora, señorita Rita. Pero más importante que tu aspecto exterior es tu belleza interior. Cuando digo que eres la mujer más hermosa de la caravana, lo afirmo en serio. En todos los sentidos, eres digna de elogio.

¿Quieres que continúe con más fragmentos o prefieres algún otro tipo de apoyo?

Ella sonrió.

—¿Porque temo al Señor?

Complacido, Sam le devolvió la sonrisa y asintió.

—Has estado leyendo la Biblia.

—Sí —respondió ella con una risita—. Aunque no estoy del todo convencida de que la mujer descrita en Proverbios 31 fuera real. Si lo fuera, me encantaría conocerla y preguntarle cuál es el secreto para tenerlo todo.

—Quizá la conozcas algún día en el cielo, si es que fue una mujer real.

—Quizá.

—¿Cómo era tu madre, Sam? —preguntó Rita, inclinando ligeramente la cabeza para mirarlo.

Sam se tensó. No era de los que pensaban en su infancia, y su madre había muerto antes de que cumpliera los quince años. Desde sus primeros años en la aldea sioux, siempre había sabido que no encajaba. Su piel clara le había valido años de burlas por parte de los otros niños. Nunca se sintió integrado, ni en el mundo indio ni en el mundo blanco.

—No pasa nada, Sam —dijo ella en voz baja—. No tienes que hablar de ella si no quieres.

Pero al ver el rostro sincero de Rita, Sam supo que podía confiarle su pasado, tal como ella podía confiarle el suyo.

—Mi madre era una sioux dakota.

—¿Y tu padre era blanco?

Sam asintió solemnemente, luchando contra la ira que lo invadía cada vez que pensaba en el hombre que le había dado la vida.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Rita con delicadeza.

—No sé si mi padre vive o no. Mi madre murió hace muchos años.

Rita extendió la mano y la posó sobre el brazo de Sam. El sutil gesto le llegó al corazón. Él cubrió la mano de ella con la suya, solo por un segundo.

—¿Cómo se conocieron? —quiso saber ella.

—Mi padre era comerciante de pieles y vino al pueblo a hacer negocios. Mi madre era una mujer joven, lista para casarse. Se unieron según las costumbres sioux y ella se fue con él. Unos meses más tarde, él estaba listo para abandonar las montañas y regresar a su hogar en Kansas. Le dijo que no podía llevársela porque tenía una esposa blanca y una familia que lo esperaban. Mi madre volvió deshonrada, pero su gente la acogió nuevamente y, unos meses más tarde, nací yo.

—Pobre mujer —murmuró Rita con compasión—. Cuando tenía diez años, me llevó a buscar a mi padre, el hombre que amaba.

—¿Lo encontró?

Sam negó con la cabeza.

—¿Una mujer sola con un niño? No sabía dónde estaba él. Fue una locura siquiera intentarlo, pero su corazón no le permitió quedarse.

—¿Volvió a casa?

—No. Vagamos durante muchas semanas hasta que finalmente llegamos a un rancho en Misuri. La gente fue amable y le dio a mi madre un trabajo lavando ropa y cocinando. Allí nos quedamos hasta

que murió mi madre. Trabajé como peón en el rancho casi desde el primer día.

—¿Cuando tenías diez años? —El tono incrédulo de Rita le hizo sonreír—. Eso es ridículo.

—Fue algo bueno. El capataz del rancho me enseñó muchas cosas sobre el cuidado de los caballos y cómo identificar a los animales por sus huellas o sus excrementos. Me enseñó las cosas que un padre debería enseñar. Gracias a su formación, cuando me fui, a los quince años, estaba preparado para ser rastreador.

—¿Cómo murió tu madre?

La tristeza se apoderó del corazón de Sam.

—En el parto. Se enamoró de uno de los peones del rancho y se casaron un año después de llegar. Su marido, Sol, era un buen hombre. Amaba a mi madre y la trataba bien.

—Me alegro.

—Antes de morir, me pidió que volviera con mi gente y le contara a mi abuelo que había fallecido. Y eso hice.

—¿Volviste alguna vez al rancho?

Sam negó con la cabeza.

—Encontré la caravana y me contrataron como rastreador.

—¿Así que no has tenido un hogar desde que te fuiste con tu madre cuando eras niño?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Sam.

—Mi hogar está en el cielo. Mientras estoy en la tierra, es donde Dios me dice que vaya. Ahora mismo, vivo la vida que se supone debo vivir.

—¿Pero no quieres una familia? —La voz de Rita se suavizó y apartó la mirada.

—Sí. Rezo para que Dios me envíe una esposa. No hay nada que desee más que sentar cabeza y construir una vida con alguien.

—Eso estaría muy bien —le dedicó Rita una pequeña sonrisa—. Un hombre tan bueno como tú se merece un matrimonio feliz y un montón de hijos.

La imagen que surgía de sus palabras incluía a la propia Rita, y los niños se parecían mucho a ella.

El silencio se cernió entre ellos hasta que Sam intuyó que era necesario cambiar de tema. A él le pareció bien. Estaba listo para acompañar con orgullo a aquella mujer encantadora al fuerte y compartir una comida y quizá un baile con ella.

—¿Estás lista para acompañarme al fuerte?

Una nube ensombreció el rostro de Rita y Sam supo lo que iba a pasar.

—Sam, ¿te importaría si cambio de opinión y no voy a la celebración de esta noche? —Tembló un poco—. Sé que dije que iría, pero realmente prefiero no hacerlo.

La decepción lo invadió, pero sabía que era mejor no aferrarse a algo que no debía retener.

—Eres libre de elegir, señorita Rita.

Ella se acercó y le tocó la mano.

—Gracias, Sam. Creo que prefiero quedarme aquí y disfrutar del hermoso cielo nocturno. Se está tan tranquilo con casi todo el campamento dentro del fuerte. —Se rió de nuevo, esta vez con un brillo en los ojos—. Con lo mucho que les gusta pelearse a esta gente, la paz es un bien escaso que quiero aprovechar al máximo.

Sam no podía culparla; aun así, se sintió decepcionado porque no lo había invitado a compartir aquella tranquila velada.

Dudó solo un segundo, por si acaso cambiaba de opinión, pero cuando fue evidente, por su silenciosa contemplación del cielo, que prefería estar sola, asintió con la cabeza.

—Muy bien, la dejaré con sus pensamientos.

—Gracias —sonrió ella—. Que lo pases muy bien en la celebración.

—No te alejes del campamento, señorita Rita. —Sam la miró a los ojos para asegurarse de que comprendía lo que quería decir.

—Estaré bien, Sam.

No era exactamente la respuesta que esperaba, pero supuso que tendría que conformarse. Además, ella parecía necesitar ese recogimiento.

—Buenas noches, entonces. Disfruta de la velada.

Mientras se alejaba, Sam tuvo que luchar para no darse la vuelta y sentarse junto a Rita en el suelo, compartiendo la rueda del carro como respaldo. Nada le habría gustado más que disfrutar de aquella puesta de sol y de la luna que se alzaba en el cielo con ella. De hecho, nada le habría complacido más, pero Sam reconoció la petición de Rita por lo que era: ella necesitaba desesperadamente estar sola con sus pensamientos. Solo rezaba para que algunos de esos pensamientos se desviaran favorablemente en su dirección.

3

Jodie Russell no era, precisamente, mujer rencorosa. Cuando James Walker mojó sus cintas en el tintero durante sus días en el colegio, jamás se lo contó a la profesora; incluso tuvo que acudir al cobertizo cuando asumió la culpa y dijo a su padre que las había perdido nadando en el río. Cuando Zoe Barker la llamó sucia y estúpida, la perdonó sin más, e incluso compartió con ella el pollo frito que su padre había preparado. Perdona a su madre por haber huido con aquel hombre cuando Jodie tenía solo trece años, justo cuando más necesitaba a una madre. En resumen, tenía mucha práctica en dejar ir la ira. Pero ya no.

Mientras buscaba entre los pioneros, la rabia le quemaba el corazón. Hasta ese momento, ninguno de los colonos que reían, jugaban o bailaban se parecía en nada al hombre que ella recordaba de hacía siete años. Tenía once cuando lo vio por última vez, pero la imagen de sus ojos indiferentes permanecía grabada para siempre en su memoria. Era alto, con pelo castaño y ojos marrones. Indescriptible, según muchos. Aun así, Jodie no había viajado desde Missouri siguiendo su rastro para marcharse con las manos vacías.

La frustración amenazaba con devorarla al darse cuenta de que no lo encontraría. Tocó la Colt que colgaba de su cadera y volvió a mirar hacia la puerta. Quizá debió haberse quedado en el campamento. Era la única explicación.

—¿Me concede este baile, señorita?

Jodie frunció el ceño ante un joven no mayor de dieciséis años que se había plantado frente a ella con una sonrisa estúpida que le

cruzaba el rostro.

—Déjeme en paz —espetó—. ¿Acaso parezco de humor para bailar?

—S… sí, señorita, yo... quiero decir, no —balbuceó él, enrojeciendo aún más—. Lo siento.

—Pequeño tonto —murmuró ella y continuó hacia la puerta. Pero el guardia, un soldado con rifle al hombro, la detuvo antes de que pudiera salir.

—No puedo dejarla salir sola del fuerte, señora.

Jodie lo miró con el ceño fruncido.

—Puedo cuidar de mí misma. Y tengo que volver al campamento.

—¿Usted… forma parte de la caravana?

Sintió alivio al comprobar que la creía tan fácilmente. El fuerte no era muy grande, ella llevaba poco tiempo allí y se había mantenido apartada, así que era evidente que no la reconocía.

—Así es. Mi bebé está enfermo y debo volver al campamento para cuidarlo.

Frunció el ceño.

—¿Ha dejado a su bebé enfermo?

—Bueno, no podía traerlo al fuerte, ¿no?

Este tipo no tenía ni pizca de sentido común, por lo que había podido detectar hasta ahora.

—Supongo que no...

Lanzándole una mirada de desprecio, Jodie dio un paso hacia la puerta.

—Ahora déjeme salir para que pueda ir a cuidar de mi hijo.

El guardia se rascó la cabeza bajo la gorra. Dudó.

—¿Tengo que llamar al jefe de la caravana? ¿O quizá a su capitán? —preguntó ella indignada.

—No lo sé. Me han dicho que no se permite pasar a mujeres sin acompañante.

Al detectar la fisura en su armadura, Jodie aprovechó su indecisión. Se acercó y le empujó con el dedo en el pecho.

—Si mi hija muere, iré a por usted, soldado. ¿Quiere tener su muerte en sus manos?

—¿Ella? Creía que había dicho que era un niño.

Tragando saliva, Jodie esbozó una risa sarcástica. Menos mal que aquel soldado tenía más músculos que cerebro. No debería costarle mucho convencerlo.

—No. La pequeña Sarah es sin duda una niña.

—Pero yo habría jurado...

—¿Me está llamando mentirosa?

La alarma se encendió en sus ojos.

—No, señorita... eh... señora.

—Entonces apártese y déjeme salir de este maldito fuerte. ¡Juro que no volveré a poner un pie aquí si me tratan como a una prisionera!

—¿Puedo pedirle una escolta? ¿Su marido, tal vez?

—¿Marido? ¿Quién ha hablado de marido? —¡Oh! Jodie sintió que se le encendía el rostro y agradeció que la oscuridad ocultara lo que sin duda era un rubor.

—¿No tiene marido, señora... eh... señorita?

—Por el amor de Dios, claro que tengo marido. ¿Por qué clase de mujer me toma?

—Bueno, lo siento, no quería insinuar...

—¡Quizás debería pensárselo dos veces antes de acusar a una mujer de no tener marido! Nunca me han insultado tanto en mi vida. Ahora apártese de mi camino antes de que informe de su comportamiento a sus superiores.

Él trastabilló hacia atrás, tragando saliva con tanta fuerza que su nuez se movía arriba y abajo en su garganta.

—Sí, señora. Le pido perdón por mi imperdonable grosería hacia una dama.

Jodie decidió ignorar el tropiezo al llamarla «señora». Al fin y al cabo, no podía culparlo. Teniendo en cuenta cómo iba vestida y la mentira que seguramente él habría descubierto. Aun así, en ausencia de pruebas, no tenía más remedio que dejarla marchar o sufrir las consecuencias si ella decía la verdad. En resumen, Jodie lo tenía en sus manos. Y ambos lo sabían.



Rita se recostó, dejando que la brisa le acariciara el cabello, el cuello y el rostro. Anhelaba que fuera una brisa refrescante, aunque, incluso al atardecer, el calor persistía. No era tan abrasador como hacía unas horas, pero aún resultaba demasiado para relajarse de verdad.

Antes, Jared les había permitido bañarse en el arroyo, pero Rita no había sido capaz de desvestirse ante las mujeres que la habían juzgado día tras día durante meses, dándole la espalda y haciéndola sentirse más sucia que el polvo que cubría su cuerpo.

Jared había advertido a todo el grupo, especialmente a las mujeres, que no salieran del campamento sin un acompañante armado. Por ningún motivo. Por si no quedaba claro, Jared no cesaba de repetir que los indios cheyennes de la zona eran conocidos por causar problemas a las caravanas. Estaba estrictamente prohibido aventurarse sola. Y, una vez más, todas las

miradas se posaron en Rita. ¿Llegaría algún día en que dejara de sentirse personalmente responsable de cualquier problema que enfrentara la caravana?

En ese instante, no tenía ni compañero ni arma. Solo un deseo ardiente de sumergirse en el agua y hallar alivio al calor implacable. Además, no había señales de indios desde el día anterior. Rita no podía imaginar que alguien la quisiera tanto como para desatar una guerra.

Cuanto más tiempo permanecía sentada bajo el sol sofocante, escuchando la música y las risas que llegaban desde el fuerte, más aislada se sentía. Le irritaba el confinamiento. ¿Quién notaría si se metía al agua y volvía antes que el resto? ¿Por qué ellos podían disfrutar mientras ella soportaba aquel calor insoportable? Y realmente necesitaba bañarse. Empezaba a sentirse mal consigo misma, así que solo podía imaginar lo mal que olía para los demás. Especialmente ahora que la mayoría de las mujeres de la caravana habían aprovechado para lavar el polvo y la suciedad del camino. ¿Y si Donna regresaba del fuerte con la noticia de su inminente boda? Rita no tendría otra oportunidad de bañarse antes de la ceremonia. No estaba dispuesta a asistir a la boda de su amiga con un vestido sucio que cubría un cuerpo igual de sucio. Además, podía ir y volver sin que nadie se enterara; la música apenas había comenzado.

No tardó ni un minuto en decidir. Se levantó de un salto, entró en la carreta y cogió jabón, un cepillo y ropa de lino para secarse. Enrolló su segundo vestido y una enagua limpia, y salió de la lona.

Bajo la luz de la brillante luna, recorrió la milla y media hasta el lago, que se mecía tranquilo bajo el cielo estrellado. Así estaba mejor. Se sentó en la orilla y comenzó a desabrocharse las botas. Quitó una, luego la otra, suspirando aliviada mientras movía los dedos enfundados en medias. Pero eso no bastaba. Se puso de pie y empezó a desabrocharse el vestido. En pocos instantes, quedó solo con la camisa y descalza.

El aire acariciaba sus brazos desnudos y una sonrisa iluminó sus labios cuando el calor del día se disipó con la fresca brisa que

soplaba desde el agua.

Metió los pies en el lago. Fría, tentadora, refrescante. Incapaz de resistir más, Rita se adentró, agradecida de que su padre le hubiera insistido en aprender a nadar antes de cumplir los seis años. Los guijarros le masajeaban los pies a medida que avanzaba en las aguas relajantes.

Pronto, solo quedaban secos su cuello y su cabeza. Acunada por la suave corriente, todos los pensamientos sobre animales peligrosos e indios desaparecieron de su mente. Ahuecó las manos y recogió agua, mientras su cuerpo se fundía con el lago. Por primera vez en años, Rita se movía sin miedo ni timidez. El agua le parecía tan sencilla y refrescante que sus frustraciones se disolvieron y la paz la inundó por completo. Por capricho, se dio la vuelta y flotó boca arriba, mirando al cielo, imaginando a Dios en su gloria observándola.

—¿Me ves? —susurró en la oscuridad—. ¿Estoy realmente limpia como dice Sam?

Las lágrimas le picaban en los ojos. Conocía las palabras que Sam había pronunciado. Sabía en su cabeza que la Biblia decía que era una nueva criatura. Que todo su pasado había quedado atrás. Que nunca volvería a ser la mujer que había sido.

Entonces, ¿por qué no se sentía nueva? Algunos días sí, pero otras veces... las imágenes la asaltaban, haciéndola sentir violada de nuevo. Por mucho que luchara contra ello, en su mente los veía. A los hombres. No recordaba sus nombres, pero por mucho que rezara, aquellos rostros permanecían con ella.

Cerró los ojos y se sumergió en el agua. Quizás sería más fácil si dejaba que las profundidades la consumieran, silenciando para siempre aquellas voces amenazantes y burlonas que insistían en que no valía para nada.

Grant Kelley avanzaba sigilosamente entre las sombras, deseando que la luna no brillara con tanta intensidad. Sabía que alguien lo seguía. Había alcanzado a ver, en un rápido movimiento, a su perseguidor: una pequeña figura vestida con piel de ante, poco diestra para mantenerse en silencio. Cada paso resonaba como el estampido de una manada de búfalos.

Desde el momento en que siguió a Rita desde el campamento, supo que él también estaba siendo vigilado. Lo único que no lograba comprender era el motivo.

Tampoco entendía por qué Rita había sido tan imprudente al desobedecer las órdenes de Jared y abandonar el campamento sola. Después del susto que habían pasado con los cheyennes el día anterior, ella, más que nadie, debería saber que la amenaza de un ataque indígena era tan real como Jared había advertido. Grant mismo había observado más señales de la presencia nativa, aunque aún no había compartido esa información. No había habido oportunidad.

Sin embargo, la persona que lo seguía no era un indio, y Grant estaba harto de aquel juego.

Estaba a punto de darse la vuelta para enfrentar a su torpe rastreadora cuando un grito rompió el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó una voz femenina a sus espaldas.

No le sorprendió que el acosador no fuera un hombre, sino una mujer. Eso explicaba ciertas cosas.

—Tú lo sabes tan bien como yo —replicó él, y echó a correr hacia el lago.



El corazón de Sam latía con fuerza, casi a punto de salirsele del pecho al escuchar el grito de Rita. Permaneció oculto, evaluando la situación con cautela. Al comprobar que ningún peligro se cernía sobre ella, salió del bosque.

—¿Señorita Rita? —susurró—. ¿Sucede algo?

—¿Sam? —respondió ella desde el agua con un susurro entre miedo y alivio—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—Me siento tonta. —Se movió en el agua hacia la orilla donde él estaba. Sam tragó saliva con dificultad, concentrando toda su voluntad y rezando en silencio para encontrar la fuerza necesaria para no perder la compostura y apartar la mirada. Al oír la risa nerviosa de Rita, se tranquilizó, al darse cuenta de que no había peligro. Se volvió justo cuando ella salía del arroyo.

—Una serpiente me pasó por las piernas.

Sam esbozó una sonrisa.

—No tienes por qué sentirte tonta.

Ella resopló, divertida.

—Apuesto a que ninguna mujer india se asustaría de una serpiente tan pequeña.

—Quizá no gritaría, pero sospecho que pocas mujeres, indias o blancas, no se estremecerían al sentir una serpiente deslizarse por sus piernas.

—Gracias, Sam. No sé si me siento mucho mejor, pero al menos lo has intentado. —Se rió—. Ya puedes darte la vuelta. Estoy vestida.

Sam giró lentamente el rostro.

—Sigues temblando.

Ella asintió, y un sollozo escapó de su garganta. Sin dudarlo, Sam se adelantó y la tomó en sus brazos. Rita se aferró a él sin

resistencia, lo que le partió el corazón con la misma intensidad que sus sollozos. La abrazó con firmeza pero con delicadeza, rodeándola con un brazo por la cintura mientras acariciaba su cabello mojado que caía por su espalda. El aroma del lago se aferraba a ella y el viento veraniego traía un olor terroso que casi embriagaba los sentidos de Sam. Resistir la tentación de besarla y ahuyentar sus miedos le costaba un esfuerzo enorme. Bastaba un pequeño movimiento, un beso en la mejilla, otro más cerca de sus labios, y si ella no se apartaba, podría reclamarlos. El corazón de Sam latía con fuerza mientras entrelazaba sus dedos entre el espeso cabello de Rita.

Un suave suspiro fue todo el aliento que necesitaba.

—Rita —susurró.

Entonces, unos pasos resonaron en el claro, arrancando a Sam de sus pensamientos y devolviéndolo bruscamente a la realidad. Se giró justo a tiempo para ver a Grant Kelley, seguido de cerca por un desconocido. Grant intentó sujetar a aquel hombre, pero era demasiado tarde: la luna iluminaba el cañón de un revólver Colt.

—Suéltela, señor —ordenó una voz claramente femenina—. Y quiero decir ahora mismo.

Rita jadeó cuando Sam soltó su cintura y se dirigió hacia su pistola.

—¡Yo que usted no lo haría! —advirtió la mujer con voz firme.

—¿Quién es usted? —preguntó Sam con un tono frío, cortante como el acero.

—Soy quien va a llenarte de plomo si no te alejas de ella —asintió hacia Rita—. ¿Estás bien?

—Por supuesto que sí. Sam no me haría daño ni en un millón de años.

—¿No está intentando nada contigo?

—Por el amor de Dios, ¿qué te ha dado esa idea?

—¿Tú qué crees? Gritabas como una loca.

Rita soltó una risa nerviosa, que Sam sospechó era más por los nervios que por diversión.

—Supongo que sí. Pero, sinceramente, solo me asustó una serpiente.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —la joven señaló a Sam con la cabeza—. ¿Es tu marido?

—No tengo marido —respondió Sam, tragando saliva cuando Rita frunció el ceño, reflejando sus propios pensamientos antes de hablar—. Tiene razón, Sam. ¿Qué hacías aquí?

No pudo disimular sus motivos. Ojalá ella creyera la verdad.

—Te vi salir del campamento y te seguí para asegurarme de que estabas a salvo.

—¿Tú… me observabas? —la consternación en su voz tocó un rincón tierno en el corazón de Sam reservado solo para Rita.

—No es lo que piensas —susurró—. Te doy mi palabra. Aparté la mirada cuando te desnudaste y entraste en el agua.

La mujer que empuñaba el arma bufó con cierto escepticismo. Rita se volvió hacia ella.

—Guarda eso —ordenó—. Como puedes ver, aquí no hay peligro para nadie. Al menos, no por parte de Sam.

—Supongo que entonces está todo aclarado —dijo la mujer mientras enfundaba la pistola—. Supongo que vosotros dos lo tenéis todo bajo control.

Sam sintió una punzada de irritación ante el tono desafiante. Dio un paso adelante, pero Rita le posó una mano en el brazo para detenerlo.

—No, Sam. No tengo reputación que proteger.

Por primera vez habló Grant Kelley, con voz firme.

—Será mejor que volvamos al campamento —dijo—. Y tú puedes explicarme por qué me seguías.

Sam repasó en su mente las palabras de Rita mientras observaba a Grant llevar, medio arrastrando, a la mujer vestida con pieles de ante hacia el campamento. Rita los siguió, con un leve encogimiento de hombros que delataba que había entendido perfectamente la insinuación de la mujer.

—Señor, ¿qué puedo hacer o decir para ayudarla a creer que no le guardas rencor por su pasado?

4

Rita le dio las buenas noches a Sam con rapidez y, agotada, se metió en su catre al borde de la carreta. Desde el incidente con el indio, se había visto obligada a dormir dentro, lo que significaba sufrir el calor sofocante de ese reducido espacio, en lugar de reposar bajo la carreta, que era lo que prefería. Estaba resuelta a conseguir una tienda de campaña de alguien del fuerte antes de que la caravana volviera a ponerse en marcha hacia el oeste.

Ella y Donna habían acordado no aceptar la oferta del capitán de dormir en los cuarteles de los oficiales. Preferían la penumbra y el vaivén de una carreta al fondo, antes que soportar susurros, miradas y los desaires deliberados de las otras mujeres. No todas, desde luego. Sadie Barnes, Edna Stewart, que en otro tiempo albergó la esperanza de casarse con Jared, y la señora James, cuyo marido hubo de abandonar la caravana tras unirse a los hombres que pretendían capturar a Rita y Donna, trataban bien a ambas. Algunas mujeres más soportaban su presencia, pero las dos amigas habían decidido permanecer juntas, a su modo y a su tiempo.

La brisa suave traía desde el fuerte los acordes lejanos de «I'll Take You Home Again, Kathleen». Rita cerró los ojos y se dejó llevar por la imagen de parejas bailando abrazadas, disfrutando del respiro que les concedía la noche. Sin querer, su mente volvió al instante demasiado breve en que los brazos de Sam la acunaron mientras lloraba. Pero no tenía sentido obsesionarse con lo que pudo haber sido, especialmente cuando su curiosidad se despertó al pensar en la joven vestida con pieles de ante.

Se preguntaba quién sería aquella muchacha. Aunque había irrumpido interrumpiendo un momento íntimo, era difícil enfadarse con alguien que acudió en su ayuda, y que habría sido muy bienvenida si la amenaza hubiera sido real.

Aun así, Grant Kelley, uno de los capitanes de la caravana y explorador junto a Sam, no parecía impresionado por la valentía de la chica. Rita advirtió que ni siquiera le había preguntado su nombre ni le había dado las gracias por haber intentado salvarla.



Sam miró de Grant a la joven vestida como un hombre. La batalla de voluntades entre ellos habría resultado cómica si no fuera por las preguntas que bullían en la mente de Sam. En ausencia de Jared, debía tomar una decisión, aunque no tenía claro en qué consistía exactamente.

—¿Cómo te llamas? —inquirió—. Y dime por qué desobedeciste las órdenes del capitán y te aventuraste a entrar en nuestro campamento.

Jared y el capitán habían acordado en el fuerte que nadie del mismo podía entrar en el campamento después del anochecer. Y ahí estaba aquella mujer, desafiando la orden la primera noche.

—Jodie —espetó—. Ese es mi nombre.

—¿Jodie qué?

—Eso es asunto mío.

Sam asintió.

—De acuerdo. ¿Y cuál es la razón por la que has venido al campamento?

—No he venido —respondió con franqueza—. Iba al arroyo a bañarme. Me gusta hacerlo sola por la noche, cuando vi a la mujer

marcharse y a este hombre seguirla.

Sam sintió celos. Inesperados y, sin duda, indeseados. ¿Por qué Grant seguiría a Rita? Se volvió hacia el hombre con quien había trabajado codo con codo durante meses.

—¿Grant?

—Si hubiera sabido que estabas vigilando a Rita, no me habría molestado. Pero sabes que no haces ruido ni dejas rastro, así que no era obvio.

—¿Por qué no impediste que se fuera del campamento? —preguntó Jodie con sospecha, una expresión que a Sam le pareció extrañamente atractiva, aunque nada comparable a la belleza de Rita. Su cabello oscuro, no negro, sino castaño intenso, y sus ojos casi tan oscuros como su melena a la luz de la hoguera, sugerían un posible origen mixto, quizá algo de sangre india.

Sam volvió la mirada hacia Grant en busca de respuesta.

—No te debo ninguna explicación —replicó Grant, frunciendo el ceño hacia Jodie. —Se volvió a Sam—. He oído hablar de algunas de las mujeres antes. —Se aclaró la garganta, lanzando una mirada de reojo a Jodie, que tenía los brazos cruzados—. Parece que Rita no se bañó cuando lo hicieron las demás. Estaban cotilleando, ya sabes cómo son. —Su rostro mostró irritación—. Supuse que no quería desvestirse delante de ellas y esperó a que se marcharan para tener un poco de intimidad. No me pareció bien impedírselo, así que la seguí para vigilarla, pero pensé que sería mejor no dejar que me viera.

—De todas las historias descabelladas... —Jodie dio una patada al suelo y señaló a Grant con el dedo—. ¿De verdad te vas a creer esa tontería?

Un rápido análisis de la situación llevó a Sam a tomar una decisión ágil.

—Sí. No tengo motivos para llamar mentiroso a este hombre.

—Gracias, Sam —replicó Grant con un gesto de aceptación—. Te agradezco tu confianza.

—Bien. Si me disculpáis, voy a volver al fuerte.

—No irás sola —intervino Grant.

—¿Y quién va a detenerme?

—Yo no voy a detenerte, pero tampoco permitiré que vayas sola.

La ira brilló en los ojos de la mujer.

—Parece que tienes la costumbre de seguir a las mujeres que prefieren estar solas.

Sam intentó no sonreír. No era justo para Grant, que solo había intentado proteger a Rita, al igual que él estaba decidido a proteger a aquella joven. Pero jamás había visto a una mujer poner a Grant en su lugar.

Desde el fuerte, el sonido de la corneta anunció el final del día.

—Me temo que es demasiado tarde para que regreses esta noche —explicó Sam.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Me vas a retener aquí contra mi voluntad?

—No, señorita —respondió Sam—. Ha sonado la diana. Los últimos de nuestros hombres estarán de regreso y la puerta se cerrará con llave durante la noche. No abrirán a nadie.

Sus palabras la silenciaron. Frunció el ceño, absorta en un pensamiento. Exhaló y se plantó con las manos en las caderas.

—Primero no me dejan salir y ahora no me dejan entrar —se quejó con aire acusador—. ¿Dónde se supone que puede dormir una señorita?

Sam tomó una decisión inmediata.

—Grant, acompaña a la señorita Jodie a la tienda de la señorita Sadie y pregúntale si estaría dispuesta a alojarla esta noche.

Los vio marcharse, satisfecho consigo mismo. Así resolvía dos problemas: evitaba que la joven intentara abandonar el campamento y, a la vez, se la quitaba de encima. Pero estaría encantado de entregarla a los soldados del fuerte a primera hora de la mañana. Tenía un presentimiento sobre esa chica, y no era precisamente bueno.



Rita no lograba conciliar el sueño. Por mucho que intentara relajarse, sabía que sería inútil hasta que Donna regresara con noticias. ¿Acaso se casaría con Jared en el fuerte? Su mente vagaba entre los acontecimientos de la noche anterior y regresaba a los cálidos brazos y al pecho firme como una roca de Sam. Se permitió unos instantes de debilidad, soñando con caricias suaves y palabras de amor susurradas, pero pronto los apartó con determinación cuando el campamento comenzó a llenarse con los viajeros que regresaban del fuerte.

Finalmente, unos golpes en la carroza la alertaron de la presencia de Donna.

—¿Rita? ¿Estás despierta?

Rita se arrastró hasta la abertura de la lona.

—¿Por qué llamas?

Donna señaló a Jared, que sostenía a una niña dormida en brazos.

—Jenny no podía mantener la cabeza erguida ni un minuto más —dijo Donna con una tierna sonrisa hacia la niña—. Y ya sabes lo profundamente que duerme, así que Jared la ha traído a casa. ¿Puede entrar a acostarla?

Rita se tocó la parte superior del camisón y, de pronto, una timidez inesperada la invadió.

—Un momento. Déjame coger mi chal. —Se lo echó sobre los hombros y cruzó los brazos frente al pecho—. Supongo que ya puedes entrar. —Sostuvo la lona para facilitarle la entrada. Jared, obligado a agacharse en el estrecho espacio, tropezó levemente, pero se enderezó a tiempo para evitar que Jenny y él cayeran al suelo.

—Esa paleta —murmuró Rita, avergonzada por estar tan cerca de un hombre en su propio espacio—. Realmente no es decente. Lo sé. Y hacía meses que no me enfrentaba a una situación así. Una emoción la invadió al pensar que quizá nunca más tendría que entretener a un hombre.

Jared apartó la mirada y depositó con cuidado a Jenny sobre el jergón, luego carraspeó.

—Buenas noches, Rita. Siento haberte molestado.

—No es ninguna molestia.

Donna, que permanecía fuera, asomó la cabeza.

—Voy un momento —le dijo a Rita.

Rita asintió y cerró la solapa de lona para darles intimidad. Oyó los tonos bajos de una conversación íntima y luego silencio. Debían estar dándose un beso de buenas noches. Rita sonrió. Y eso que, solo unas horas antes, Donna había estado a punto de cancelar todo. Menos mal que había entrado en razón. Jared no era precisamente el hombre más sensible del mundo, pero estaba claro que quería mucho a Donna.

Pasaron unos minutos y finalmente Donna regresó.

—¿Qué tal la celebración en el fuerte? —preguntó Rita, aprovechando la ocasión para conversar con su mejor amiga. Estaba impaciente por contarle que se había bañado y que Sam la había rescatado cuando una serpiente le había pasado entre las piernas.

Pero al ver el rostro de Donna, supo que su amiga necesitaba hablar de algo mucho más importante.

—¿Y bien? —inquirió Rita, impaciente por no esperar a que Donna se cambiara para dormir. Las manos de Donna temblaban mientras desabrochaba los botones del vestido azul, pero sus ojos brillaban intensamente.

—Los exploradores tenían razón. Hay un predicador en el fuerte.

—¿Jared ha hablado ya con él?

Ella asintió y se deslizó sobre el jergón, recostándose entre las mantas.

—Ya lo hizo. —Respiró hondo y se tumbó de lado, apoyando la cabeza en la palma de la mano—. Mañana es el día. El capitán ha dicho que podremos celebrar otro baile y ha dispuesto que Jared y yo tengamos habitaciones privadas durante el resto de nuestra estancia.

—Donna, eso es maravilloso. —Y en verdad lo era, aunque una punzada de pesar apretó el corazón de Rita, ahora que los planes se hacían realidad.

—Jared va a comprar una carreta y un tiro de caballos.

—Me lo imaginaba. —Rita trató de contener el temblor en la voz.

—¿Sabes lo que eso significa?

Rita se giró hacia Donna, apoyando la cabeza en la palma de la mano.

—Tendrás que conducir la carreta, pues Jared irá a caballo.

Donna asintió.

—¿Estarás bien conduciéndola sola todos los días?

—Estaré bien.

Pero no estaba segura de ello. No habría nadie que la relevara cuando necesitara caminar, ni alguien con quien conversar... Rita odiaba los cambios. Por muy feliz que se sintiera por su amiga, comenzaba a vislumbrar su futuro tal como era: sola en el camino y, una vez en Oregón, sola para siempre. Sabía que Jared no permitiría que Donna mantuviera amistades allí. Sería una vergüenza demasiado grande para su familia. Las lágrimas le quemaban los ojos, pero las secó con rapidez.

Como si leyera sus pensamientos, Donna se incorporó y tomó la mano de Rita.

—Encontrarás al hombre adecuado, Rita.

A Rita se le escapó una breve risa.

—No existe hombre adecuado para mí.

—¿Y Sam?

Al escuchar esas palabras, Rita revivió los momentos de consuelo en los brazos de Sam. Pero fue inútil.

—Oh, Donna. Ya hemos hablado de esto. Una mujer como yo nunca será lo suficientemente buena. Él merece a alguien... mejor. Pura.

—Pero...

Rita apartó la mano de Donna.

—No hablemos de eso. Prefiero pensar en mañana y en lo hermosa que estarás con tu nuevo vestido de novia.

—Oh, Rita. Ojalá...

—No, Donna. Me he resignado a estar sola para siempre.

—Jared dice que en Oregón hay varios hombres por cada mujer. Seguro que tú encontrarás a alguien.

—Por Dios, Donna. Prefiero estar sola antes que casarme con un hombre que se conforme conmigo solo porque necesita esposa.

—Supongo que tienes razón. Aun así, algunas mujeres creen que es mejor cualquier marido que ninguno.

—Pues yo no soy una de ellas —respondió Rita con firmeza—. De verdad, si puedo montar mi propio negocio y ganarme la vida cosiendo, me arreglaré perfectamente.

Y así sería. Cualquier cosa era preferible a regresar a la vida que había llevado. Sabía que la gente pensaba que acabaría en el primer burdel que encontrara. Pero no la conocían. Nunca más.

5

La mañana de la boda de Donna amaneció oscura y encapotada, con el amenazante retumbar de truenos a lo lejos. Rita se ocupó de las labores matutinas: preparó café y un huevo para Jenny, Johnny, Donna y para ella misma. Además, hizo una pila de tortitas, un capricho que reservaba para ocasiones especiales, y aquella era sin duda una ocasión tan especial como para sacar el tarro de miel que ella y Donna habían estado guardando. Ya había dejado muy claro a Jared y a Sam que aquel día tendrían que buscar el desayuno en otro lugar. Donna tenía demasiado que hacer y no podía permitirse distracciones en su boda.

El cielo volvió a retumbar cuando los truenos se acercaron con más fuerza. Rita contuvo la respiración durante un largo segundo y luego exhaló. Todos se ponían algo nerviosos cuando se avecinaba una tormenta. Era comprensible, después de que un tornado primaveral hubiera azotado la caravana, segando varias vidas, entre ellas la de la pequeña Rebecca Kane. La pérdida de ganado y provisiones había obligado a cerca de ciento cincuenta viajeros a dar media vuelta. Un desastre que redujo el número de integrantes de la caravana de cuatrocientos a doscientos cincuenta. Rita sabía que Sam y Jared no estaban contentos con la caravana reducida, especialmente ahora que se encontraban en territorio donde los indios solían ser más hostiles que simples curiosos. Hasta entonces, se habían topado con algunos nativos, mayormente curiosos; unos pocos ladrones habían sustraído ganado que se había escapado del círculo; pero, en su mayoría, los encuentros se habían limitado a intercambios ocasionales y molestias menores. Hasta hacía dos días.

Rita tenía la desagradable sensación de que aquello podría ser apenas el preludio de una creciente hostilidad entre los cheyennes y la caravana.

Cuando Johnny regresó de su inspección matutina con Sam, Rita ya tenía el desayuno preparado.

—Sam dice que te avise de que en un rato nos iremos a lavar, así que mejor cubre todo lo que no quieras que se moje.

Rita sintió un cosquilleo en el estómago al pensar en la tormenta.

—¿Ha dicho si será fuerte?

—No lo ha dicho. —Johnny tomó un bocado del plato que Rita le ofrecía.

—Probablemente lo habría dicho si fuera fuerte, ¿no?

Johnny se encogió de hombros tras tragar.

—No lo sé.

Rita soltó un bufido. ¿Por qué le pedía información a un niño de doce años? Lo único que le importaba era ir de explorador con Jared, Sam o el señor Kelley, y atiborrarse de todo lo que ella o Donna le ponían delante.

Un ruido detrás de ella la distrajo de las nubes y se volvió para ver a Donna, seguida de Jenny, que salían del carro. Donna frunció el ceño.

—¿Va a haber tormenta?

—Sam dijo que definitivamente va a llover, pero según Johnny, no cree que vaya a ser fuerte.

Donna asintió, pero siguió frunciendo el ceño.

Rita le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—No te preocupes. Nada va a arruinar el día de tu boda. Ni lo quiero oír. —Sonrió a la novia—. Y ya sabes lo firme que puedo ser cuando hace falta.

Rita se dio cuenta de que Donna estaba haciendo todo lo posible por esbozar una sonrisa. Para demostrar que no estaba preocupada en absoluto. Pero Rita se dio cuenta de su artimaña. Donna cogió el plato que le ofrecía su amiga.

—No sé cómo voy a ser capaz de tragar ni un bocado.

Su mirada se desvió hacia el oeste. Rita siguió su mirada. Se tensó cuando un relámpago precedió a un estruendo de truenos. Jenny gritó y se deslizó debajo del carro.

Rita captó la mirada preocupada de Donna justo antes de que su amiga se agachara delante del carro.

—Jenny, cariño. Sal ya. Esta tormenta no es un tornado. Sam dice que ni siquiera va a ser tan fuerte.

Al observar la escena que se desarrollaba ante ella, Rita no pudo evitar recordar aquella terrible tormenta que se había cobrado varias vidas entre los viajeros. Pobre Jenny. Ella y Becca Kane estaban jugando juntas cuando el tornado invadió su tranquilo mundo de fantasía. En un instante demasiado real, Jenny se vio obligada a ver cómo el viento levantaba a la pequeña Becca y lanzaba su cuerpo destrozado a varios metros de distancia, con su alma ya flotando hacia el cielo antes de que tocara el suelo. Jenny aún no había superado el incidente, e incluso la más leve llovizna le provocaba ansiedad. Una tormenta, aunque fuera leve, la aterrorizaba.

Johnny dejó a un lado su plato vacío y se arrodilló en el suelo, dejándose caer sobre las manos y las rodillas junto al carro.

—Ay, Jenny. No es más que una pequeña tormenta de verano.

El silencio aterrado de Jenny resonó en el aire saturado. La voz de Donna temblaba un poco mientras hablaba.

—Jenny, ¿no quieres salir y subirte al carro hasta que pare de llover? Estarás más cómoda.

Donna se movió como si fuera a arrastrarse debajo del carro con su hermana pequeña.

Rita le tocó el hombro.

—No te metas ahí debajo. Te ensuciarás y puede que no haya oportunidad de bañarse antes de tu boda. Yo iré.

Sin esperar su consentimiento, Rita se tumbó boca abajo y se deslizó debajo del carro, uniéndose a Jenny.

—Cariño, me voy a quedar aquí contigo hasta que pase la tormenta, ¿vale?

Rita rodeó con fuerza el cuerpo tembloroso de Jenny con sus brazos.

—Estaremos bien, Donna. Tú y Johnny deberíais entrar en el carro y esperar a que pase.

Rita percibía la vacilación de su amiga. Al fin y al cabo, Donna había estado cuidando de su hermana y su hermano desde la muerte de su madre, tres años atrás, y casi los había perdido para siempre cuando ambas fueron secuestradas. Desde entonces, se había vuelto aún más protectora.

—De verdad, Donna —murmuró Rita—. No pasará nada. Ya estoy aquí.

—¿Estás segura?

El simple hecho de que Donna le permitiera cuidar de Jenny conmovió a Rita hasta lo más hondo. Asintió con la cabeza.

—Vamos, Johnny —indicó Donna.

El muchacho se quedó atrás, claramente angustiado ante la idea de dejar sola a su hermana gemela. Donna le dio un suave tirón del brazo.

—Rita se hará cargo de ella.

El cielo se abrió y una lluvia torrencial cayó sobre el grupo de viajeros. Johnny se irguió de un salto.

—Estaré dentro, Jenny —dijo—. Deberías entrar en la carreta.

—No pasa nada, Johnny —intervino Rita, haciéndole un gesto con la mano para que se alejara—. Ve antes de que te empapes.

—¿Debería, Jenny?

La niña, aterrorizada, asintió. Johnny se levantó despacio y se alejó.

Entre el barro y la humedad, Rita estrechó entre sus brazos a la pequeña temblorosa, y no se movió hasta que la lluvia amainó, la tormenta se desvaneció y solo unos charcos dispersos recordaban a los viajeros lo que acababan de soportar. Pero ni las súplicas de Johnny ni las de Donna lograron convencer a Jenny de salir de debajo del carro. Así que Rita permaneció allí, empapada, embarrada y desdichada, esperando a que el miedo se disipara. Sabía muy bien por lo que estaba pasando la niña. Sabía lo que era acurrucarse en un rincón mientras la lluvia azotaba y la gente pasaba de largo, sin mirar a una niña pequeña, violada y abandonada en la calle.

No iba a permitir que Jenny se enfrentara sola a algo así.

Tenía un par de años más que Jenny cuando Micah Lyons llegó a la granja de su padre, un vagabundo en busca de trabajo. Cuando terminó la cosecha, Micah le había robado el corazón a Rita, junto con su inocencia. La promesa de matrimonio de Micah terminó abruptamente cuando ella le dijo que estaba embarazada. Se marchó en la oscuridad de la noche y Rita nunca volvió a verlo. Con el miedo creciente a que la descubrieran, Rita cogió dinero del tarro de los ahorros de su madre, se subió a una caravana con destino a St. Louis y perdió al bebé una semana después. Pero estaba demasiado asustada y avergonzada para volver a casa, y cuando Amelia la encontró en la calle, temblando, enferma por el aborto y medio muerta de hambre, Rita no lo pensó dos veces antes de aceptar su caridad. Solo después de recuperarse, engordar y recuperar algo de color en las mejillas se dio cuenta de que no existe la caridad verdadera, así que se puso a trabajar en el burdel de Amelia. ¿De verdad habían pasado siete años? Parecía más bien una eternidad.

—¿Por qué lloras, señorita Rita?

Las palabras de Jenny la sacaron de su ensimismamiento y bajó la mirada hacia los hermosos ojos azules que la miraban con preocupación.

—No sabía que lo estaba haciendo —respondió con sinceridad.

—¿También te ha asustado la tormenta?

—No. Solo estaba recordando algo malo, eso es todo. —Rita sonrió y apartó con firmeza cualquier pensamiento sobre su pasado. Todo lo que había sucedido antes de ese momento no existía. Estaba decidida a no permitir que el dolor de esos recuerdos volviera a aflorar.



Las piernas de Rita temblaban un poco mientras permanecía de pie junto al resto de espectadores dentro de los límites de Fort Laramie y observaba cómo Jared y Donna intercambiaban sus votos ante Dios y la compañía de los observadores. Dentro de la capilla del fuerte, Donna estaba preciosa con su vestido verde oscuro con un ligero toque de encaje en el cuello y alrededor de cada muñeca. Le hubiera gustado coser un poco también en el bajo del vestido, pero no tuvo suficiente tiempo, así que tuvo que conformarse.

Donna llevaba el pelo suelto, con unos rizos que enmarcaban su rostro en forma de corazón. Estaba preciosa, como toda una novia. La alegría de su rostro cuando el pastor la convirtió en la esposa de Jared era innegable. Rita sintió una sensación de pérdida al pensar que Donna ya no compartiría su carromato, pero la felicidad por su amiga era más fuerte que cualquier remordimiento egoísta.

Las notas de «Aura Lee» estaban llegando a su fin cuando Sam reunió el valor para acercarse a Rita, y mucho menos pedirle el honor de bailar con ella.

La había estado observando toda la noche. A pesar de que más de una mujer la había rechazado, se mantuvo educada y callada mientras servía trozos de tarta blanca y limonada. Con la mirada fija en Jenny y Johnny, sin duda por culpa de la señorita Kinston, o mejor dicho, de la señora Larson, parecía tener muchas cosas en la cabeza. Por un lado, se mantenía los dedos apretados contra las cicatrices de la cara tanto como podía. ¿No sabía que apenas se notaban? Especialmente cuando se miraba a sus hermosos ojos color ámbar, que se entrecerraban con cada sonrisa. Aunque últimamente no sonreía mucho.

Ahora, por primera vez en toda la noche, estaba delante de la mesa y no detrás. Él sabía que esa canción en particular significaba algo para ella. La melodía evocadora se elevó en el aire al final de un arco de violín y ella se balanceó al ritmo de la música, inconscientemente, si tenía que adivinar. De alguna manera, allí estaba él, de pie delante de ella, sonriendo como un loco, como él sabía que era.

—¿Me haría el honor, señorita Rita?

Ella se sobresaltó y abrió mucho los ojos.

—Oh, no es necesario.

—Sería un honor para mí.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Por qué no?

—¿De verdad?

—Sam Diez Pasos, ¿estás cambiando de opinión? No me digas que estás jugando conmigo.

—No, señorita. —Sonrió y deslizó la mano por la curva de su cintura, tomando la de ella entre las suyas. Su hombro se calentó al instante al sentir el contacto de su palma. La condujo por la pista de baile en lo que sin duda debía de ser un sueño.

Cerró los ojos y se empapó del aroma a repostería y carne ahumada que desprendía, ligeramente disimulado por un toque de agua con limón. Olía deliciosamente. Y nada le hubiera gustado más que hundir la cara en su cabello y disfrutar plenamente de ese aroma. Pero sabía que no debía hacerlo.

El gruñido de un hombre interrumpió su momento. Sam abrió los ojos y vio al señor Kane mirándolos con desdén, mientras su esposa Amanda parecía más avergonzada que enfadada.

—¿Hay algún problema, Kane? —preguntó.

El señor Kane ni siquiera se molestó en mirarlo. Eso solo bastó para que Sam se enfadara. Pero las siguientes palabras del hombre casi lo dejan sin aliento.

—Si te gustan tanto los indios, ¿por qué no te vas con el jefe y nos dejas en paz al resto?

Rita se quedó sin aliento y se quedó inmóvil en medio de la pista de baile. Sus ojos se llenaron de horror.

—Kane —advirtió Sam—. ¿De dónde has sacado el whisky?

—No sé de qué hablas, mestizo.

—Sí que lo sabes. Y créeme, el hecho de que estés borracho es lo único que te salva de recibir la paliza que te mereces por hablarle así a una señora.

—¿Señora? —espetó él—. ¿De dónde has sacado que esta puta es una señora?

Antes de que pudiera retroceder y estrellar el puño en la cara del idiota borracho, Rita había huido. Sam quería ir tras ella. Pero sabía que debía ocuparse del grandullón borracho que se tambaleaba delante de él, pidiendo pelea.

—Sam, llévalo al campamento y asegúrate de que duerma la mona.

La orden de Jared no podía haber llegado en peor momento. Pero Sam sabía que el jefe de la caravana tenía razón. Normalmente,

no permitían que nadie que hubiera bebido volviera al campamento hasta que estuviera sobrio, pero como la mayoría de las mujeres y los niños pequeños permanecían dentro de las murallas del fuerte hasta que partieran, la carreta de Kane parecía el mejor lugar para él. Además, todos sabían que el pobre hombre había perdido a su hija en ese tornado, y eso, de alguna manera, hacía más fácil perdonar sus transgresiones. Por ahora. Pero Sam no estaba seguro de cuánto tiempo más sería capaz de hacer la vista gorda.



Rita se mordió el labio para no dejar que las lágrimas que le obstruían la garganta brotaran mientras empezaba a recoger los platos y las sobras de la mesa.

—¿Por qué le has dejado que te hable así?

Ni siquiera tuvo que levantar la vista de la mesa para saber que la joven de la noche anterior la había seguido.

—Porque no todo merece la pena que se pelee por ello.

—¿Has oído cómo te ha llamado? —Preguntó la mujer y Rita la miró fijamente.

—Sí.

Por primera vez, la actitud de la mujer se quebró al comprender claramente lo que Rita quería decir. Se sonrojó y carraspeó.

—Yo... bueno... ya veo. Eres una...

—Era. —Rita levantó la barbilla, sorprendida por el orgullo que la invadía. En realidad no era eso y no volvería a dejar que la llamaran así. Quizá, después de todo, algunas cosas merecían la pena luchar por ellas—. Ya no lo soy.

La joven pareció aliviada. Asintió con la cabeza.

Rita tiró un plato con medio pastel a la pila de basura.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—No te lo he dicho, pero me llamo Jodie. —Se limpió la palma de la mano en unos pantalones de piel de ante sucios y le tendió la mano.

—Encantada de conocerte, Jodie. Yo soy Rita.

—¿Te ayudo a limpiar este desastre?

—Claro, si no te importa. —Rita casi se echa a llorar ante tanta amabilidad. Aunque fuera de una joven ruda con quién sabe qué pasado.

Pero ¿quién era Rita para menospreciar a nadie por ningún motivo? ¿Y qué tenía de malo que Jodie vistiera pieles de ante y llevara un cinturón con una pistola? ¿Acaso eso la hacía menos persona? ¿La hacía menos mujer? ¿Significaba que no era digna del amor de un hombre o de una palabra amable?

—Disculpa un momento, Jodie. Tengo algo que hacer. Ahora vuelvo.

—Si vas adonde creo que vas, voy contigo. Los platos pueden esperar a que volvamos.

—Como quieras.

Con su nueva amiga Jodie pisándole los talones, Rita se dirigió con determinación hacia Sam y el señor Kane. El explorador de la carreta prácticamente sacaba al borracho por la puerta.

—Espera un momento, Sam —dijo Rita con firmeza.

—¿Va todo bien? —preguntó el explorador.

—No. —Rita puso las manos en las caderas y se plantó con los pies firmes, como si se preparara para un fuerte viento—. No va nada bien.

—¿Qué demonios estás haciendo, Rita Rodden? —La esposa del señor Kane, Amanda, adoptó una postura defensiva.

—Esto no te incumbe, Amanda.

La mujer se envolvió en su chal y levantó la nariz.

—Si concierne a mi marido y a gente como tú, me concierne a mí.

—Yo no tengo nada que ver con ella, Mandy. No le creas.

—No seas tonta. —Rita olfateó con desdén y miró con desprecio a Amanda y luego al propio Sr. Kane—. Amanda, me conoces desde hace meses. Mejor que la mayoría de las mujeres que se han molestado en intentar conocerme. ¿Cómo puedes sugerir que podría estar coqueteando con tu marido?

Amanda apartó la mirada, pero no antes de que Rita notara la vergüenza que llenaba sus ojos.

—Rita, ¿puede esperar esto hasta mañana? —preguntó Sam en voz baja, indicando con la cabeza que ya se había formado un grupo de gente.

—No, no puede esperar, Sam. Pienso decir lo que tengo que decir. —Miró a la multitud—. Y más vale que todos escuchen.

—No tienes nada que decir que queramos oír —gritó alguien entre la multitud.

—Cállate y déjala hablar —gritó Jodie, con la mano en su Colt —. O tendrás que responder ante mí.

La multitud se quedó en silencio. Jodie asintió a Rita.

—Adelante, di lo que tengas que decir.

—Gracias. —La mirada de Rita se clavó en el Sr. Kane, cuyo rostro se encogió en una estupidez ebria—. Ahora, Sr. Kane. ¡Todos ustedes! Yo trabajo tan duro en esta caravana como el resto de ustedes. Recojo excrementos de búfalos, acarreo agua, cocino y hago todo lo que se me pide.

—¿Y eso qué tiene que ver? —gritó una mujer entre la multitud —. Nosotros también lo hacemos.

Jodie carraspeó ruidosamente y tocó su Colt.

La mujer captó la indirecta y cerró la boca.

—Y eso es precisamente lo que quiero decir. Cada uno de nosotros tiene un pasado diferente. El mío era más difícil de ocultar. Y sí, no era el tipo de mujer con la que querríais que se casaran vuestros hijos. Muy bien. De todos modos, no los quiero. En cuanto a quién era antes, eso ya es agua pasada. Y cualquier hombre o mujer cristiano decente sabe que Dios ha perdonado mis pecados. Así que decid lo que queráis a mis espaldas. Llamadme todos los nombres que quepan en vuestros retorcidos y amargados corazones. Apartad vuestras faldas cuando me veáis venir. No me importa. ¡Pero yo no lo haré! Repito, no me quedaré de brazos cruzados escuchando a ninguno de vosotros llamarme «puta» o insinuar que voy a retomar mi antigua vida en cuanto lleguemos a Oregón. Tengo tanto derecho a ser tratada con dignidad como el resto de vosotros. Compartimos la misma carga de trabajo y responsabilidad, y merezco que se me respete por igual. Y eso es todo lo que tengo que decir al respecto. Pero que quede claro: no me quedaré de brazos cruzados permitiendo que me humilléis ni un día más.

Dicho esto, se dio la vuelta y se enfrentó al hombre que había iniciado todo el altercado.

—¡Y eso va por ti también!

Sin decir una palabra más, pasó junto a Jodie y se alejó con paso firme. Jodie la siguió, estallando en carcajadas.

—Ese borracho idiota parecía no saber qué le había golpeado.

Rita no disfrutó mucho de la victoria. Si es que realmente había ganado. Lo único que quería era que la trataran como a una persona con valor. No como a una puta. Metió las manos en el agua jabonosa de los platos.

Jodie gruñó.

—Vienen las señoras. —Su voz estaba cargada de desdén. Rita podía adivinar que Jodie no había sido tratada mucho mejor que ella

a manos de las «señoras» de bien.

Rita levantó la vista y se tensó al ver a cinco mujeres, entre ellas la señora Brady, la esposa del capitán del fuerte, y Harriet Lamb, la esposa del predicador, que se dirigían hacia ella.

La señora Brady le dedicó una sonrisa amable.

—Pensamos que te vendría bien una mano para limpiar.

Rita sintió un gran alivio.

—Gracias. Jodie y yo se lo agradeceremos.

La sonrisa de la señora Lamb incluía tanto a Rita como a Jodie.

—Solo díganos qué hacer.

Rápidamente, Rita repartió las tareas y, en poco tiempo, varias mujeres más se unieron al grupo, la mayoría de la caravana.

Jodie se quedó a su lado y secó los platos mientras la docena de mujeres terminaban rápidamente de limpiar.

—Vaya, qué sorpresa.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Rita.

—Yo no lo habría podido decir mejor.

6

Rita supo en cuanto vio el rostro de Donna que su noche de bodas había sido todo lo que la joven podía haber soñado. Saberlo hizo que Rita se encariñara con el rudo Jared, sin importarle lo que él sintiera por ella. Y él, desde luego, no ocultaba que no le interesaba mucho.

Tampoco ocultaba que estaba loco por su nueva esposa. Ambos habían entrado en el campamento de la mano hacía solo unos minutos. Rita removió la olla de estofado que había calentado al fuego para alimentarse ella y los gemelos, y luego se enderezó para mirar a Donna.

Jared besó a su esposa en la mejilla y luego miró a Rita.

—¿Has visto a Sam?

—Se fue hacia el lago hace un rato. —Ahora vuelvo —le dijo a Donna.

Rita soltó una breve risa mientras Donna suspiraba, observando a su nuevo marido pavonearse como un pavo real para coger su caballo, Dusty, de las manos de Johnny.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Donna con una sonrisa tonta.

—Oh, no importa. Tengo una idea bastante clara de quién te estás riendo.

—¿Has venido de visita o a empezar a recoger tus cosas?

—Oh, Rita. Esa es la única parte difícil de casarme con Jared. Tener que dejarte aquí sola.

—Estaré bien. Y cuando lleguemos a Oregón, te entregaré la carreta. —Se rió brevemente—. Siempre y cuando quede algo de ella después de cruzar las montañas.

—No seas tonta. —Donna hizo un gesto con la mano hacia la carreta por la que había ahorrado durante todo un año para escapar del cruel hombre que la había mantenido como sirvienta durante mucho más tiempo del que estipulaba su contrato—. Quiero que te la quedes. De todos modos, necesitarás un lugar donde vivir hasta que construyas una casa. Jared dice que la mayoría de la gente vive en carretas o tiendas de campaña durante un tiempo.

El corazón de Rita dio un vuelco. Ni siquiera había pensado en lo que haría una vez que llegara a Oregón. ¿Cómo construiría una casa antes del invierno? Tendría que contratar a alguien para que la construyera, así que primero tendría que conseguir suficiente trabajo de costura o lavandería para pagarle. Todo era tan abrumador.

—Bueno, vamos a hacer las maletas para que puedas mudarte a tu nueva carreta.

Rita se detuvo.

—¿Quieres que me quede con Johnny y Jenny unas noches?

Donna se sonrojó. Negó con la cabeza.

—Quiero que se instalen y se acostumbren a que Jared forme parte de la familia.

Una vez más, el corazón de Rita dio un vuelco. De repente, ya no formaba parte de esa pequeña familia. Se había encariñado tanto con Donna y los gemelos que había aprendido a quererlos como una hermana. Pero la realidad era que ella no formaba parte de la familia. Jared sí.

Sam tuvo una idea. No había pasado desapercibido el heroísmo con el que Jodie adoraba a Rita desde que esta le había dicho a toda la caravana que ya no se dejaría tratar como a una mujerzuela. El propio Sam se había sentido más orgulloso de lo que jamás hubiera imaginado. Pero mentiría si dijera que no le preocupaba que Rita se quedara sola. ¿Cómo iba a conducir los bueyes sola, ocuparse de sus tareas, recoger agua y tantas otras cosas que la mayoría de las familias repartían entre dos, tres, cuatro o incluso más personas? La mayoría de las mujeres solteras, como la señorita Sadie, contrataban a chicos del campamento para que les ayudaran con las tareas, pero él sabía que Rita no tenía medios para hacerlo. Así que, después de rezar y meditar, Sam ideó un plan. Un plan en el que participaba Jodie.

La encontró dentro del fuerte, metiéndose en líos, como de costumbre.

—¿Qué cree que está haciendo, señor? —espetó ella, apartándose el pelo mojado de la cara. Sus ojos ardían de ira. El tendero la había metido en el abrevadero de los caballos, y no parecía ser la primera vez.

—¿Va a volver a robarme?

—¡Yo no le he robado!

La sumergió de nuevo y la dejó allí hasta que Sam sintió que tenía que intervenir. Por suerte, el hombre no estaba dispuesto a matarla. La dejó salir. Ella jadeó y tosió.

—¡Eres una alimaña! ¡Una serpiente asquerosa con cara de cerdo!

Sam contuvo una sonrisa mientras el grupo de soldados que observaba la escena se echaba a reír.

—¡Dejar de reír! —gritó ella. Buscó su Colt y lo sacó de la funda. Le temblaba la mano mientras apuntaba al tendero.

—Eh. Guarda eso antes de que hagas daño a alguien —dijo el hombre canoso.

—Deberías haberlo pensado antes de casi ahogarme.

Sam se acercó sigilosamente. Sabía que solo tenía una oportunidad para impedir que aquella joven tonta y orgullosa hiciera algo que la dejaría colgada de una soga.

—Has cometido un gran error conmigo, —continuó ella con su diatriba amenazante.

—Escucha, jovencita. No pasa nada. Quédate con el regaliz. No lo necesito.

—Ya te lo he dicho. No he robado ningún maldito regaliz. Iba a pagarlo.

Incluso mirando el cañón de un revólver Colt, el tendero no pudo contener una risa de incredulidad.

La mano temblorosa de la chica se estabilizó de repente y Sam entró en acción. Justo cuando se disparó el arma, Sam desvió el objetivo y la bala se clavó en un poste cercano.

—¿Qué demonios...?

El tendero tenía los ojos muy abiertos y toda huella de diversión había desaparecido.

Jodie se giró y miró a Sam con ira.

—¿Qué crees que estás haciendo? Fallé a propósito. No soy una asesina.

Sam sonrió, la agarró por los hombros y la giró. Se inclinó hacia ella.

—Cállate y ven conmigo.

—No voy a ir a ningún sitio con un desconocido. Y mucho menos me voy a callar.

Ella intentó soltarse, pero él la sujetó con fuerza, sabiendo por la indignación que crecía en los rostros de los hombres de la multitud que los siguientes segundos serían decisivos para el futuro de aquella mujer.

—No seas tonta.

—¿Tonta? El tonto eres tú, que te acercas a escondidas a una chica armada... Maldito mestizo.

—Vuelve a insultar a mi madre o a mi padre, y te dejo en manos de estos hombres —le susurró al oído con tono gélido.

Ella pareció darse cuenta de la ira por primera vez. Sam la oyó tragar saliva.

—Por piedad. No era mi intención ofenderte.

—Ella no va a ir a ninguna parte —aseguró el tendero, dando un paso adelante.

—Escuchen, amigos. Seamos razonables. Esta niña no merece tanto alboroto.

El pobre soldado que estaba más cerca del poste, que ahora tenía un agujero del tamaño de una bala, se lanzó hacia delante.

—Casi me mata.

—Él me desvió el tiro. Yo no iba a disparar a nadie.

—Es una ladrona. —El tendero había perdido toda su elegancia —. Y me habría matado si hubiera sabido apuntar.

Jodie soltó un grito ahogado y Sam le tapó la boca con la mano antes de que pudiera soltar lo que estaba pensando.

—Escuchen, es evidente que hay un malentendido —indicó Sam, tratando de mantener la voz tranquila—. La señorita Jodie no tenía malas intenciones. —Al menos, él estaba casi seguro.

—Quizá no. Pero ha causado el mismo daño. —El tendero miró al soldado de más rango que había entre ellos, un teniente que, por lo que Sam podía deducir, quizá llevaba afeitándose un año. —¿Qué piensa hacer con este atentado contra mi vida?

El soldado parecía preferir morir antes que arrestar a una dama.

—¿Está seguro de que quiere presentar cargos?

—¿Por qué si no te preguntaría qué piensas hacer al respecto?

El teniente tragó saliva y dio un paso adelante, con el rostro ensombrecido por el temor a la tarea que se veía obligado a llevar a cabo. Sam se interpuso entre Jodie y él.

—Escuchen, amigos. ¿Qué tal si me llevo a esta joven de una vez por todas?

—No me llevarás a ningún sitio, idiota.

—Así es. Quiero justicia. —El tendero no parecía dispuesto a entrar en razón a menos que se le ofreciera *justicia*. Pero Sam no podía dejar a Jodie a merced de una turba de hombres irritados.

—Señor Lyons —intervino el teniente—, quizá podamos permitir que la joven se marche con la caravana, en compañía del señor… Diez Pasos.

Sam sonrió.

—Señor —Diez Pasos se volvió hacia el tendero con una mirada casi suplicante—. No veo motivo para retener a la señorita. No ha pasado nada realmente grave, ¿verdad?

—Prometo que no volveré a poner un pie en este fuerte.

Por fin, la joven parecía haberse dado cuenta de la gravedad de la situación en la que estaba metida.

—De verdad que iba a pagar el regaliz, pero me distraje con algo que vi por la ventana y se me olvidó que lo tenía en la mano.

—No pasa nada, señorita Jodie —la tranquilizó Sam—. Solo tienes que pagarlo ahora y seguro que el señor Lyons, ¿se llama así?, te dejará marchar.

—Eh —se aclaró la garganta y se inclinó hacia él—. No tengo dinero.

—Entonces, ¿cómo pensabas pagar el regaliz? —preguntó el tendero.

Jodie miró con el ceño fruncido a la multitud.

—Está bien. No iba a pagarlo. —Se volvió hacia Sam—. ¿Contento?

—Yo pago el regaliz. —Sam se volvió al oír la voz de Grant Kelley. Metió la mano en el bolsillo del chaleco—. ¿Cuánto le debe, señor?

—Dos monedas. —El tendero respiró hondo—. Y otras dos por las molestias.

Jodie dio un grito ahogado.

—¡Eso es un atraco! ¡Deberían meterle en la cárcel!

Sam le presionó el codo y le susurró:

—Tranquila, señorita Jodie. Grant Kelley ni siquiera pestañeó ante el ridículo precio. Más bien, entregó las monedas y asintió a Sam y Jodie. —¿Listos para irnos?

—No voy a ir a ningún sitio con vosotros dos.

—Señorita Jodie, tengo una propuesta que hacerle.

—No, gracias. No soy ese tipo de mujer.

—Y yo no soy ese tipo de hombre.

—Entonces nos entendemos. Si me disculpan, voy a seguir mi camino.

Antes de que Sam pudiera detenerla, Grant la agarró del brazo con fuerza.

—¿Quiere callarse de una vez y escuchar al hombre?

—Gracias, Grant. —Sam se volvió hacia la mujer atónita—. Acompáñenos hasta la caravana y al menos escúcheme. Si no le interesa, es libre de irse.

Ella lo escrutó, estudiando su expresión. Sam dudaba mucho que ella se diera cuenta si él estaba mintiendo, pero tenía que admirarla por al menos pensarlo antes de aceptar.

—Está bien, señor Diez Pasos, iré con ustedes. —Miró a Grant con ira—. Pero no voy por usted.

Grant frunció los labios.

—No me atrevo a creer que sienta otra cosa que un profundo desprecio por mí. Aunque no entiendo por qué.

—Bien. Porque eso es exactamente lo que siento. —Frunció el ceño—. Y tengo mis razones.

—Gracias por su franqueza.

Entrecerrando los ojos, se acercó para mirarlo mejor.

—¿Se está riendo de mí?

—¿Por qué no, señorita Jodie? ¿O cree que me da miedo su mirada aguda?

—¿Por qué, usted...?

—Me adelantaré para que podáis hablar los dos solos.

Grant se alejó a caballo, dejando a Jodie balbuceando tras él.

—Nunca había conocido a nadie con tan malos modales.

Sam contuvo las ganas de reír a carcajadas. Decidió ir directo al grano.

—Me gustaría que viajara con Rita como su acompañante.

—¿Perdón?

—La señorita Rodden.

—Sé quién es Rita. Pero yo viajo sola.

—¿Qué hace una mujer como usted sola en un lugar tan peligroso como Fort Laramie?

—Supongo que eso es asunto mío.

—Se lo concedo, señorita. Pero ambos sabemos que no lleva mucho tiempo en el fuerte, lo que me lleva a creer que estaba esperando la caravana. ¿Por qué haría eso una mujer si no fuera

para unirse a ella y viajar el resto del camino bajo la protección de una caravana del tamaño de la nuestra?

—Mi marido falleció hace poco. Vivimos a unos kilómetros de aquí. Solo voy al fuerte para comerciar.

Estaba mintiendo otra vez. Sam ni siquiera tuvo que preguntárselo. Parecía que cada vez que abría la boca salía una mentira.

—Supongamos que tiene un lugar donde vivir.

—¿Me está llamando mentirosa?

Sam aspiró aire. Detuvo su caballo y agarró la brida de ella. Exigió la mirada de Jodie.

—No quiero insultarla. Pero sí, supongo que no está diciendo la verdad. Que no ha fallecido ningún marido recientemente y que no tiene un rancho por aquí.

Se sonrojó.

—Nunca he dicho que tuviera un rancho.

—¿Estamos listos para ser sinceros el uno con el otro?

—Está bien. Quiero quedarme cerca de la caravana. Pero no iba a pedirle que me llevara, porque no quería tener que hacer tareas. ¿Satisfecho?

—Rita necesita compañía. Alguien con quien hablar durante el día y con quien repartirse las tareas cuando acampemos cada noche. ¿Qué me dice?

—¿Y qué hay para mí?

Sam negó con la cabeza.

—No puedo pagar mucho. Pero podría reunir algo.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Cuánto?

—Le pagaré veinte dólares al final del camino, siempre y cuando haga su parte y cumpla con lo acordado.

—Diez ahora y las otras diez al final.

Sam sonrió ante su audacia.

—Cinco ahora y quince cuando lleguemos a Oregón.

La chica asintió y le tendió la mano.

—Trato hecho.

Sam sintió un gran alivio. Sabía que, en su ausencia, esa chica cuidaría de Rita.

—Una cosa más.

—¿Qué?

—No le diga nada de nuestro acuerdo.

7

Un pinchazo le atravesó el cuello y Rita soltó un grito.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jodie desde el asiento de la carreta, mientras luchaba con los bueyes con bastante más destreza que Donna, para ser sinceros. Aunque a Rita le resultaba desleal siquiera pensarlo.

—¡Malditos tábanos!

Había olvidado lo insoportables que podían llegar a ser esos bichos miserables. Rita detestaba quejarse, pero, siendo franca, Jodie le estaba sacando de quicio. La chica apestaba y no mostraba el menor interés por remediarlo. Rita tenía la firme intención de solucionarlo en cuanto encontraran un arroyo. De un modo u otro.

Se dio otra palmada en el cuello, pero ya era tarde para hacer algo contra el diminuto asesino que la había atacado, picado y zumbado como el pequeño matón que era. Bastante tenía con pasar los días cubierta de polvo, amenazada por los vientos salvajes de la pradera. Pero las moscas... Las moscas eran lo peor. Bueno, después del olor de Jodie.

Y aun así, no podía quejarse, no con la alternativa tan clara. Prefería el viento, el polvo incrustado en cada poro y hasta las malditas moscas, antes que volver a la vida que había dejado atrás.

Sin embargo, no podía evitar preguntarse en qué demonios había estado pensando Sam al sugerir a esa chica como compañera de viaje. No quería parecer desagradecida, pero, por el amor de Dios, estaba a punto de vomitar el desayuno. Y eso sin contar lo

incesante que era. Al menos Donna sabía apreciar el silencio. Jodie, en cambio, parecía tan inquieta como una novia en su noche de bodas.

—Ese Sam, reza mucho, ¿verdad?

Rita siguió la dirección de su mirada y sonrió. Sam montaba su caballo, con la cabeza gacha, la vista perdida en el horizonte.

—Sí. Reza mucho.

—Yo nunca le he encontrado mucho sentido. A la oración, quiero decir —añadió Jodie, soltando un suspiro. Dejó de forcejear con los bueyes lo justo para sacarse un trozo de paja de entre los dientes y tirarlo al suelo—. Que yo sepa, el Todopoderoso nunca ha hecho nada por mí ni por los míos.

—¿Cómo lo sabes?

Jodie entrecerró los ojos ante la pregunta y miró más allá de los animales que conducía.

—Supongo que si lo hizo, lo hizo muy mal. Y si ese es el caso, ¿quién necesita un Dios así que me diga lo que tengo que hacer?

Algo se removió en el corazón de Rita y puso una mano sobre la sucia camisa de ante de la chica.

—No puedo pretender saberlo todo sobre Dios. Pero sí sé que, hace unos meses, era una puta sin valor en un pueblo sin alma y sin esperanza. Y ahora soy libre. Espero un futuro en el que nadie vuelva a obligarme a hacer cosas que no quiero hacer.

Jodie miró fijamente las cicatrices de Rita.

—¿Qué te pasó?

La pregunta directa fue como una bofetada en la cara.

—Digamos que ahora tengo cicatrices externas en lugar de cicatrices en el corazón.

—¿Cicatrices en el corazón?

—No puedo imaginar a nadie viviendo como yo sin sufrir heridas internas. Era hermosa por fuera y sangraba por dentro. Ahora tengo cicatrices por fuera, pero me veo hermosa por dentro.

—¿Quién ha dicho que no eres hermosa por fuera? ¿Te ha dicho algo así ese mestizo? O ese guía de caravanas. No le hagas caso. Solo tiene ojos para esa pelirroja.

Rita no estaba acostumbrada a que la defendieran. Y que lo hiciera una chica tan ruda era, como mínimo, desconcertante. La joven impulsiva y armada era capaz de disparar a alguien tan rápido como lo miraba, y Rita no quería ser responsable de un derramamiento de sangre. Por suerte, Jared le había quitado el arma. Aun así... la chica le había confesado que no había visto el enorme cuchillo que llevaba escondido bajo la camisa, una de las razones por las que no se desabrochaba la chaqueta para dejar que el aire acariciara su piel bajo la camisa de algodón.

—Sam no ha sido más que un caballero. De hecho, si no hubiera venido a por mí cuando el hombre del que huía me secuestró, ahora estaría muerta. Me ayudó y me cuidó hasta que me recuperé.

—Oh. —Jodie se quedó en silencio. Y siguió así. El silencio fue una bendición para Rita, pero tenía la sensación de que la chica se había sumergido en lo más profundo de su memoria, donde sus propias cicatrices sangraban.

—Háblame de tu familia.

Los ojos de Jodie se encendieron y se giró bruscamente hacia Rita, que retrocedió un paso.

—No me queda familia y no tiene sentido hablar de ello. Así que dejémoslo ahí.

—Entiendo que no quieras hablar. Pero si alguna vez cambias de opinión, soy buena escuchando. Y no cotilleo, así que tus secretos están a salvo conmigo.

Los ojos de la chica, parecidos a los de una cierva, se suavizaron por un instante, pero enseguida se endurecieron de nuevo.

—Los únicos secretos seguros son los que nadie conoce. Y yo pienso guardar todos los míos aquí —se señaló la sien—. Así que no intentes hacerme hablar.

Rita asintió. Lo entendía perfectamente.

—Si no te importa, voy a bajar y dar un paseo. Cuando vuelva, podemos cambiar de sitio.

—¿Vas a conducir estos animales? —A Rita no le gustó el tono escéptico de la muchacha.

—Te sorprendería lo que soy capaz de hacer. —Rita le guiñó un ojo y le sonrió antes de bajarse.



Sam vio a Rita bajar del carro y se alarmó. Les seguían. Probablemente se tratara del jefe guerrero cheyenne Águila En picado. El agente indio, Fitzpatrick, tenía sus propias ideas sobre la colonización del Oeste y no se caracterizaba precisamente por su simpatía. Él mismo había confirmado que Águila En picado había reunido a más guerreros y planeaba una nueva incursión contra la caravana.

Aun así, Sam no podía asegurar que se tratase de Águila En picado . La mayoría de las tribus de la región estaban inquietas, incluso frustradas, por la presencia de colonos y, más recientemente, por la avalancha de buscadores de oro en las Black Hills. Lo que sí tenía claro era que volverían a encontrarse con ese grupo de guerreros muy pronto. El recuerdo de la expresión del jefe cheyenne cuando se vio obligado a marcharse sin su presa seguía grabado en su mente. Y le preocupaba más de lo que quería admitir, por mucho tiempo que pasara rezando, en busca de sabiduría y paz.

Águila En picado no renunciaría a Rita sin luchar. Su orgullo había sido herido: primero, por la negativa de Jared a negociar; después, por el rechazo de la propia Rita.

Sam sabía que, incluso si el jefe lograba su objetivo, Rita no correría un peligro real. Los cheyennes, al igual que los sioux, solían tratar con respeto a sus mujeres. Como en cualquier otro pueblo, había hombres buenos y malos, pero incluso los cautivos eran bien tratados siempre que obedecieran y no causaran problemas. El inusual cabello rubio platino de Rita la convertiría en una curiosidad dentro de la tribu. En el peor de los casos, alguien intentaría cortarle un mechón de pelo... aunque ni siquiera eso le parecía probable. Estaba convencido de que no le harían daño. Pero esa no era la cuestión.

Sam no permitiría que nadie se la llevara en contra de su voluntad.

Ya había sufrido bastante. Y mientras él tuviera algo que decir al respecto, durante el resto de su vida, Rita tendría la libertad de elegir.

Dudó si advertirle que no se alejara de la carreta, pero decidió no alarmarla antes de tiempo.

Jared se acercó a él a caballo.

—¿Lo has visto?

Sam asintió con gravedad.

—¿Cuánto crees que tardarán en atacar?

—Si van a hacerlo… en cualquier momento.

Apenas pronunció las palabras, una línea de polvo se levantó en el horizonte y se oyó el débil sonido de gritos de guerra. Jared entró en acción.

—¡Formar un círculo con las carretas!

Sam espoleó su caballo y galopó hacia Rita. Tiró de las riendas y se abalanzó sobre el caballo. El terror en los ojos de ella lo sacudió

hasta lo más profundo.

—Ven conmigo —le ordenó.

Ella asintió y le tomó la mano.

—Señorita Jodie, ponga esa carreta en su lugar.

—¿Y mis armas?

—Hable con Jared. —Él tenía otras cosas que hacer. Llevó a Rita a la carreta de Sadie Barnes—. Señorita Sadie, necesitamos algo para cubrirle el cabello. Y agáchense debajo de esta carreta. ¿Tiene un arma?

—Ya sabe que sí. —La viuda desapareció dentro de su carreta y regresó con un chal—. ¡Toma! Coge esto.

—¿Crees que me ha visto? —La mirada de terror en los ojos de aquella mujer, normalmente tranquila y valiente, atravesó el corazón de Sam. Pero no había tiempo para hacer lo que le dictaba su instinto y cogerla en sus brazos para consolarla. Había cosas más importantes que hacer. Negó con la cabeza en respuesta a su temblorosa pregunta.

—Lo dudo.

A menos que Sam se equivocara, el plan era matar a tantos hombres como fuera posible y huir con tantas mujeres como pudieran. Mujeres y niños. Con Rita en lo más alto de la lista. El campamento cheyenne no debía de estar muy lejos de allí. El número de guerreros del otro día había aumentado de veinte a al menos doscientos.

No iba a ser una lucha fácil.

La señorita Sadie señaló con el dedo al pecho de Sam.

—Sal de aquí y ve a donde pueda ser más útil. Nosotras estaremos bien.

Rita miró a Sam, sintiéndose desnuda por primera vez en meses. ¿Cómo podía marcharse así, sabiendo que los cheyennes la buscaban?

—¡Rita! —La señorita Sadie la sacudió por el brazo—. Tienes que despertar. Ponte esto y métete debajo del carro.

Rita asintió y, con manos temblorosas, se cubrió su singular cabello.

—Se están acercando —susurró.



En cuestión de segundos, el aire resonó con una descarga tras otra de disparos que estallaron en la atmósfera y flechas que silbaron en el aire. Rita se cubrió la cabeza y se quedó boca abajo debajo de la carreta de la señorita Sadie. No se atrevía a levantar la vista, temiendo que, si lo hacía, vería los ojos lascivos y llenos de lujuria del indio que la deseaba. En el suelo, junto a ella, Sadie recargó su escopeta y disparó otro tiro, que alcanzó a su objetivo con un aullido, y disparó otro. Este falló.

Murmuró una maldición mientras recargaba. Luego, una apresurada oración de arrepentimiento.

—Cariño, quita las manos de la cara y ayúdame. Ahora tengo dos escopetas, tú mantén una cargada en todo momento. No es momento para que te comportes como una cobarde.

La vergüenza desgarró el corazón de Rita. ¿Qué era ella? ¿Una niña incapaz de defenderse?

—Tiene razón, señorita Sadie.

La mujer asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—¿Sabes cómo se carga?

—Creo que sí.

Si no le fallaba la memoria, aquella escopeta se parecía a la que su padre había utilizado en innumerables ocasiones para cazar la cena. Cogió el arma recién vaciada y se dispuso a cargar los

cartuchos en las dos recámaras. La señorita Sadie la tomó entre sus manos y sonrió.

—Buena chica. Sigue así.

Por algún milagro, Rita logró desconectar del caos que la rodeaba y concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Tras lo que pareció una eternidad —aunque seguramente no pasaron más de quince minutos—, los indios se retiraron. Rita estuvo a punto de llorar de alivio.

—¿Se ha acabado?

La señorita Sadie levantó la vista del horizonte y fijó su mirada directamente en los ojos de Rita.

—Esta ronda.

A Rita se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Esta ronda?

Un movimiento de cabeza sacudió el pelo recogido de la viuda de mediana edad.

—Se llevarán a sus muertos, se reagruparán, se reorganizará y volverán con más fuerza.

—¿Cuándo?

—Probablemente en menos de una hora. Quizá antes.

Rita aguzó el oído al oír un ruido, los viajeros salían de debajo de los carros y se levantaban de sus escondites detrás de las ruedas. Un bramido furioso atravesó el aire y supo al instante que Jodie no estaba contenta.

—Quítame esta maldita cosa de la pierna.

Rita se deslizó sobre el vientre hacia la abertura más cercana.

Pero Sadie la tiró hacia atrás.

—No, Rita.

—¿Qué cree que estás haciendo? Voy a ayudar a Jodie.

—No. Quédate aquí. Yo iré a ver cómo está.

Rita abrió la boca para discutir, pero la mirada de la señorita Sadie la silenció.

—Sé que no fue culpa tuya, Rita —comentó la mujer, exhalando—. Pero ese indio te quiere como mujer y de eso se trata todo esto. Será mejor para todos que te mantengas fuera de la vista con el pelo cubierto hasta que todo este lío termine y, con suerte, podamos pasar el día con el menor número de muertos posible.

8

Un dolor blanco y ardiente atravesó el muslo de Jodie. La caravana pasaba zumbando a su lado, sin que nadie pareciera verla ni oírla, aunque estaba tumbada a la vista de todos y gritaba con todas sus fuerzas. La cabeza le daba vueltas y sintió esa sensación nauseabunda que precede a la pérdida del conocimiento. Era su talón de Aquiles. Se desmayaba con solo ver sangre, huesos rotos o vómito. No hacía falta mucho para que sucumbiera al desmayo. Un horror la invadió al pensar que alguien pudiera descubrir esa debilidad en plena luz del día, mientras todos se apresuraban a su alrededor, presa del pánico por atender a los suyos y prepararse para la siguiente oleada de ataques.

Cerró los ojos y luchó por no desfallecer, tragando saliva con fuerza y tratando de concentrar sus pensamientos en mariposas y flores.

—¿Señorita Jodie?

El miedo le atravesó las entrañas cuando abrió los ojos y los posó en unas botas, luego en unos pantalones y una camisa de piel de ante. Era Grant Kelley.

Sin pedir permiso, se agachó, sacó un cuchillo del bolsillo y se acercó a la pernera de los pantalones de piel de ante.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó Jodie, deseando que su voz no temblara tanto.

—Shh. Cálmese. Está perdiendo mucha sangre.

—Eso no es lo que le he preguntado.

Él la miró a los ojos, con esos suaves ojos marrones tan sinceros que a Jodie le resultaba casi imposible enfadarse con él en ese momento, cuando parecía ser la única persona viva a la que le importaba si ella vivía o moría.

—Señorita Jodie, aclaremos algo. Voy a cortar la pernera de estos pantalones para poder sacar la flecha clavada en su muslo.

—¡Ni lo sueñe!

Una mueca de disgusto empañó su inquietante rostro.

—No se resista. No voy a dejar que se desangre hasta morir. Y esta cosa está muy clavada.

Jodie sabía cuándo la habían vencido y, en ese momento, no tenía fuerzas para luchar contra él.

—Está bien. Haga lo que tenga que hacer. Pero...

—¿Pero qué?

Había pensado decir: *Pero no se lo cuente a nadie si me desmayo*. No tenía sentido buscar problemas; tal vez ese mareo en la cabeza desapareciera pronto.

—Aguante, esto va a doler.

Contuvo un grito justo cuando la envolvía la bendita oscuridad.

—¡Ya vienen otra vez!

Menos de una hora después de que terminara la primera oleada de ataques, la caravana ya se había reagrupado y vendado a los heridos. Por suerte, nadie había muerto hasta entonces, pero Sam dudaba que esa suerte se mantuviera. Todo dependía de cuánto empeño pusiera Águila En picado en capturar a Rita, si es que seguía siendo ella el objetivo.

Los gritos de guerra resonaban en el horizonte mientras el polvo levantado por el estrépito de los cascos casi ocultaba a los indios hasta que estuvieron cerca. Sam echó un vistazo rápido a Rita, que seguía refugiada bajo el carro, asegurándose de que permaneciera a salvo por el momento —y mientras él tuviera algo que decir al respecto, así sería.

Las flechas surcaban el aire, seguidas de disparos. Extrañamente, la mitad de los guerreros portaban rifles. La irritación se apoderó de Sam. ¿Cómo esperaba el gobierno proteger a los colonos si no tomaba medidas drásticas contra los traficantes que vendían armas ilegalmente a las tribus? Rifles y whisky: esas dos cosas bien podrían significar la desaparición de los pueblos originarios de las llanuras.

Sam apuntó con su rifle y disparó a un valeroso guerrero cuya mirada de sorpresa se cruzó fugazmente con la suya antes de caer del caballo, muerto al tocar el suelo. Un nudo de dolor oprimió su pecho.

Escudriñó a los combatientes buscando a Águila En picado, identificado por el tocado de guerra más ornamentado. Sam sabía que la única manera de detener la batalla era herirlo o matarlo. Prefería herirlo. Por mucho que le disgustara ese hombre obsesionado con arrebatarle a Rita, sabía que Dios lo amaba y esperaba que abrazara la salvación en lugar de perder la vida sin Dios en el campo de batalla. Herirlo pondría fin al ataque y le daría a Águila En picado una nueva oportunidad para escuchar el evangelio.

Este asalto parecía más desesperado que el primero. Los guerreros no eran tan cuidadosos y las bajas aumentaban desde la primera flecha lanzada. Los colonos se resguardaban detrás y debajo de las carretas, mientras sus atacantes quedaban expuestos, conscientes de que sus posibilidades de sobrevivir eran escasas.

Sam disparó tres veces más, acertando en cada blanco, hasta que sus ojos se posaron en Águila En picado. El jefe lo vio al mismo tiempo y cargó hacia él. Sam levantó el rifle y apuntó lo mejor que pudo mientras el guerrero avanzaba. Dispararon a la vez. Un dolor

ardiente atravesó el costado de Sam justo antes de que el suelo se alzara para recibirlo.



Rita vio caer a Sam y salió corriendo de debajo del carro antes de que la señorita Sadie pudiera detenerla. Donna llegó al mismo tiempo que Sam.

—Rita, vuelve debajo del carro. Yo me encargo de Sam.

—No. Vuelve con Jenny.

—¡No te voy a dejar!

—Pues yo no voy a dejarlo a él.

Mientras el caos se intensificaba a su alrededor, las dos mujeres dejaron de discutir con un acuerdo tácito y se dejaron caer al suelo a ambos lados de Sam Diez Pasos.

—Es una herida limpia —anunció Donna—. La bala ha atravesado el cuerpo. Es una buena noticia. Pero necesitaremos algo para detener la hemorragia.

Rita no pensó. Se arrancó el pañuelo de la cabeza.

—¡Rita!

—No. —Rita no estaba de humor para que le recordaran que su pelo los había metido a todos en ese lío. No necesitaba que le recordaran que Sam yacía en el suelo, posiblemente muriéndose por su culpa. Presionó el chal contra la herida.

Afortunadamente, Donna lo soltó.

—Está bien. Mantén la presión sobre la herida mientras voy a buscar aguja e hilo.

Rita bajó la vista y se le ablandó el corazón al ver el rostro desangrado del hombre que había acudido en su ayuda por segunda vez.

—Vive, Sam —susurró. El dolor le atravesó el cuero cabelludo y, en menos de un instante, estaba de pie, arrastrada por el pelo. Un grito se le escapó de la garganta—. ¡No! —Horrorizada, apenas tuvo tiempo de asimilar la impactante realidad de lo que estaba sucediendo. El jefe de guerra, con el brazo sangrando por una herida de bala, tropezó al intentar capturarla. Rita reaccionó rápidamente, sabiendo que su única oportunidad era golpear donde él era más vulnerable. Se balanceó con todas sus fuerzas y le asestó un puñetazo en la herida cubierta de sangre. Un rugido de dolor brotó del indio y la soltó. Cuando se giró, estaba inestable por el dolor y la pérdida de sangre, y Rita supo que la supervivencia significaba una cosa: le dio una patada en la pierna y, al mismo tiempo, empujó con todas sus fuerzas. La táctica funcionó, ya que él tropezó y cayó con fuerza al suelo. Antes de que pudiera pensar, otro indio gritó y corrió en su dirección. Sabía que ese era el último momento de su vida. Se mantuvo firme, cerró los ojos y esperó el final.

Pero no llegó. Esperó, pero en lugar del golpe que esperaba, no hubo nada. Abrió los ojos y vio los ojos oscuros del jefe guerrero indio clavados en ella mientras sus valientes lo sacaban del círculo de carromatos y lo subían a su caballo. Con una orden rápida, el jefe reunió a los guerreros y, en cuestión de segundos, el campo de batalla quedó en silencio.

Jared caminaba por el círculo hablando con las familias que habían perdido a sus seres queridos. Seis en total. Cuatro hombres y dos mujeres. Entre ellos se encontraba la señora Cordellia Harrison, esposa de Charles y madre de Alfred, un simplón, y de Belinda, una joven luchadora de la edad de Johnny y Jenny.

Se detuvo para presentar sus respetos.

—Por favor, acepte mis condolencias, señor Harrison —expresó al hombre afligido—. Celebraremos un funeral conjunto por la

mañana, tan pronto como todos hayan tenido tiempo de preparar los cuerpos.

El rostro bañado en lágrimas de Belinda se asomó desde donde estaba, junto al cuerpo de su madre.

—Me gustaría enterrar a mamá con su vestido de novia. ¿Está bien, señor Larson?

Conmovido por su dolor, él le acarició la cabeza con ternura.

—Creo que sería un gesto muy bonito, Lindy. Hazlo, siempre y cuando tu padre no tenga nada en contra.

—No me importa —murmuró él—. La niña puede hacer lo que quiera.

Alfred, de dieciséis años, estaba sentado en la parte delantera del carro, mirando a su madre como si aún intentara comprender lo ocurrido. Jared se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Estás bien, Alfred?

—Mamá ha muerto —respondió sin rodeos—. Supongo que no va a preparar la cena.

—Supongo que no, hijo —admitió Jared con suavidad—. Ven a mi carro; la señorita Donna te preparará algo bueno.

—Si papá está de acuerdo. —Alfred miró a su padre, y la inocencia de sus ojos claros conmovió a Jared.

El señor Harrison no era precisamente un hombre paciente. Jared lo había oído gritarle al chico en más de una ocasión. Aunque Alfred ya tenía cuerpo de muchacho, casi adulto, su mente seguiría siendo la de un niño. Cualquiera podía darse cuenta de ello. Y mientras su padre solía ignorarlo, su madre lo había adorado con devoción.

Jared volvió la mirada hacia Harrison, que por fin posó los ojos en su hijo.

—Señor Harrison —le propuso con respeto—, ¿qué le parece si usted y los niños cenan con mi esposa y conmigo esta noche?

—¿Eh? —El hombre alzó la vista, como sobresaltado. Luego asintió—. Oh… claro. Muchas gracias. Allí estaremos.

Jared siguió vigilando la caravana. Había más heridos de lo que esperaba. Pero su corazón casi se detuvo cuando encontró a Sam en el suelo. Rita estaba a su lado, con las manos manchadas de sangre mientras le cosía una herida en el costado.

—¿Qué ha pasado? —Se sintió tonto en cuanto pronunció las palabras. Por supuesto que su amigo había resultado herido en la batalla.

—El jefe le disparó —dijo Donna—. Pero la bala le atravesó el cuerpo, así que solo nos queda esperar lo mejor. Ha perdido el conocimiento varias veces en los últimos minutos.

Jared asintió, satisfecho de que su amigo estuviera recibiendo los mejores cuidados posibles. Se centró en Rita.

—Mantenme informado de su estado.

—Así lo haré.

Se volvió hacia Donna.

—He invitado a cenar a los Harrison. ¿Te parece bien?

En cuanto vio la mirada incrédula de ella, supo que estaba en problemas.

—¡Jared! ¿Después de todo lo que hemos pasado, vas a invitar a gente a cenar? ¡Ya sabes lo mal que cocino!

—No creo que les importe, cariño.

—¿Qué quieres decir?

—La señora Harrison murió en el ataque.

En un instante, la compasión borró la irritación de su rostro pecoso.

—Oh, Jared. Lo siento mucho. —Asintió—. Prepararé algo, aunque tenga que pedirle a la señorita Sadie que venga a cenar para que cocine ella.

Jared se inclinó y besó a su esposa. Ella se derritió contra él, solo por un segundo, permitiéndole darle fuerzas. El corazón de Jared casi se le salió del pecho ante ese simple gesto de confianza. Amaba a esa mujer con cada fibra de su ser y se maravillaba de que ella también lo amara.

Ella se apartó con una sonrisa y apoyó la palma de la mano sobre su pecho.

—Estaré bien. Deberías ir a ver cómo está el resto de la caravana.

Jared se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Te quiero, señora Larson.

Ella se sonrojó y le dedicó una tímida sonrisa.

—Yo también te quiero, señor Larson. Ahora vete y haz algo útil.

—Sí, señora.

Jared se alejó riéndose para sus adentros. Sin duda, Dios le había dado más de lo que se merecía.

9

Sam se despertó al oír gemidos cerca. Solo tardó un minuto en darse cuenta de que el sonido provenía de su propia garganta. Entonces lo recordó todo. Águila En picado le había disparado al mismo tiempo que él había apretado el gatillo. ¿Lo habría matado? ¿O lo había hecho el cheyenne?

—¿Rita?

—Estoy aquí, Sam.

El alivio lo inundó.

—Gracias a Dios que estás a salvo.

Ella se inclinó sobre él y le limpió la frente con un paño fresco y relajante.

—No soy yo quien más necesita cuidados ahora.

—¿Águila En picado?

—Sigue vivo —respondió con gravedad—. Al menos lo estaba cuando se lo llevaron. Le disparaste en el brazo, pero sangraba mucho.

—¿Dónde estoy?

—En mi carreta. Llevas aquí tres días.

La alarma se apoderó de él e intentó incorporarse. El dolor le atravesó el costado, haciéndole soltar un agudo suspiro.

—No puedo quedarme aquí, señorita Rita.

—No digas tonterías. No puedes levantarte —replicó, mirándolo con firmeza—. Hicieron falta tres hombres para subirte a la carreta. Si intentas moverte, se te abrirá la herida y tendremos que empezar de nuevo.

—No está bien que me quede... —protestó con esfuerzo—. Ha trabajado muy duro para redimirse, señorita Rita. Esto no está bien.

—Sam —murmuró ella lentamente, esbozando una sonrisa—. ¿De verdad crees que tengo una reputación que proteger? Nadie en esta caravana pensará mejor de mí si te echo del carro y te dejo a tu suerte. Por cierto, no estás en condiciones de ir a ninguna parte. Jared está de acuerdo con el arreglo, así que no hay nada que puedas decir al respecto.

Sus labios dibujaron una sonrisa suave mientras le suavizaba el golpe.

—Jodie y yo dormiremos en una tienda justo al lado. Así que no te preocupes. No voy a dormir aquí contigo.

Él sonrió.

—Está bien.

—¿Te duele?

—Sí.

—Lo único que tenemos para ayudarte es whisky. Puedo traerte un poco si quieres.

Volvió a sonreír.

—Los indios y el whisky no se llevan bien. Y aunque no tuviera sangre india, tengo convicciones contra el consumo de alcohol.

Su rostro se sonrojó.

—Lo siento. No debería habértelo ofrecido.

Impulsivamente, Sam le tomó la mano.

—Has sido muy considerada.

Ella apartó los dedos como si su contacto le causara dolor.

—Volveré en unos minutos con un poco de sopa. Intenta descansar mientras tanto. Te ayudará con el dolor si permaneces inconsciente hasta que te encuentres mejor.

Sam cerró los ojos, reprendiéndose por no haber pensado antes de entrelazar sus dedos con los de ella. Debía de pensar que se estaba aprovechando de su precaria situación. Se obligaría a permanecer despierto para poder disculparse cuando ella regresara.



Las manos de Rita temblaban y sentía un nudo en el estómago mientras bajaba del carro. Estar tan cerca de un hombre en un entorno tan íntimo la había incomodado más de lo que había previsto. Pero tenía que ser fuerte por ahora. Recordarse a sí misma que Sam no se aprovecharía de ella. Aunque tuviera fuerzas para hacerlo.

—¡Rita! —Jodie gritó desde dentro de la tienda por décima vez en menos de una hora.

Con un suspiro de cansancio, Rita se deslizó dentro de la tienda.

—¿Qué pasa ahora, Jodie?

—Por el amor de Dios, no tienes por qué ser tan odiosa, ¿no? No estoy aquí porque quiera, ya lo sabes.

—Lo siento, Jodie. Tienes razón. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No consigo que esta maldita almohada se me quede bien en el cuello. Siento que me va a dar un tirón o algo así.

—Déjame ayudarte—. Rita se mantuvo tranquila mientras ajustaba la almohada de plumas— ¿Mejor?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la joven y Rita no pudo evitar fijarse en lo guapa que podía llegar a ser. Una cosa era segura: tenía que bañarla. Y con Rita haciendo de cuidadora, la chica no tenía más remedio que aceptar lo inevitable.

—Voy a preparar un guiso de búfalo para Sam. Te traeré un poco primero, si puedes comer sola.

—¿Por qué no podría? Es la pierna la que me duele, no los brazos.

—Está bien, volveré en unos minutos. —Rita se detuvo y se volvió como si se le hubiera ocurrido algo—. He conseguido ropa limpia para ti.

—No voy a ponerme un vestido. —Miró a Rita con una ceja levantada y cruzó los brazos sobre el pecho para enfatizar sus palabras—. Nunca lo he hecho. Y nunca lo haré.

Rita se preguntó cómo era posible que una chica nunca hubiera llevado un vestido. Al menos Donna solo había empezado a llevar pantalones para soportar mejor el duro camino. Y recientemente había descubierto que los pantalones bombachos funcionaban igual de bien y que la mayoría de las mujeres de la ruta los llevaban, por lo que Jared no puso ninguna objeción.

Rita volvió a centrar su atención en Jodie.

—No pasa nada. Ni se me ocurriría pedirte que te pusieras un vestido. De hecho, Donna ha dejado los pantalones y tiene un par para ti.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Está bien. Dale las gracias de mi parte. En cuanto se cure esta maldita pierna, los llevaré con orgullo.

—Ah, una cosa más. No te daré los pantalones a menos que te bañes.

A Jodie se le cayó la mandíbula.

—¿Qué...? ¿Estás loca? No puedo mojar la pierna en el agua. El shock probablemente me mataría.

—Relájate. Ni se me ocurriría meterte en el agua todavía.

—Entonces no me asustes así.

—Cuando estés lista para vestirte. Entonces te darás un baño.

Jodie frunció el ceño.

—Eres muy mandona.

—No tienes ni idea. —Rita soltó una risita. —Te traeré la cena enseguida.

—No te apresures. Se me quitó el apetito solo de pensar en bañarme. Dale de comer primero a Diez Pasos.



Jared esperó dos días más antes de visitar a Sam. Pensó que después de casi una semana, su amigo estaría listo para recibir visitas y él necesitaba algunas respuestas. Se deslizó dentro del carro y observó cómo el pecho de Sam subía y bajaba con un ritmo constante que indicaba que dormía plácidamente.

El instinto, fruto de años como rastreador en la caravana, afinado para estar alerta incluso mientras dormía, hizo que Sam abriera los ojos. Parpadeó al ver a Jared.

—Empezaba a pensar que te habías olvidado de mí.

Jared esbozó una sonrisa.

—Por órdenes estrictas de tu enfermera. Rita se negó a dejarme entrar hasta que estuvieras lo suficientemente fuerte.

—Entonces supongo que es una buena noticia para mí que estés aquí.

—Me han dado diez minutos... y ya han pasado tres.

—¿Los cheyennes?

—No he visto ni rastro de ellos desde el ataque.

—La señorita Rita mencionó que le disparaste en el brazo a Águila En picado. Probablemente ya esté planeando otro ataque.

Jared se encogió de hombros. A él también le preocupaba lo mismo, sobre todo porque llevaban días detenidos, expuestos, al pie de las Black Hills desde la batalla.

—¿Cuánto tardarás en poder montar a caballo?

—Ahora mismo.

—Esperemos un poco más.

Sam suspiró profundamente.

—Hemos perdido más tiempo en este camino que en todo el tiempo que llevamos juntos. Salimos de Independence hace casi cuatro meses. Lo máximo que hemos tardado en llegar al valle en la caravana son cinco meses. Pero, por lo que parece, vamos a tardar al menos otros tres.

Jared no lo negó.

—Estaremos bien, siempre y cuando logremos cruzar el paso del Sur en las próximas dos semanas. Si tardamos más, nos veremos obligados a dar media vuelta y acampar fuera de Fort Laramie hasta la primavera.

—No quiero correr ningún riesgo con Rita. —El tono firme de Sam confirmó lo que Jared sospechaba desde hacía tiempo.

—¿Planeas pedirle que se case contigo?

Una arruga surció el ceño de Sam y, por un momento, Jared se preguntó si se había equivocado.

—La señorita Rita es una mujer blanca. No es para alguien como yo.

Jared soltó una breve carcajada.

—¿De verdad crees que es demasiado buena para ti? Esa mujer era una...

—No lo digas —advirtió Sam con los ojos brillantes—. Rita es una buena mujer. Se merece una oportunidad para empezar una nueva vida.

Jared sabía que no tenía sentido discutir. Suponía que Rita probablemente había cambiado, pero la prueba sería cuando llegaran a Oregón y comenzara el trabajo de verdad. Entonces verían si iba a volver a su antigua profesión. Pero no tenía sentido sacar el tema otra vez y poner a Sam a la defensiva cuando el rastreador necesitaba toda su energía para recuperarse.

—Aunque haya cambiado para bien, el hecho es que no es mejor que tú, Sam. Tú has vivido tu vida como un buen cristiano. Un hombre blanco. Y tienes derecho a casarte con la mujer que amas si ella también te ama, y sería una completa idiota si no lo hiciera.

Sam le dedicó una débil sonrisa.

—Solo tengo derecho a casarme con la mujer con la que Dios dice que tengo derecho a casarme.

—¿Y esa no puede ser Rita?

—No veo cómo.

—Bueno, eso lo decides tú. Jared no era alguien que se metiera en asuntos del corazón. Lo único que le importaba ahora era que su amigo se recuperara lo suficiente como para poder viajar.



Rita escuchó lo suficiente de la conversación entre Sam y Jared como para comprender que él no creía posible que pudieran tener un futuro juntos. Era mejor que pensara así, se dijo, pero oírlo con sus propios oídos le dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir. Hacía meses que sabía que Sam jamás la consideraría una pareja

adecuada, pero escucharle decir a Jared que Dios no aprobaría una relación entre ellos le dejó claro que ya no tenía sentido seguir aferrándose a la esperanza de que tal vez... solo tal vez... pudiera haber algo especial entre ambos.

El recuerdo de sus brazos en torno a ella la atormentaba. Había soñado con que, con el tiempo, él pudiera llegar a amarla. Ahora lo sabía con certeza: eso nunca ocurriría. Su único papel en la vida de Sam era el de enfermera. Nada más.

Se irguió con dignidad, se enjugó las lágrimas y tomó una decisión firme: no volvería a pensar en ningún hombre como pretendiente.

Pretendiente. Qué chiste. El único que había tenido había sido Micah… y lo único que había hecho era robarle la inocencia y condenarla a una vida de prostitución.

Sam tenía razón. Era demasiado bueno para ella.

—¡Rita!

Con un suspiro, se dirigió a la tienda donde Jodie seguía tumbada, aún incapaz de moverse con soltura. Se detuvo en seco al entrar. Grant Kelley estaba junto a ella, con el ceño fruncido y los labios apretados por la frustración.

—Buenas noches, señor Kelley —saludó Rita con serenidad—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Está intentando que use eso —resopló Jodie, señalando una muleta de aspecto tosco, tallada a partir de un par de ramas—. ¡Quiere matarme!

—¡Por todos los cielos, mujer! —exclamó Grant—. Solo intentaba ayudarla. Pero adelante, no la use. Quédese ahí tirada, si eso es lo que prefiere.

Dejó caer la muleta al suelo con un golpe seco que levantó una nube de polvo. Se dio la vuelta, pasó junto a Rita sin mirarla siquiera y salió de la tienda sin añadir una palabra.

—Qué hombre tan exasperante —murmuró Jodie—. Que me cuelguen si alguna vez acepto algo de él.

Rita se encogió de hombros. Cruzó la tienda y recogió la muleta.

—Ha sido un detalle por su parte. Esto podría ayudarte a levantarte y moverte pronto.

—Moriré antes de usarla.

—Eres muy terca, teniendo en cuenta que solo intentaba ser amable. Además, no paras de quejarte del encierro. Esta es tu oportunidad de salir de aquí. ¿Por qué eres tan testaruda?

—Testaruda, y una mierda. Soy inteligente. Ese hombre no hace nada sin una razón. Créeme. Lo sé.

Con un dejo de diversión, Rita sonrió. ¿Acaso Jodie había caído rendida ante el encanto del apuesto exsheriff?

Estaba a punto de preguntárselo cuando apareció Donna.

—Hola, chicas.

—Hola, —murmuró Jodie.

Donna arqueó una ceja.

—¿Qué pasa? —Jodie frunció el ceño y apartó la cabeza sin responder.

—El señor Kelley le ha hecho unas muletas a Jodie para que pueda moverse.

—Parece que le gustas, Jodie.

El ceño se le frunció aún más.

—Retíralo —siseó entre dientes.

—¿Por qué debería? —Donna se rió—. Además, ¿por qué te molesta? Es guapo, trabajador, amable. Todo lo que una mujer podría pedir en un marido.

—¡Marido!

Rita pensó que Jodie iba a explotar. La chica balanceó las piernas hacia un lado de la cama, buscó a tientas la muleta y la utilizó para ponerse de pie. Saltó a la pata coja hasta que se colocó justo delante de Donna.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre Grant Kelley. Si fuera por mí, lo colgaría del árbol más cercano. Así que no intentes burlarte de mí como si él significara algo para mí. Lo desprecio. Y no seré feliz hasta que esté muerto.

Dicho esto, la chica maniobró con la muleta y salió de la tienda por primera vez en una semana.

Rita y Donna la vieron marcharse en un silencio desconcertado.

—¿Qué crees que ha pasado?

Rita se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. He dejado de intentar entender a esa chica. —Contempló con alegría a su amiga—. ¿Qué te trae por mi parte del campamento? Apenas te he visto desde el ataque.

—Jared me ha encargado que cocine para todas las familias que han perdido a algún ser querido.

—Pero tú no sabes cocinar.

Donna suspiró.

—Lo sé. Hasta ahora, la señorita Sadie se ha encargado de la mayor parte de la cocina. Pero esta noche no se encuentra bien. Así que necesito ayuda. —Miró a Rita con esperanza—. No me gusta cargarte con más trabajo, pero no sé cómo voy a dar de comer a veinte personas sin ayuda.

Rita le debía todo a esta joven. Si Donna no hubiera aceptado que Rita se fuera con ella cuando abandonó Newtown con su hermano y su hermana, Rita seguiría trabajando en las habitaciones de arriba del salón de George. Preparar una comida para veinte personas era un pequeño precio a pagar por la generosidad y la amistad de Donna.

—¿Qué puedo preparar?

El alivio se reflejó en el rostro de Donna.

—Algunos de los hombres se han ido a cazar esta mañana. Tenemos carne de venado para asar. Y Jared cambió unas cuantas pieles por patatas cuando estuvimos en Fort Laramie. ¿Está bien?

Al oír mencionar el asado de venado y las patatas de verdad, a Rita se le hizo la boca agua.

—Deberíamos empezar si queremos cenar a una hora decente. El asado de venado tardará un rato en hacerse.

Las dos mujeres salieron de la tienda y se dirigieron hacia la carreta de Donna.

—Ojalá supiera por qué Jodie insiste en que no soporta al señor Kelley —comentó Rita—. ¿Crees que se conocían antes de que Jodie llegara a Fort Laramie?

Donna se encogió de hombros.

—Al principio Jared no me gustaba, y a él tampoco le agradaba yo. Pero nunca lo había visto hasta que entró en la tienda de Emmett aquel día. Así que, quizá, simplemente no se caen bien.

—Me pregunto... —Rita recorrió con la mirada el círculo de carromatos hasta que sus ojos se posaron en Grant Kelley. Sacudió la cabeza. El hombre ni siquiera se percató del revuelo que causó al pasar junto a un grupo de jóvenes hermosas que cuchicheaban—. Es muy apuesto, ¿no crees?

—¿Quién? ¿Sam?

—Me refería al señor Kelley.

Donna se volvió y siguió la mirada de Rita.

—Supongo que sí. Pero ¿qué pasa con Sam?

—¿Qué quieres decir, Donna?

La joven esposa resopló, visiblemente frustrada.

—No creo que debas fijarte en Grant Kelley. Sam es un buen hombre.

El resentimiento afloró en el pecho de Rita.

—No estoy mirando a ningún hombre de esa manera. Solo observaba cómo el señor Kelley parece no darse cuenta del efecto que provoca entre esas muchachas. Y en cuanto a Sam... tienes razón. Es un buen hombre. Demasiado bueno para mí, y él lo sabe. Así que dejémoslo fuera de este tipo de conversaciones, ¿de acuerdo?

El aire le quemaba los pulmones. Solo entonces se dio cuenta de que había hablado tan deprisa, tan de golpe, que no se había tomado el tiempo de respirar.

Los labios de Donna se curvaron en una sonrisa cómplice.

—Lo digo en serio, Donna. —Rita se detuvo y se volvió hacia su amiga—. Me he resignado a vivir sola. No quiero, ni necesito, albergar ideas románticas en la cabeza.

Como mujer, sabía bien cómo atraer a un hombre. Y como mujer con un pasado como el suyo, conocía aún más artimañas que la mayoría. Pero ya no eran opciones para ella. No con Sam. Lo quería demasiado como para recurrir a artimañas y tratar de forzar su afecto.

10

Tras un retraso de siete días, la caravana por fin estaba lista para reemprender la marcha. El camino se había vuelto aún más lento después de Fort Laramie. Lo único positivo era la posibilidad de viajar junto al río. Pero el grupo, ya exhausto, sabía que, en cuanto llegaran a Red Buttes, tendrían que cruzar otra vez. Tan poco entusiasmada como el resto, Donna volvió a recordar cómo casi se había ahogado poco más de un mes atrás. En la carreta a su lado, Jenny permanecía sentada, tensa, con el rostro pálido.

—No te preocupes, cariño —intentó tranquilizarla—. Jared dice que esta vez construiremos balsas. No tendremos que cruzar a nado con los bueyes. Y mira. —Señaló las hermosas colinas al otro lado del río, cuya roca roja parecía aún más intensa bajo el sol abrasador que ya comenzaba a declinar—. Pronto empezaremos a cruzar las montañas, y después llegaremos a Oregón. Pero primero, tenemos que pasar el río.

Y después, recorrer otros mil seiscientos kilómetros. Aunque no tenía sentido mencionar eso por ahora.

—¿Nos preparamos para cruzar ahora? —preguntó Jenny, con un hilo de voz.

—No. Vamos a acampar un poco antes, y los hombres se pondrán a construir las balsas. Mañana empezaremos a cruzar. Y al día siguiente, seguiremos adelante o nos detendremos para reforzar las carretas, asegurándonos de que son lo bastante resistentes para llegar a Oregón.

Jenny tragó saliva e intentó asentir, aunque no parecía convencida.

Donna le dio un empujoncito juguetón.

—Sonríe, cariño. ¿Ha permitido Dios que nos pase algo malo desde que escapamos de Emmett?

Se aclaró la garganta.

—Casi te ahogas.

Bueno. Tenía razón. Aun así...

—Pero no me ahogué, ¿verdad?

—Becca murió en el tornado.

Vale. Quizá ese no era el mejor enfoque para tranquilizar a Jenny.

—Sí, pero eso no nos pasó a nosotras.

En cuanto lo dijo, Donna se arrepintió. Aquel tornado, sin duda, sí le había pasado a su hermana pequeña.

—Lo siento, Jenny. Sé que echas de menos a Becca.

Ella asintió despacio.

—No pasa nada.

—Pero, en general, Dios nos ha protegido. ¿Verdad?

—¿Y qué hay de cuando Emmett volvió a por ti, o de cuando Johnny y yo casi tuvimos que irnos a vivir con la señora Kane?

Donna no pudo evitar suspirar con frustración y se encogió de hombros.

—No lo sé, Jenny. Todas esas cosas malas sucedieron. Pero las superamos. Quizá no deberíamos esperar que Dios nos libre del dolor, sino rezar para que nos ayude a soportarlo.

Se quedó en silencio.

Afortunadamente, un ladrido le evitó continuar aquella conversación sin salida. O, más bien, un ladrido... y un graznido. Muchos ladridos y muchos graznidos.

Jenny abrió los ojos con horror.

—Oh, no. El cachorro del señor Kane va a meterse en un buen lío esta vez.

—Oh, no... Justo lo que Jared necesita ahora.



Rita sintió lástima por la señora Kane cuando Jared dictó sentencia: el cachorro debía marcharse.

Amanda Kane se aferró a su perro.

—No podemos matarlo.

Sin conciencia alguna de la tensión que lo rodeaba, el animal se retorció entre sus brazos para soltarse.

Jared inspiró hondo y soltó el aire con lentitud.

—Lo siento, señora Kane. Sé lo mucho que significa para usted, pero lo cierto es que representa un peligro para esta caravana.

—Solo se ha escapado una vez en las últimas dos semanas.

Y tenía razón. El animal se había comportado sorprendentemente bien últimamente.

—No importa —intervino otra voz. Curtis Adams—. Ese perro ha matado otra de mis gallinas. Si tú no le disparas, lo haré yo mismo.

El señor Kane dio un paso al frente con gesto amenazante.

—Si pones una mano encima de mi perro, no responderé de lo que pueda hacerte.

Jared alzó las manos y el silencio cayó de golpe sobre el grupo.

—Escuchen, amigos. Esto puede resolverse sin llegar a más. —Se volvió hacia el matrimonio Kane—. Ya les hemos advertido varias veces. El perro tiene que irse. Si ustedes no tienen fuerzas para hacerlo, encontraremos a alguien que sí. No hay motivo para avergonzarse.

Un sollozo escapó de la garganta de la señora Kane.

—¿Es que no he sufrido ya bastante?

Se arrodilló junto a su cachorro y hundió el rostro en su pelaje áspero. El animal gimió levemente y le lamió la cara con su lengua húmeda.

—A mí me gusta ese perro —dijo Alfred.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—Cállate, chico —espetó el señor Harrison.

—Lo siento, papá.

—No pasa nada, señor Harrison —intervino Jared—. A mí también me gusta, Alfred. Pero volvió a escaparse. Y se comió los pollos del señor Adams.

—Fue culpa mía, señor Larson —admitió Alfred, arrastrando los pies y mirando al suelo. Luego echó una mirada fugaz a su padre, claramente evaluando si debía hablar de nuevo. Al parecer, decidió que la situación lo ameritaba, porque alzó sus anchos hombros y dirigió la mirada al cachorro—. Fui yo quien lo soltó. No le gusta estar atado.

Rita sintió una punzada de compasión por aquel muchacho descomunal. Le recordaba tanto a su hermano pequeño, Jacob: dulce, amable con los animales, bondadoso con todos. Y, sinceramente, no entendía por qué no podían simplemente proteger mejor a las gallinas de los Adams.

Antes de pensarlo dos veces, dio un paso adelante.

—Jared. ¿Puedo decir algo?

La irritación se reflejó en el rostro de Jared.

—Adelante.

Ignorando su sarcasmo, Rita carraspeó.

—Alfred tiene razón.

—Gracias, señora —agradeció el niño, aunque era evidente que no entendía del todo lo que estaba ocurriendo.

—De nada —respondió ella con una sonrisa, y él le devolvió una enorme.

—¿A dónde quieres llegar, Rita? —interrogó Jared, sin disimular su irritación.

—Bueno... solo digo que el cachorro no tiene toda la culpa.

Curtis Adams se hinchó como un pavo real, creyendo, evidentemente, que ella estaba de su parte y halagado por la atención.

—Yo diría que no. Ese idiota lo soltó. —Se volvió hacia el señor Harrison—. Deberías atar a ese chico, a ver si aprende algo.

A Rita se le cortó la respiración.

—Señor Adams, es usted un hombre cruel por sugerir algo así. Alfred es un joven encantador y no ha hecho nada malo.

—Gracias, señora —murmuró Alfred una vez más, derritiendo por completo el corazón de Rita.

—De nada, Alfred. Eres muy amable.

—Tú también —balbuceó él.

Jared carraspeó. Con fuerza.

—¿Qué estás diciendo, Rita?

—Solo que, si el señor Adams hubiera mantenido a sus gallinas encerradas, como indican claramente las normas de la caravana, el perro no habría ido tras ellas. Y no hay nada en esas normas que diga que los perros deben ir atados. —Le dirigió una sonrisa inocente—. A menos que me haya pasado algo por alto.

A su espalda, Jodie soltó una risita contenida. Rita se tensó.

El señor Kane se enderezó un poco.

—Ahora que lo pienso, la puta tiene razón —soltó con desdén.

Las mejillas de Rita ardieron, y de pronto sintió el impulso de escabullirse.

Sam se acercó justo cuando ella empezaba a dar un paso atrás.

—Señor Kane, teniendo en cuenta que esta mujer está tratando de salvar a su perro, le sugiero que le muestre un poco más de respeto.

—¿Respeto...? —repitió Kane, con sorna.

Jodie dio un paso al frente.

—Sí. Ya le ha dicho que no se lo va a quitar.

Y, de paso, le dio un codazo a Rita en las costillas. Ella hizo una mueca, pero comprendió el mensaje. No podía permitir que aquel hombre se saliera con la suya.

Enderezó los hombros y reforzó su determinación.

—Sí. Ya le he dicho que no me quedaré aquí de pie mientras usted o cualquier otra persona me insulta. Así que, por favor, recuérdelo en el futuro. Además, señor Kane, no le estoy recordando las normas a Jared por usted, sino por su esposa porque, como ella ha dicho... ya ha perdido bastante. No debería perder a su perro porque el señor Adams sea un vago y no arregle bien el corral. Personalmente, creo que deberíamos sacrificar al resto y hacer pollo frito.

La multitud se echó a reír. El sonido le resultó más agradable a Rita que si hubieran contratado una sinfónica para tocar en su honor.

—Rita tiene razón —opinó la señorita Sadie—. Ese cachorro está haciendo lo que es natural en los perros. El señor Adams debería mantener a los pollos bien encerrados y quizá llegaría a Oregón con algunos de ellos.

Algunas personas más intervinieron y, poco a poco, la opinión general pasó de querer matar al cachorro a responsabilizar a los Adams por sus gallinas. Incluso el señor Harrison perdió su expresión hosca y esbozó una sonrisa.

Alfred acarició la cabeza del cachorro.

—No pasa nada, Wolf, a mí también me gustan las gallinas.

Una vez más, la risa se extendió entre la multitud.

Jared miró al señor Adams.

—Parece que está claro lo que hay que hacer. Si el cachorro las atrapa por escaparse, será responsabilidad suya. Manténgalas encerradas en su carro… o acabaremos teniendo pollo frito, como ha sugerido Rita.

A Rita se le revolvió el estómago al reconocer la mirada de puro veneno que brotaba de los ojos del señor Adams.

—Nunca pensé que vería el día en que una puta sucia mandara aquí. No ha sido más que un problema desde el día en que se unió a ese pelirrojo de mala muerte.

Jared entró en acción y le asestó un golpe en la mandíbula al hombre. Se habría unido a él en el suelo y habría terminado el trabajo, pero Sam llegó a tiempo para agarrarlo del brazo.

—¡Jared! Así no se hace. El hombre está enfadado y humillado. Deja que se calme. Se disculpará.

Jared señaló al señor Adams, que aún no había entendido muy bien lo que había pasado.

—Arregle ese corral y luego únase al grupo que está construyendo las balsas. Y no quiero volver a oírle referirse a mi esposa como otra cosa que no sea la buena y respetable mujer que es. ¿Ha quedado claro?

El hombre se burló, pero Sam le dio un rápido empujón con su pie enfundado en un mocasín. El señor Adams cedió visiblemente. Asintió con la cabeza.

—Está claro.

Sam se agachó para ayudar al hombre a levantarse. El señor Adams escupió en el suelo e ignoró la mano.

—El día que necesite la ayuda de un criado será el día que me pegue un tiro en la cabeza.

—Como quiera.

Mientras el señor Adams se alejaba con paso firme hacia su carro, Rita exhaló el aire que había estado conteniendo durante toda la discusión. Jodie se acercó a Sam con aire enfadado y frunció el ceño, lo que le provocó un profundo surco entre los ojos.

—¿Por qué le ha dejado que le hable así? —espetó.

Sam le sonrió, y Rita se preguntó si estaría pensando lo mismo. Que solo unas semanas antes, la propia Jodie se había referido a él como mestizo.

—Si solo perdonamos a los que piden perdón, no somos mejores que los que no conocen a Jesús.

Jodie puso los ojos en blanco.

—Siempre hablas de Dios, ¿no?

Él asintió con un guiño.

—Casi siempre, debo admitirlo.

Su mirada se desplazó de Jodie a Rita. Ella le sonrió. Sam, sin sus referencias bíblicas, no sería él mismo.

Jodie resopló.

—Me dan asco ustedes dos.

Y se marchó dando un portazo.

Sam sacudió la cabeza mientras la miraba.

—No le gusta mucho que se hable de Dios, ¿verdad?

—No mucho —murmuró Rita.

Sam pensaba claramente que la salida airada de Jodie era consecuencia de su charla sin complejos sobre Dios. Pero Rita tenía la sensación de que Jodie creía que la sonrisa que ella había compartido con Sam significaba algo más que amistad.

Ojalá tuviera razón.

11

Al día siguiente, la travesía del Platte, justo antes de llegar a Red Buttes, transcurrió sin incidentes. Para alivio de todos, incluida Rita. Al final de un día largo y agotador, fue un consuelo sentarse junto a una cálida fogata y dejarse envolver por los sonidos de la noche. No solo los propios de la naturaleza: Rita se había acostumbrado ya a escuchar cómo las familias se preparaban para dormir, cómo leían historias de la Biblia a los niños o les contaban cuentos inventados. El ganado mugía formando un círculo protector, y ese murmullo casi la arrullaba mientras descansaba recostada contra la rueda de una carreta.

Jodie se había llevado a un grupo de mujeres al río para bañarse. Rita iría más tarde. Aún no se atrevía a desnudarse frente a mujeres «respetables». Jodie, tan dura y franca como cualquier hombre, se había erigido en una especie de protectora cuando los hombres no estaban cerca. En este caso, su presencia era más que bienvenida.

El silencio la reconfortaba. Después de dos semanas sin amenazas de los indios, comenzaba a creer que, tal vez, Águila En Picado había decidido que ella no valía el esfuerzo. Aun así, no bajaba la guardia: no solo recogía su cabello, también lo cubría con un chal suelto, por si acaso.

—¿Te importa que te haga compañía, Rita?

Alzó la vista y se encontró con el rostro, aún atractivo, de Sadie Barnes. La matriarca de la caravana siempre había sido amable con

Donna y con ella, y Rita no pudo evitar recibir con agrado aquella interrupción en su soledad.

—Nada me haría más ilusión, señorita Sadie.

La mujer gruñó con una mueca mientras se sentaba a su lado, apoyándose en la otra mitad de la rueda.

—Quizá necesite ayuda para levantarme luego —comentó con una risita.

—Estaré encantada de ayudar, si no puede hacerlo sola.

Sadie asintió con gesto satisfecho.

—Te desenvolviste muy bien con ese cachorro.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Rita.

—Gracias

—Ese chico Harrison es un encanto, ¿verdad?

Rita no pudo evitar sonreír.

—Sí. Ojalá pudiera encontrar un pollo de pradera para matarlo y freírlo para él.

—Su madre lo adoraba. Debe de estar destrozado sin ella.

—No lo parece. Se le ve feliz.

—La gente así esconde el dolor. Es sencillo, pero no tonto ni insensible. Está confundido. No sabe qué pensar de la muerte de su madre. Lo que necesita es una buena madre.

—Sí, supongo que sí.

—Probablemente el señor Harrison pronto buscará esposa.

A Rita se le escapó un grito ahogado.

—La señora Harrison aún no se ha enfriado en la tumba.

La señorita Sadie asintió.

—Los hombres rara vez se casan por amor, Rita. Tiene un hijo sencillo y una hija a punto de convertirse en mujer. Necesita una

mujer de verdad que le ayude a dar sentido a todo.

—Bueno, le deseo mucha suerte.

—Podría ser peor, jovencita.

Rita se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente a los ojos arrugados de la anciana.

—¿Yo? ¿Qué quiere decir?

La señorita Sadie se encogió de hombros, regordetes pero robustos.

—El señor Harrison es un poco brusco, pero hizo su fortuna en el este con una cadena de hoteles. Cualquiera que se case con él no le faltará de nada.

De repente, la cálida noche se volvió fría. Rita recuperó la voz con dificultad.

—¿Se da cuenta de lo que está sugiriendo? —Por primera vez en los meses que llevaba conociendo a la señorita Sadie, Rita sintió un profundo rechazo hacia la anciana.

—Solo que dejes de ser tan exigente y encuentres un hombre decente con quien casarte. No es probable que una mujer como tú tenga muchas oportunidades y, al menos, el chico te gusta. La mayoría de las mujeres lo habrían internado en un manicomio.

Rita enderezó los hombros, sin sentir nunca el peso de su antigua profesión con tanta fuerza como en ese momento.

—Me está sugiriendo que me venda en matrimonio a un hombre al que no amo porque tiene dinero y nunca encontraré a alguien que me ame.

—No quería ofenderte. —La señorita Sadie le dio una palmadita en la pierna—. Quizá, después de todo, eres lo suficientemente buena para Sam.

—¿Lo suficientemente buena para Sam? ¿Qué quiere decir? ¿Qué ha oído, señorita Sadie?

—Tranquila. No he oído nada. Solo sé lo que veo y, a menos que me equivoque, estás enamorada de nuestro explorador.

Agradecida por la oscuridad que ocultaba sus mejillas enrojecidas, Rita carraspeó.

—Se equivoca, señorita Sadie. No tengo intención de casarme. Ni con el señor Harrison ni con Sam.

—¿De verdad? ¿Y qué piensa hacer una mujer sola?

Rita esbozó una sonrisa.

—Usted debería saberlo, ¿no? ¿Cuáles son sus planes?

—No es lo mismo para ti que para mí. Yo ya he vivido mi vida, he tenido y perdido a mis hijos y ahora me voy al oeste a morir. Contrataré a alguien para que me construya una pequeña casa de madera. Criaré pollos y una vaca o dos. Pescaré en el río y plantaré un huerto.

—Suena encantador, señorita Sadie. Creo que yo haré lo mismo. —Y sí que sonaba encantador.

—No. Esa no es vida para una mujer como tú.

Rita se enfadó.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Cálmate. Tienes mal genio, ¿verdad.

—No sabía que lo tenía, pero supongo que sí.

—Lo que quería decir es que una mujer con tanto amor que dar no debería estar sola.

Aún sin estar del todo apaciguada, Rita miró más de cerca a la mujer mayor.

—Y por tener mucho amor que dar, se refiere a...

—Deberías ser madre. Tener media docena de hijos, perros, cabras, gallinas. Todo tipo de criaturas adorables a las que poder dar todo tu amor.

Rita soltó una breve risa.

—Se le olvida un detalle no tan pequeño, señorita Sadie.

—¿Ah, sí?

—Para tener todas esas cosas adorables en mi vida, ¿no necesitaría primero un marido?

—Ahora sí que estás hablando con sentido común. —Los ojos de la mujer brillaron y Rita finalmente se dio cuenta de que la había engañado.

Se rió y rodeó con un brazo a la señorita Sadie.

—Algunas estamos destinadas a ser madres. Otras estamos destinadas a ser amables con los hijos de otras mujeres. Creo que yo pertenezco a la segunda categoría.

—Si ese es tu lugar, que así sea. Pero no cierres tu mente a la posibilidad de que Dios te traiga el amor. Sam, por ejemplo.

El corazón de Rita dio un salto al oírlo.

—Sam tiene cosas mejores en la cabeza que preocuparse por una solterona, una antigua prostituta que le ha echado el ojo. Le respeto demasiado como para ponerle en esa situación.

—Podría ser peor.

El elogio encendió una llama dentro de Rita y supo que debía de estar sonrojada.

—Gracias, señorita Sadie. Podría ser peor, pero sin duda podría ser mucho mejor. No le quitaría esa oportunidad.

El sonido de unos pasos apresurados hizo que Rita se pusiera en pie de un salto.

—¡Lo juro! —Jodie entró en el campamento chapoteando y se sentó, quitándose los mocasines.

—¡Jodie! Me has dado un susto de muerte. ¿Qué ha pasado? —preguntó Rita, tratando de ocultar una sonrisa al ver el aspecto desaliñado de la chica.

—Esas mujeres —balbujeó—. Es la última vez que las protejo mientras se bañan.

—Por el amor de Dios, ¿vas a decirme qué ha pasado o no?

—¿No es obvio? —replicó ella, quitándose la camisa y comenzando a escurrirla.

—¿Te caíste al río? —aventuró la señorita Sadie.

—¡Ja! —Jodie siguió escurriendo su larga camisa que le caía más allá de la curva de la cintura—. Esas mujeres desagradecidas y malvadas se unieron contra mí y me tiraron al río.

Rita soltó una carcajada.

—Te lo mereces. ¿Cuándo fue la última vez que te bañaste? —Cuando le había dado ropa nueva a Jodie, tenía grandes esperanzas de que la joven siguiera mostrando buenos hábitos de higiene. Pero había ocurrido todo lo contrario. Y, al parecer, no era la única que estaba harta de ello.

—¡Me bañé hace dos semanas!

—La mayoría de las mujeres se bañan siempre que tienen oportunidad. ¿No quieres oler bien?

—¿Estás diciendo que no huelo bien? —preguntó Jodie frunciendo el ceño con enfado.

Era una pregunta muy comprometedora. Rita buscó una forma de evitarla sin ser brusca.

—Lo que digo es que cualquiera que no se baña con regularidad o, como mínimo, se lava con una toalla, va a desprender un olor desagradable.

—No lo creo, eres tú la que crees que huelo mal.

—Cálmate —intervino la señorita Sadie—. Ven aquí, jovencita. Ayúdame a levantarme.

Ya fuera porque estaba demasiado atónita para negarse o porque no sabía qué responder, Jodie se acercó a la mujer mayor y

le tendió la mano.

—Gracias.

—De nada —murmuró Jodie.

—¿Me permites? —preguntó la señorita Sadie, tomando el brazo de Jodie.

—¿Qué vas a hacer?

Rita tuvo que admitir que ella también sentía curiosidad.

En un santiamén, la señorita Sadie levantó el brazo de Jodie.

—Huele.

Incluso Rita, que creía haberlo visto todo, se quedó impactada. Jodie palideció por un segundo y luego se sonrojó.

—No tiene sentido insultarme.

—Ahora escucha —la señorita Sadie soltó la muñeca de Jodie —. Nadie está tratando de insultarte, pero para una joven tan encantadora como tú, andar sucia y oliendo mal cuando hay un estanque en perfecto estado justo al lado es vergonzoso. No hay excusa si quieres ser decente y respetable.

—Bueno...

Rita se acercó más, observando por primera vez la vulnerabilidad de Jodie. ¿Realmente le temblaba el labio?

—Tengo que ir a hacer algo.

Dicho esto, Jodie se alejó con paso firme.

—Bueno —soltó Rita con un suspiro—. Al menos lo ha intentado, señorita Sadie. ¿Le acompaño a su carro?

La señorita Sadie sonrió.

—Puede que sea mayor, pero puedo volver sola a casa. Pero gracias. Eres una buena chica.

Rita observó a la viuda caminar hacia su propia carreta. La señorita Sadie tenía razón. Ella ya había vivido su vida con un

marido e hijos, así que la idea de pasar el resto de sus días sola no le parecía una tragedia.

Rita sintió una punzada de arrepentimiento. Arrepentimiento por no casarse nunca y no tener hijos propios. El dolor era casi insoportable.

—Por favor, Señor —susurró—. Ayúdame a estar contenta con el camino que has trazado para mí. Pero el camino parecía tan largo, tan sinuoso y tan empinado que se preguntaba cómo diablos iba a soportarlo.



El sueño eludió a Sam, invadido por la inquietud. Le costaba discernir si intuía un peligro real, como el que representaba Águila En picado, o si la tensión en la caravana, dividida entre quienes querían deshacerse del perro y quienes defendían encerrar a las gallinas, lo estaba alterando más de lo debido.

Un aullido lejano lo sobresaltó. Volvió a escuchar. Otro aullido. De pie, posó la mano sobre su pistola. Jared estaba junto al carro que ahora compartía con su esposa.

—¿Has oído eso? —inquirió Sam, avanzando los pocos metros que lo separaban de su saco de dormir hasta el carro.

Jared asintió.

—¿Crees que podría ser Águila En picado?

—Podría ser. En cualquier caso, podemos descartar que esos aullidos sean de lobos.

Sam asintió con seriedad.

—Será mejor que pongamos guardias adicionales para vigilar a las mujeres esta noche.

—De acuerdo.

—Yo me encargo.

Por instinto, Sam giró hacia la carreta de Rita. Una sombra se movió tras la lona exterior. Se le revolvió el estómago. Avanzó sigilosamente, cuidando de no salir de la luz de las hogueras para no proyectar su propia silueta.

No era probable que Águila En picado lanzara otro ataque como el que ya había perdido, pero enviar guerreros en grupos de dos o tres para secuestrar a su objetivo original era algo que Sam esperaba. Solo se preguntaba por qué el jefe había tardado tanto; debía de estar más herido de lo que pensaba.

Continuó su sigilosa vigilancia hasta llegar al carro. La sombra se alejaba, no se acercaba. Eso solo podía significar una cosa: el jefe cheyenne ya no estaba interesado en el secuestro. La venganza lo dominaba. Sam tragó saliva con la garganta seca mientras el miedo lo invadía. La idea de que alguien dañara a Rita lo aterraba, pero sabía que no podía precipitarse.

Se movió en silencio, pero con determinación, dispuesto a hacer lo que hiciera falta para ayudar al Todopoderoso a mantener a Rita a salvo.

12

Rita se despertó sobresaltada y se incorporó con la inquietante sensación de que algo no iba bien. El instinto, fruto de años cuidándose a sí misma, la impulsó a escudriñar el oscuro interior del carro en busca de cualquier indicio fuera de lugar.

Un detalle en particular llamó su atención. ¿Dónde estaba Jodie? La niña sabía que no debía alejarse sola, especialmente de noche. Rita se deslizó con sigilo hasta la abertura de la lona, la apartó y asomó la cabeza y los hombros.

—¡Jodie! —susurró con urgencia.

Una mano le tapó la boca antes de que pudiera gritar. El alarido quedó atrapado en su garganta cuando la sacaron por la abertura y la dejaron caer casi con suavidad sobre sus pies. La mano permaneció firme mientras otro brazo la sujetaba con fuerza contra un cuerpo duro como una roca. Rita luchó contra la presión, tensando los músculos contra su captor.

—Shh, Rita —susurró un aliento caliente rozándole el cabello junto a la oreja—. Soy Sam.

Una oleada de alivio la inundó y se apoyó contra su cálido pecho. Unos brazos fuertes la envolvieron por detrás.

—No pasa nada —le murmuró—. No temas. Voy a quitarte la mano.

—Sam, por el amor de Dios —se giró entre sus brazos, confundida tras el alivio—. ¿Por qué me has sacado así del carro?

Pensé que intentabas secuestrarme. Le dio un golpecito en el pecho con el dorso de la mano.

Sam cubrió su mano con la suya y la tomó con suavidad.

—Perdóname. Era la forma más rápida que se me ocurrió para evitar que gritaras —respondió en voz baja—. Vi a alguien salir de tu carreta.

Muy consciente de que su mano estaba entre las de Sam, Rita la liberó. Demasiadas emociones se arremolinaban en su pecho y no tenía tiempo para pensar en lo que significaban.

—Jodie ha desaparecido —dijo—. Quizá sea ella a quien viste.

Sam asintió.

—Probablemente. Pero será mejor que vaya a averiguarlo. —Exhaló un profundo suspiro—. Nadie debe abandonar el campamento. Así que, si no la han secuestrado, tendrá que dar algunas explicaciones.

—Estoy de acuerdo. Es difícil decirle algo a Jodie.

—Será mejor que vuelvas dentro mientras yo voy a buscarla.

Rita negó con la cabeza.

—Voy contigo.

Sam se detuvo y se volvió.

—No creo que sea una buena idea.

Estarás más segura aquí, en el círculo de las caravanas.

Rita no podía negar la sinceridad en los ojos de Sam, pero no acababa de creer que estuviera más segura si se quedaba en la caravana. De hecho, nunca se había sentido más protegida que cuando estaba con Sam. Por supuesto, nunca lo admitiría. Pero aún así no le gustaba la idea de quedarse atrás mientras Sam se adentraba en la oscuridad para buscar a Jodie.

—Voy contigo.

Sam se detuvo.

—Está bien. No te alejes.



Sam sabía que en el bosque había más personas aparte de Jodie, Rita y él. Sin duda, Jodie hablaba con alguien. Y a unos treinta metros, otro individuo los escuchaba, al igual que él y Rita. Eso le inquietaba. Claro que sabía que no se trataba de indios; los guerreros cheyennes no serían tan evidentes. Eso era una buena noticia. Sin embargo, la amenaza de los forajidos seguía siendo un peligro real.

Se llevó un dedo a los labios. Rita asintió. Su silenciosa aceptación siempre le transmitía confianza y sabiduría. Dio un paso adelante, pero al escuchar un chapoteo, aceleró el paso y corrió hacia el río, con Rita pisándole los talones. Llegaron al claro al mismo tiempo que Grant Kelley.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—La niña se está dando un baño muy necesario. Los tres se volvieron y vieron a la señorita Sadie de pie junto a un árbol, con un montón de ropa en las manos.

—¡Señorita Sadie! —Sam sintió una profunda indignación—. ¿Qué demonios hace aquí? Ya conoce las reglas.

—Tonterías —respondió ella con un resoplido—. Las reglas no se aplican a mí.

—Me pregunto qué diría Jared al respecto —intervino Grant.

—¿Todo está bien, señorita Sadie? ¿Quién está con usted? —gritó Jodie desde el agua.

—Todo está bien, querida. Solo estamos Sam, el señor Kelley y Rita. Supongo que estaban preocupados por ti. Te dije que no debías irte sola.

—¡Rita! No deberías estar aquí. Los pieles rojas pueden regresar en cualquier momento.

—No te preocupes. Estoy con Sam.

Esa sencilla respuesta disipó la irritación. Aquella mujer... por primera vez Sam supo que alguien había entrado en su vida capaz de romperle el corazón. Tampoco tenía duda alguna de que el desamor sería su único destino si se dejaba guiar por el corazón de un hombre blanco. Porque la verdad era que él no era un hombre blanco. No del todo. Y la mitad de sangre sioux que llevaba era la parte que el mundo jamás permitiría que estuviera junto a una mujer como Rita Rodden.

Señor, protege mi corazón. No permitas que me aparte de mis propios deseos. Por favor, ayúdame a velar por lo mejor para Rita.

Aunque eso significara dejarla marchar.

Su siguiente plegaria imploró a Dios fuerzas para hacerlo. Pero solo si no había otra salida.



El cuerpo de Rita dolía mientras la carreta la zarandeaba por todo el asiento. Jodie había convencido a Jared para que la dejara unirse a los exploradores, así que, una vez más, Rita se había encargado de conducir. Durante los últimos tres días, no había tenido respiro del castigo constante que su cuerpo recibía al luchar con los bueyes por el camino lleno de baches, que ascendía de forma gradual, pero visible.

Peor aún, su carreta había quedado al final de la fila y no podía ver a Sam, que iba con Jared al frente. Cuando el alboroto delante de ella llamó su atención, agradeció el cambio de escenario.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Amanda Kane, que caminaba cerca. La mujer parecía inseparable de Rita desde que esta había

salvado al cachorro medio lobo.

—Parece que vienen más carretas hacia aquí.

—¿Vienen? ¿Dan la vuelta? ¿Por qué demonios...?

Amanda se encogió de hombros.

—Eso parece. Wolfie, ¡quédate aquí! —Para sorpresa de Rita, el cachorro retrocedió lentamente hasta su lado, feliz de haberse liberado de la cuerda. Como si supiera que había estado a punto de sufrir un percance, desde entonces se había metido en menos problemas—. ¿Cómo has conseguido que te obedezca? —preguntó Rita, vencida por la curiosidad.

La señora Kane sonrió.

—Alfie.

—¿Alfie?

—Alfred Harrison. Es un genio con los animales. —Su rostro se iluminó con una dulzura que Rita no recordaba haber visto desde la muerte de Becca.

—Es un joven especial, ¿verdad?

Ella asintió, pero luego su semblante se tornó sombrío.

—Ojalá su padre pudiera verlo. Ese hombre apenas se da cuenta de que tiene hijos.

Eso no era ninguna novedad para Rita. Ni para nadie que hubiera prestado atención.

—El señor Harrison no es cruel con él, ¿verdad?

—Oh, no. No lo parece. Más bien los ignora a ambos. Supongo que está demasiado afligido para saber cómo cuidar de ellos. Ya sabes que su madre se ocupaba de todo antes de morir. —Miró fijamente al horizonte—. Si fueran míos... —Su expresión se oscureció y sacudió rápidamente la cabeza antes de que Rita pudiera responder—. Oh, mira. Jared está pidiendo que se detengan para hablar con la otra carreta.

Rita anotó mentalmente rezar más por Amanda. La pobre mujer había soportado más de lo que cualquier ser humano debería aguantar en dos vidas, y mucho menos en una sola.

Sam y Jared conversaron con alguien que parecía el líder del otro grupo de viajeros durante al menos veinte minutos. Al finalizar, las caravanas maniobraron para formar un gran círculo.

Rita se bajó del carro y estiró la espalda. Al no sentir mucho alivio, se puso manos a la obra. No tenía sentido posponer la difícil tarea de desenganchar los bueyes y soltarlos para que pastaran en el centro del círculo formado por los carros.

Los bueyes habían ido notablemente más lentos. Rita sabía que en parte se debía a la subida de la caravana. Pero también el terreno rocoso les magullaba las patas, por lo que avanzaban más lentamente que en las llanuras cubiertas de hierba de Kansas y las tierras antes de llegar a Fort Laramie.

Se agachó para desenganchar los bueyes de la carreta. Sus manos aún no se habían recuperado del todo y las ampollas de los primeros días de la travesía estaban volviendo a aparecer, causándole quemaduras y llagas en las palmas y los dedos.

Se enderezó y vio a Alfred sonriendo delante de los bueyes. Alfred, que susurraba y acariciaba a una de las enormes bestias como si no fuera más grande que un cachorro, parecía entender a los animales.

—¿Cómo estás, Alfred?

—Bien. Me gustan los bueyes.

—¿De verdad? —Rita le dio una palmada en el hombro al muchacho mientras le rodeaba para quitarle el yugo.

Él asintió.

—Yo lo haré.

—No hace falta, Alfred. No tienes por qué hacerlo.

Su rostro se ensombreció con decepción.

—Sí, señorita —murmuró, sin apartar la mirada de los bueyes.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó Rita. Sus ojos marrones se iluminaron y él asintió.

—Está bien. Si estás seguro.

En cuestión de minutos, el chico había soltado a los bueyes para que pastaran. Levantó el brazo hacia ella y la saludó con la mano.

—Gracias otra vez, Alfred.

—De nada, adiós.

Jodie llegó montada en una yegua negra y grande llamada Tulip. El caballo era cascarrabias y terco, perfecto para Jodie, en opinión de Rita.

—Maldito caballo —murmuró la chica mientras lo detenía con dificultad y desmontaba—. Debería matarlo y comprarme otro.

Rita sonrió. Por mucho que Jodie se quejara, quería a ese animal tanto como Alfred quería a Wolf y lo defendería con su vida.

—¿Qué está pasando allí arriba? —preguntó Rita. Si alguien lo sabía, era Jodie, que habría encontrado la manera de sonsacárselo a Sam o a Jared.

Jodie señaló con el pulgar hacia la otra carreta.

—Tu indio.

—¿Sam?

El rostro de Jodie se quedó en blanco, luego sus labios se torcieron en una sonrisa irónica.

—¿Sam es *tu* indio?

Al darse cuenta de su error, Rita sintió la humillación hasta en la punta de los dedos.

—Por supuesto que no. No seas ridícula. ¿Qué quieres decir con mi indio?

—La otra caravana fue atacada por los cheyennes hace unos días.

El corazón de Rita casi se detuvo. No era de extrañar que Águila En picado hubiera estado tan tranquilo. Se había ido a causar estragos con otro grupo de viajeros.

—¿Cuántos daños causó?

Jodie negó con la cabeza y ató las riendas de Tulip a la lengüeta del carro.

—Muchos. Quemaron veinte carros y mataron a ocho hombres. Se llevaron a una mujer y a cuatro niñas.

Rita contuvo el aliento. Esa podría haber sido ella si Águila En picado hubiera conseguido su objetivo. Se imaginó a la pobre mujer y a los niños. Debían de estar aterrorizados. ¿Los estarían tratando bien? Se estremeció al imaginar todo tipo de escenas.

—En fin —continuó Jodie—. Según Sam, la buena noticia para nosotros es que lo más probable es que esos indios se lleven a los cautivos a su aldea. Así que no tendremos que preocuparnos por ataques durante un tiempo.

—¿Alguien va a ir en busca de los cautivos?

—Creo que algunos de los hombres de la otra caravana lo están discutiendo con Jared.

Rita miró a su alrededor hasta que vio a Sam. Él y Jared estaban conversando animadamente con el líder de la otra caravana y, como había dicho Jodie, con varios hombres más. Algunos hablaban con calma, otros con evidente agitación. Su corazón se aceleró. ¿Y si Sam decidía unirse al grupo de búsqueda? Jared no podía ir. Como jefe de la caravana, su lugar estaba junto a los carros. Así que Sam parecía la persona más lógica para ayudar. Conocía bien la zona, después de años explorándola para varias caravanas.

Rita asintió como respondiendo a su propia pregunta.

—Sam va a ir con ellos.

Jodie siguió su mirada.

—Sí. Probablemente.

—¿Y si resulta herido?

—Es su decisión.

—Pero...

—¿Pero qué, Rita? Solo tienes que pedirle que no vaya y se quedará. Ese hombre te quiere. ¿No lo sabes?

—Oh, Jodie. No conoces a Sam desde hace mucho tiempo. Él quiere a todo el mundo.

—Oh, por el amor de... —Jodie resopló y frunció el ceño—. Es un hombre agradable, sin duda, pero no es precisamente el Todopoderoso.

—No, no lo es —sonrió Rita—. Pero es lo más parecido a un ser humano que he visto nunca.

—Dios mío, tú lo quieres de verdad, ¿verdad?

Rita mantuvo la mirada fija en Sam. Sus hombros se levantaron y bajaron con una respiración pesada.

—¿Qué es el amor? —susurró—. Si lo quisiera, ¿cómo lo sabría?

13

—Yo digo que sigamos el camino de vuelta. Pediremos ayuda cuando lleguemos a Fort Laramie —sostenía el líder de la segunda caravana, intentando imponer su opinión y, durante un tiempo, pareció que su táctica iba a prosperar. En los últimos minutos, había repetido su argumento una y otra vez, como queriendo desgastar a los afligidos miembros de su grupo—. Necesitamos soldados que nos ayuden a encontrar a la mujer y a las niñas. No hay otra opción. Tenemos que regresar. —Escupió un chorro de tabaco, como si eso zanjara la cuestión.

—¿Y dejar a mi pequeña a merced de esos salvajes durante dos semanas más? —replicó Timothy Franks, un hombre de mediana edad oriundo de Kansas, con la pasión de un padre desesperado por recuperar a su hija—. Esos pieles rojas asesinos mataron a mi esposa. Janey es lo único que me queda.

Sam escuchaba la discusión entre los miembros de la nueva caravana con creciente impaciencia. El antiguo jefe había sido uno de los primeros en recibir una flecha en el corazón. En su ausencia, un hombre de las montañas llamado Joseph Thompson se había autoproclamado líder del grupo. De los hombres que quedaban, parecía el más fuerte. O, al menos, el más ruidoso. Sam sabía por experiencia que, con demasiada frecuencia, quien más alzaba la voz terminaba al frente de la fila.

—Ahora, escuchen —alzando las manos para pedir silencio, intervino Jared—. No puedo decirles a todos lo que deben hacer. Cualquiera que tenga su propia carreta y provisiones suficientes para

llegar a Oregón es libre de unirse a nosotros. El resto tendrá que votar si van en busca de los cautivos o regresan al este.

—¿No pueden prescindir de algunos hombres para ayudar en la búsqueda? —preguntó Brian Stamm, un joven granjero de Minnesota—. Angela es mi hermana. Le prometí a mi madre que cuidaría de ella. Esa es la única razón por la que mi padre y mi madre la dejaron venir con mi esposa y conmigo. —Su voz se quebró por la emoción—. Les he fallado.

Sam sintió una profunda pena por el hombre cuando Jared negó con la cabeza.

—Siento lo de tu hermana y me gustaría ayudar, pero nosotros mismos perdimos a 150 miembros hace unos meses. No puedo arriesgar la fuerza de mi caravana organizando una partida de búsqueda. Tenemos que proteger las carretas, los suministros y a las mujeres y niños de nuestra propia caravana.

Sam sabía que Jared tenía razón, pero también que, si Rita hubiera sido capturada, él se habría marchado de todos modos y nadie podría haberlo detenido. Entendía la postura de Jared y no podía reprochársela.

Jared mantuvo la calma y continuó explicándose.

—Águila En picado podría estar planeando un ataque contra nosotros. No podemos prescindir de ningún hombre, al menos no de los suficientes como para marcar la diferencia si nos enfrentamos a los indios en combate.

El joven granjero se desanimó ante la respuesta, pero apretó la mandíbula con determinación.

—Iré por mi cuenta.

El nuevo jefe de la otra caravana dio un paso al frente, elevándose sobre el angustiado hermano.

—Nadie abandonará esta caravana. Al igual que el señor Larson, necesitamos a todos los hombres en caso de otro ataque.

Sam adoptó una postura defensiva ante la osadía del hombre.

—Disculpe, señor —respondió con firmeza—. El señor Larson ya ha aceptado llevar a cualquiera que desee unirse a nuestra caravana. No puede mantener prisioneros a los viajeros en su grupo.

La ira chispeó en los ojos del hombre.

—Puedo hacer lo que me plazca. Tomé el mando tras la muerte de nuestro líder, alcanzado por una flecha en el corazón. Querían que yo fuera su jefe, y me colgarán si voy a arriesgar más vidas solo porque un puñado de personas se empeñen en embarcarse en una misión imposible.

—¿Misión imposible? —Timothy Franks dio un paso al frente, con la rabia temblando en la voz—. No considero que buscar a mi hija sea una misión imposible. Iré con Brian, y si hay un necio aquí, ese es usted, sobre todo si cree que podrá impedírmelo.

—¿Me estás desafiando? —Los ojos de Joseph destellaron con peligro al clavar su mirada en el padre resuelto.

Sam plantó los pies, preparado para intervenir si la tensión estallaba.

Brian y Timothy se alzaron como un muro sólido, hombro con hombro, frente a aquel hombre que bien podía acabar con ellos de un solo golpe.

—Desafío tu derecho a impedir que un hombre cuide de lo suyo —replicó Timothy, mirándolo fijamente a los ojos—. Mi pequeña me necesita. Jamás debí aceptar dar media vuelta y regresar al fuerte.

—¿Ahora me llamas cobarde?

—No. Digo que fue un error no ir tras esos indios cuando su rastro estaba fresco y lo bastante cerca para alcanzarlos. No sé cómo los encontraremos ahora, pero, con la ayuda de Dios, lo intentaré.

—Yo también —añadió Brian—. Ni se te ocurra detenerme.

—Si te marchas, no regreses arrastrándote. No serás bienvenido en nuestra caravana.

—No te preocupes. Llevaré a mi pequeña de vuelta a Minnesota yo solo. Y, además, no quiero viajar con gente como tú.

Brian se volvió hacia Jared.

—Si no le importa, le agradecería que diera un lugar en su caravana a mi esposa y a mi hijo mientras busco a mi hermana —frunció los labios, y clavó la mirada en Joseph—. No confiaría en este hombre para que los protegiera.

Jared asintió sin dudar.

—Nuestra regla general es no llevar mujeres que viajen sin un hombre, pero hemos hecho excepciones en más de una ocasión. Supongo que esta es tan buena como cualquier otra.

Brian estrechó la mano de Jared y la sacudió.

—Gracias. No se arrepentirá.

Sam dio un paso adelante. Sabía que no podían enviar a esos hombres como ovejas entre lobos. Dos granjeros de las llanuras, no sobrevivirían una semana solos.

—Necesitarán un rastreador.

Sintiendo la mirada de Jared clavada en él, Sam mantuvo la atención en los dos hombres.

—¿Se ofrece a ayudar?

—No puede —dijo Jared con tono airado—. Tiene un contrato con la compañía de carromatos. Si se marcha, no cobrará el sueldo de este viaje.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Sam. Jared hablaba por miedo, nada más.

—A veces, hacer lo correcto tiene un precio.

Con el ceño fruncido, Jared se dio la vuelta en silencio y se alejó con paso firme.

Sam entendía las preocupaciones de su amigo. Él tampoco quería separarse de la caravana. Por un lado, odiaba la idea de dejar a Rita sin un protector, pero era la decisión correcta por más de una razón. En primer lugar, si Águila En picado estaba en el campamento, no suponía una amenaza inmediata para Rita. En segundo lugar, solo enfrentándose cara a cara con el jefe de guerra obtendría Sam las respuestas que buscaba. Un hombre tan poderoso como este cheyenne no perseguiría a una mujer desconocida sin motivo. Sam estaba decidido a descubrir la verdad. De una forma u otra, acabaría con la amenaza que este hombre suponía para Rita.



Normalmente, cuando una caravana se encontraba con otros viajeros, era motivo de celebración. Un día entero en el campamento, un festín si daban con buena caza, y cuentos alrededor del fuego, música o estudios bíblicos. Pero no era momento para festejar. La caravana que marchaba hacia el este había sufrido demasiado, y las sonrisas brillaban por su ausencia.

Rita tampoco tenía ganas de celebrar. De hecho, estaba francamente molesta al pensar que Sam se había marchado con dos desconocidos, arriesgando su vida en una búsqueda que sin duda era vana.

Él se encontraba ante ella mientras preparaba la cena para ella y Jodie. La cuchara golpeaba la olla con más fuerza de la necesaria al remover las alubias.

—Rita, ¿por qué estás enfadada conmigo? —su voz sonó cargada de tristeza.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadada? —Rita esbozó un gesto de indiferencia y siguió removiendo.

El calor suave de la mano de Sam en su hombro detuvo aquel fingimiento.

—Está bien —cedió, volviéndose hacia él—. Estoy enfadada. No deberías arriesgar el cuello por un par de desconocidos.

—Pero creo que es lo que debo hacer —una tenue sonrisa apareció en sus labios—. ¿Quieres que renuncie a lo que siento?

Rita frunció el ceño, derrotada por la verdad implícita.

—No. Solo desearía que sintieras algo más... sensato.

Sam rió con suavidad.

—Rita, llevo más de quince años recorriendo estas tierras. Conozco las costumbres de los cheyennes tan bien como las de cualquier otro pueblo de las llanuras. Si alguien puede guiar a esos dos hombres hasta sus seres queridos, ese soy yo.

—¿Por qué no pueden simplemente volver a Fort Laramie y pedir que organicen una partida de búsqueda? —Sabía que se comportaba como una niña mimada, pero no le importaba. Solo sabía que Sam se iba.

Respirando con lentitud, Sam le tomó el otro hombro y bajó la mirada, sus ojos rebosaban ternura.

—Me honra tu preocupación.

Rita apenas podía respirar bajo esa mirada. Así mira un hombre cuando desea algo más que una hora con una mujer. Tragó saliva y dio un paso atrás, abrumada por el torbellino de emociones que la invadía.

—¿Cuándo te vas? —susurró.

Él retiró las manos de sus hombros, pero siguió mirándola... buscando, preguntando sin palabras.

—Al amanecer.

Rita quería decir tantas cosas. Cosas como: Ten cuidado, vuelve conmigo, ámame. Pero sabía que no debía hacerlo. No era el momento de pedir nada ni de hacer declaraciones emocionales. O quizá sí. Quizá.

—Sam.

—¡Maldita sea, Rita! ¿Estás enviando señales de humo o algo así?

Rita dio un respingo al oír la voz indignada de Jodie. Cuando sus palabras llegaron a sus oídos, Rita dio un grito ahogado.

—¡Cielos! —Se apresuró hacia la olla. El humo negro se elevó en el aire y el olor acre le quemó la garganta—. Nunca en mi vida había quemado una olla.

—¿Por qué tenías que empezar ahora? —refunfuñó Jodie—. Estoy hambrienta como un oso.

Sam agarró el mango de la olla y la apartó del fuego.

—Ven conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Rita.

—Al río. —Sonrió—. Pescaré algo para cenar mientras tú friegas la olla con piedras.

El ceño fruncido de Jodie lo decía todo. No estaba dispuesta a esperar para comer, ni tampoco a ayudar a fregar una olla.

—Voy a ver qué está preparando la señorita Sadie. Seguro que tiene suficiente para invitarme a comer.

Rita le lanzó una mirada de disculpa.

—Te prometo que no quemaré la cena de mañana.

La joven hizo un gesto con la mano para que no se preocupara.

—No te preocupes. No pasaré hambre. —Miró a Sam—. Espero que tú tampoco.

Rita siguió a Sam hasta el río. Se sentía incómoda e insegura. ¿Cómo había podido estar a punto de decir algo de lo que sin duda se arrepentiría? Menos mal que Jodie había interrumpido justo a tiempo.

Pero ¿y si Sam no volvía? La idea de él tirado en el suelo con una flecha atravesándole el pecho era una posibilidad demasiado real para ella.

—Sam.

El explorador se volvió.

—¿Va todo bien?

—No. —Se acercó a él—. No, Sam, no va todo bien.

Él frunció el ceño y la miró.

—¿Te duele algo?

Ella le tomó la mano y le dio un beso en cada uno de sus dedos callosos.

—El único dolor que siento es en mi corazón, al pensar que te vas.

Sam dejó caer la olla al suelo, junto a sus pies. Suavemente, retiró la mano de la de ella.

—Rita, esto no está bien.

Rita soltó una breve risa.

—¿Bien? ¿Crees que no sé lo que está bien y lo que no?

—No pretendo insultarte. Perdóname.

Su humilde respuesta la dejó sin palabras.

—Oh, Sam. Lo que es correcto es una cuestión de interpretación. Yo actué como creí necesario para sobrevivir. Entretenerte era la única forma que conocía para recuperar mi vida. Una vida de verdad. Sé que siempre llevaré la marca de una prostituta, y sé también que esta gente nunca me aceptará en su sociedad. Pero ya no me importa. Lo único que me importa... eres tú. Sé que no podrás amarme, pero quería que supieras lo que siento antes de que te vayas.

Cuando terminó, los pulmones le ardían y comprendió que lo había soltado todo de un tirón. El pecho se le alzaba con fuerza mientras intentaba recobrar el aliento.

—Rita... —murmuró Sam, acercándose.

Una oleada de alegría la invadió cuando él la atrajo hacia sí. Sus ojos recorrieron su rostro y se detuvieron en sus labios.

—Eres preciosa.

Y la mirada con que la envolvió le hizo entender que lo decía de verdad. Pero, aun así, sus palabras le recordaron que ya no era la misma mujer que había sido antes del ataque de George.

—Cuando me miras, me olvido de mis cicatrices, tanto internas como externas, —murmuró, más como una revelación para sí misma.

—Nada podría quitarte tu belleza.

—No me mientas, Sam. —Rita bajó la mirada—. No tienes motivos para hacerlo.

Él colocó el dedo debajo de su barbilla y la obligó a levantar la mirada una vez más.

—Sabes que no miento. Siempre te he visto hermosa. Por dentro y por fuera. —Respiró hondo y retiró la mano de su barbilla hasta posar la palma en su mejilla. Rita cerró los ojos, deleitándose con el calor suave y reconfortante.

—Si pudiera ofrecerte una vida, te tomaría como esposa —dijo él. Los ojos de Rita se abrieron de par en par.

—¿Matrimonio? —La esperanza latía con fuerza en su pecho hasta que se dio cuenta de lo que él había dicho realmente—. Por supuesto que no. No podrías casarte conmigo.

Su rostro se entristeció, reflejando el sentimiento de su propia alma.

—No. No es posible.

Impulsivamente, Rita levantó la mano y le rozó la mejilla con la yema de los dedos.

—Eres un buen hombre. Te deseo toda la felicidad que te mereces.

—Yo también a ti. En un instante, Rita supo que esta vez él no resistiría el deseo de besarla.

Rita apenas tenía presencia de ánimo para respirar cuando Sam bajó la cabeza. Sus cálidos labios se encontraron con los de ella en el primer beso que había recibido y que no la hizo sentir destrozada.

14

Amanecía dos horas después de que Sam, Brian y Timothy montaran sus caballos y se dirigieran hacia el lugar donde la caravana había sido atacada cuatro días antes. Desde allí, intentarían seguir el rastro de los indios.

Sam intentó borrar de su mente el beso de Rita, pero le resultó difícil, incluso en ese momento en el que necesitaba utilizar todos sus sentidos. En su corazón, sabía que no debería haber sucumbido a la embriagadora sensación de tenerla entre sus brazos, de que ella le dijera lo mucho que le importaba. Al mismo tiempo, ella sabía que no podían estar juntos. Entendía que su sangre india impedía que se unieran. Respetaba que ella aceptara la situación. La mayoría de las mujeres habrían discutido, suplicado e intentado hacerle cambiar de opinión.

Él, tontamente, estaba un poco decepcionado de que ella no lo hubiera hecho.

La caravana estaría a unas pocas horas detrás de ellos, pero se iría alejando cada vez más a medida que el terreno se volviera más difícil y el viaje más arduo. Los hombres a caballo podían hacer el viaje dos veces más rápido que una caravana.

—Mi Janey disfrutaba cada minuto del viaje. Le encantaba estar al aire libre más que nada en el mundo. Su madre tenía que esforzarse mucho para evitar que se rompiera los vestiditos y volviera a casa llena de barro del río. Pero siempre traía un montón de pescado para compensar el desastre. Su madre siempre la perdonaba y le freía el pescado en su punto. Nunca debí haberlas

traído aquí. Nunca. Estábamos bien en nuestra granja. Pero yo quería encontrar oro y vestir a mis hijas con la seda más fina. Verlas comer platos elegantes en vajillas de porcelana. Todo esto es culpa mía. —Timothy parecía incapaz de dejar de hablar de su hija. El hombre estaba desconsolado por la pérdida de su esposa. Y desesperado... más que desesperado por encontrar a su hija. El nivel de desesperación preocupaba a Sam. Cuando llegara el momento, ¿tendría Timothy la presencia de ánimo necesaria para contenerse mientras Sam negociaba?

Brian era un joven impulsivo con la pasión de la juventud aún ardiendo en sus venas. Pero haría lo que fuera necesario para recuperar a su hermana sin comprometer la misión, si Sam era buen juez del carácter. Y esperaba sinceramente serlo. Si tuviera que elegir entre los dos, confiaría en Brian para mantener la cabeza fría y la mano firme en una emergencia.

El aire de la madrugada era frío y cortante. Parecía que el invierno iba a llegar pronto este año. La caravana ya había perdido mucho tiempo entre los contratiempos, el secuestro de Rita y Donna, y los días que habían tenido que dedicar a las reparaciones y a cazar. Normalmente, a estas alturas ya habrían cruzado las montañas y estarían casi en la tierra prometida. Pero esta vez les quedaban por delante nada menos que dos o tres meses de viaje. Y eso siempre que no hubiera más contratiempos.

—Lo primero que haré cuando recupere a mi hermana es enviarla directamente a casa con nuestra madre, donde debe estar.

—Puede volver con Janey y conmigo.

—¿De verdad no vas a seguir hasta Oregón? —Brian miró al hombre como si hubiera perdido el juicio—. Estás tan cerca. Pensaba que todo lo que dijiste antes era solo para demostrarle a Joseph que no lo necesitabas.

Tim negó con la cabeza.

—Me voy a llevar a mi pequeña y volveré a Minnesota, donde pertenecemos. Volveré con la familia de mi mujer. —Sacó un pañuelo

y se lo pasó por la nariz—. Le prometí a mi mujer, sobre su tumba, que llevaría a su pequeña de vuelta a casa. Y eso es lo que pienso hacer.

Sam esperaba que Timothy tuviera la oportunidad de cumplir esa promesa. Y si Dios seguía siendo misericordioso, ambos hombres encontrarían lo que buscaban.



—Deja de levantar tanto polvo, Jodie. —Rita estaba tan nerviosa que tenía ganas de gritar.

—¡Estás tan gruñona como un oso viejo! —le espetó Jodie—. No te desquites conmigo solo porque echas de menos a Sam. Llevas tres días de mal humor. ¿Así va a ser hasta que vuelva?

—Esto no tiene nada que ver con Sam. Estoy gruñona como un oso viejo porque me estás ahogando. Ve delante.

Jodie frunció el ceño y resopló.

—Así me agradeces que intente evitar que te sientas demasiado sola por ese mestizo.

La ira invadió a Rita. Se volvió hacia Jodie.

—Estoy harta de que lo llames así. Puede que sea en parte indio, pero es un buen hombre, el mejor hombre del mundo. Y si yo fuera lo suficientemente buena para él, me casaría con él en medio segundo.

—¿Lo suficientemente buena para *él*? —Jodie entrecerró los ojos—. ¿Quién dice que no eres lo suficientemente buena para él?

—Él. —Apoyó los pies contra el suelo de la carreta e intentó mantenerse en su asiento mientras la carreta se balanceaba contra los profundos surcos del camino.

—Eso son tonterías y lo sabes. —Dos profundas arrugas aparecieron entre los ojos de Jodie—. Estoy a punto de ir tras él solo para meterle algo de sentido común en esa cabeza hueca.

—No seas ridícula. Además, no son tonterías —dijo con tono cortante—. Y cualquiera con dos dedos de frente lo sabe.

—No me voy a quedar aquí para que me insultes.

—Bien —refunfuñó Rita—, ya estoy harta de tragarme tu polvo.

Roja de ira, Jodie se alejó cabalgando. Rita sintió una punzada de culpa. Sabía que la chica tenía buenas intenciones. Pero, por ahora, prefería estar sola con sus pensamientos y su mal humor.

Además, necesitaba toda su concentración para mantener a los bueyes en la dirección correcta. Les dolían las patas por las piedras. Lo sabía y sentía lástima por los animales. Las piedras no solo les magullaban las patas, sino que además les obligaban a tirar cuesta arriba. Según Jared, con suerte recorrerían ocho kilómetros al día en ese tramo del camino. La tensión era alta y las viejas rencillas volvían a salir a la superficie y volvían locos a todos.

Para colmo, esa misma mañana habían pillado a Wolfie comiéndose otro pollo. Pero esta vez, el inteligente cachorro había conseguido abrir la caja él mismo. Así que era culpa suya y Amanda Kane tenía una expresión de puro terror en el rostro desde que el campamento se despertó y descubrió el desastre sangriento y emplumado. Ató a Wolf al carro, pero incluso Rita dudaba de que eso fuera suficiente ahora. El cachorro había tenido demasiadas oportunidades.

Al anochecer, Jared ordenó detener la marcha por ese día. Alfred apareció para cuidar de los bueyes, como hacía cada día, con la precisión de un reloj. Por la mañana, enganchaba los bueyes para ella; al final del día, los desenganchaba y los llevaba a pastar. Su rostro dulce y alegre nunca dejaba de levantarle el ánimo. Solo que esa noche realizaba su tarea con un entusiasmo notablemente menor que de costumbre.

—¿Qué pasa, Alfred?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza con tristeza.

—Me gusta ese perro.

La compasión apretó el corazón de Rita.

—Lo sé. Wolf es un cachorro muy bonito. Pero tiene que aprender a portarse bien. ¿No?

—Es un buen perro.

—Los perros buenos no roban gallinas.

—Wolf ya no lo hace. —Alfred suspiró profundamente—. Le enseñé a no portarse mal.

—Pero Alfred, ¿recuerdas que el señor y la señora Adams tenían gallinas?

—Sí, señora.

—Pues bien, esta mañana encontraron una de las jaulas rota y su último gallo muerto.

Alfred negó con la cabeza.

—Wolf no lo hizo. Solo se lo comió. No lo mató.

Rita sonrió al muchacho. Era obvio que no podía soportar la idea de que acusaran a su amigo. Y ella no lo culpaba.

—Bueno, tal vez no.

—Sí, tal vez no —dijo Alfred, con el rostro iluminado—. El señor Kane fue muy amable al regalarle el gallo, ¿no?

—No, cariño. Él no le regaló el gallo a Wolfie. El perro lo cogió de la caja.

—Yo lo vi.

—¿Qué viste, Alfred? —La mente de Rita intentaba entender lo que decía Alfred. Pero algo le decía que el cachorro podría haber sido incriminado por un asesinato que no había cometido. Bajó

considerablemente el tono y se inclinó ligeramente hacia el niño—. ¿Viste al señor Kane darle el pollo a Wolf?

Alfred asintió con inocencia, pero el corazón de Rita se aceleró. Eso significaba más frustración, más discusiones.

Por un instante pensó en ocultarle esta información a Jared. Dejar que mataran al cachorro y ahorrarse a ella y a sus compañeros de viaje los problemas que sin duda surgirían al saber que el Sr. Kane había matado al gallo y había inculpado al perro.

Calentó unas alubias de la olla de la noche anterior y preparó una tanda de galletas. A Jodie le gustaban calientes con miel, y como Rita se sentía en deuda con su amiga por haberle respondido mal antes, sacó su reserva y decidió ser generosa con el dulce.

Por mucho que intentara olvidar su conversación con Alfred, Rita le resultaba imposible. Sinceramente, no era la misma mujer que había sido solo tres meses y medio antes. La antigua Rita no habría tenido ningún remordimiento por salvar a la caravana de cierta tensión sacrificando a un estúpido chucho. Pero cuando echó un vistazo a la caravana y vio a Alfred sentado con las piernas cruzadas frente a Wolf, mientras la señora Kane observaba, supo que no podía permitirlo.

Por suerte, el Sr. Kane se alejó de la caravana justo cuando caía la noche. Rita cogió su chal.

—Ahora vuelvo —le dijo a Jodie.

—¿Adónde vas?

—Al bosque.

—Voy contigo.

—Jodie, no —negó ella—. Necesito estar sola.

—Por el amor de Dios. No miraré. Pero ya conoces las reglas. Nadie se va solo.

—Jodie, escúchame. Por favor, respeta mi necesidad de intimidad.

La mujer frunció el ceño y pareció a punto de negarse. Pero al fijar la mirada en el rostro de Rita, asintió con la cabeza.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo irá bien. —Rita sonrió—. Confía en mí. Y gracias.

Sigilosamente, siguió al señor Kane por el bosque hasta que llegaron al río. Parecía estar esperando a alguien, así que Rita permaneció oculta. No tardó mucho en resolverse el misterio. En un momento de repulsión, se dio cuenta de que el Sr. Kane se había reunido con una mujer, alguien que no era su esposa. Los dos se abrazaron y Rita pensó que se iba a marear. No era el momento de enfrentarse a aquel hombre horrible y desde luego no se iba a quedar allí para mirar.

Detrás de ella, el suelo crujió justo cuando se daba la vuelta para volver al carro. Se quedó sin aliento al encontrarse cara a cara con Jodie. Tenía el rostro desencajado por la rabia mientras miraba en dirección al Sr. Kane y la mujer.

—Esa serpiente repugnante.

—¡Jodie! —siseó—. Prometiste que te mantendrías alejada. ¿Qué hay de respetar mi privacidad?

Ella asintió.

—Iba a hacerlo, pero me preocupé. —Su sincera honestidad conmovió a Rita, impidiéndole seguir enfadada.

—Ya lo sabes, estaba siguiendo al señor Kane.

—¿Sabías que estaba con una mujerzuela?

—No. Y no era por eso por lo que lo seguía.

—Entonces, ¿por qué?

—Volvamos al carro antes de que nos oiga aquí fuera.

—Ya es demasiado tarde para eso.

El miedo se apoderó de Rita al oír la voz del señor Kane. Se volvió hacia él, aliviada de que la mujer pareciera haber huido. Pero

el rostro del señor Kane estaba peligrosamente desfigurado y su mano se extendió para agarrarla por el antebrazo.

—¿Qué demonios haces merodeando por aquí espiándome?

Rita contuvo un grito de dolor cuando él casi le exprime la sangre.

—No estaba espiándole, señor Kane —aseguró ella.

—Será mejor que la suelte antes de que le llene las tripas de plomo, señor.

Mirando el cañón de una Colt, pareció entender el mensaje y soltó el brazo de Rita. Lo cual fue probablemente una buena decisión. Rita no tenía motivos para dudar de que la chica cumpliría su amenaza.

La voz indignada de Jodie resonó en el bosque.

—¡Serpiente asquerosa! ¡Engañando a su pobre esposa con otra mujer a sus espaldas! ¿No cree que ya ha sufrido bastante?

—¿Lo que ha pasado? —Los ojos del hombre brillaron peligrosamente a la luz de la luna y dio un paso adelante, cerniéndose sobre la pequeña figura de Jodie—. ¿Crees que mi mujer ha pasado más que yo? ¿No perdimos a los mismos hijos? Dos antes de venir al oeste y luego nuestra pequeña. Parece que todo el mundo cree que ella está más triste que yo. Así que si busco consuelo en una joven cálida que entiende por lo que estoy pasando, es asunto mío. Y más te vale mantener la boca cerrada si sabes lo que te conviene.

Incluso cara a cara con aquel gigante, Jodie no retrocedió ni un ápice. Se irguió todo lo que pudo y enderezó sus delgados hombros.

—No se atreva a amenazarme, señor. No me asusto fácilmente.

—Más te vale, si sabes lo que te conviene.

Ella dio una patada en el suelo como una niña malcriada.

—He dicho que no se atreva a amenazarme, sucio jabalí.

Rita pensó que era un buen momento para intervenir en la pelea.

—Señor Kane, no iba a sacar este tema ahora, pero me temo que no me deja otra opción.

—¿De qué está hablando?

Tragó saliva y respiró hondo.

—Sé que Wolf no mató al gallo de los Adams.

Su mueca de desprecio se transformó inmediatamente en algo parecido al miedo. Pero se recuperó con la misma rapidez.

—No tengo ni idea de lo que estás insinuando.

—¡Sí que la tiene!

—Jodie, por favor —dijo Rita—. No te metas en esto.

—Pues él sí se está metiendo. Y hasta el cuello.

Esta vez mantuvo un tono un poco más firme.

—Déjame a mí.

—¡Está bien!

Dios mío, a veces esa chica daba más problemas de lo que valía.

—Señor Kane, le vieron lanzarle el gallo a Wolfie. No puede negar que fue usted.

—Inténtalo demostrarlo. —Empujó a las dos mujeres y se adentró en el bosque en dirección a la caravana.

Jodie le dio un codazo.

—¿Quién le vio?

Ella dio un paso adelante y se dirigió hacia la caravana.

—Alfred —susurró.

A Jodie se le escapó un taco.

—Oh, bueno, eso no va a servir de nada, ¿verdad?

—No lo sé. Probablemente no.

—¿Por qué crees que el señor Kane iba a inculpar a su propio perro?

Rita se encogió de hombros.

—Ni idea. Y deberías dejar de decir palabrotas.

—¿Para qué? —preguntó Jodie—. Me gusta decir palabrotas.

—Por el amor de Dios. —La chica era difícil—. Deberías dejar de hacerlo porque no es educado. Y, además, no suena muy femenino.

Jodie se rió entre dientes y rodeó con un brazo los hombros de Rita.

—Rita, sabes que no soy una dama, así que ¿qué más da?

—Si te dieras una oportunidad, podrías curar las heridas que intentas ocultar.

Jodie bajó el brazo.

—No intentes salvarme, Rita. Sé muy bien lo que tengo que hacer, y ninguna persona decente puede actuar como si todo le saliera gratis en esta vida.

Aquellas palabras helaron a Rita. Jodie era su peor enemiga, y ni siquiera lo sabía. O quizá sí, pero no le importaba.

—Está bien, escucha. ¿Qué vamos a hacer con Kane? —soltó Jodie, visiblemente molesta.

—Todavía no lo sé —respondió con un suspiro, lanzándole una mirada de soslayo—. Todo esto me sobrepasa. Necesito pensar con claridad antes de tomar una decisión.

—Yo sé lo que haría —replicó Jodie sin dudar—. Me plantaría frente a ese tipo, le apuntaría con una pistola al estómago y le obligaría a confesar.

—No creo que eso sea lo más sensato ahora. Por favor, prométeme que no harás nada parecido.

Jodie bufó con desdén y se alejó a grandes zancadas en dirección a los carros.

Rita fue tras ella. Conocía bien ese tipo de situaciones tan delicadas. Nunca había sido una chismosa. Ni siquiera antes de cambiar de vida. Pero si se atrevía a contar lo que sabía sobre el señor Kane y su aventura con aquella mujer desconocida, podría quedar expuesta… y ser acusada de mentirosa. ¿Quién estaría dispuesto a creer a una antigua prostituta antes que a un miembro respetado de la caravana?



Charles Harrison observaba a su hijo mientras jugaba con el cachorro medio lobo atado a la carreta de los Kane. El niño era la viva imagen de su madre, tanto que, la mayoría de los días, a Charles le resultaba imposible mirarlo sin que el dolor le robara el aliento. Su Cordelia había tenido un vínculo especial con Alfred, uno que él mismo, en más de una ocasión, había llegado a envidiar. Por mucho que le avergonzara admitirlo —incluso ante sí mismo—, se había sentido celoso de la atención que Delia dedicaba al pequeño. Compartían el amor por los animales, por la naturaleza. Por casi todo.

—Alfred —lo llamó.

El niño se volvió hacia él, con una mirada llena de confianza.

—Hola, papá.

—Es hora de dar las buenas noches a la señora Kane y a Wolfie, y venir a nuestra fogata.

—Sí, papá. —Se puso de pie y acarició la cabeza de Wolf. El perro gimió y lamió su mano. Alfred soltó una risita—. Muy bien, Wolfie, hasta mañana.

—Buenas noches, Alfred —dijo la señora Kane. Sus ojos, siempre tristes, conmovían profundamente a Charles. Aquella mujer había pasado por mucho. Aunque, en realidad, como casi todos los pioneros. Aun así, ella parecía un poco más frágil que los demás.

—Buenas noches, señora —respondió Alfred.

Justo entonces, el señor Kane irrumpió en el campamento, con la ira vibrando en cada paso. Antes de que Charles pudiera reaccionar, el hombre se acercó de un salto y agarró a Alfred por la parte delantera de la camisa.

—¿Has estado contando historias sobre mí, mocoso?

—Hola, señor Kane...

—Suelte a mi hijo —ordenó Charles, llevando la mano a la pistola. Indignado, no estaba seguro de lo que haría si Kane no obedecía.

—No hasta que me diga lo que ha estado diciendo. ¡Sé que ha sido él, maldito mocoso!

—¿Qué está pasando? —preguntó la señora Kane, alarmada.

—No te metas. Este chico lo sabe y más le vale que lo admita antes de que le mate a golpes con mis propias manos.

La rabia invadió a Charles ante la amenaza. Sacó su Colt de la funda y apuntó al hombre.

—He dicho que le suelte a mi hijo o le voy a llenar de agujeros, Kane.

El señor Kane se volvió. Charles mantuvo la mirada fija en él, sabiendo que Kane lo estaba evaluando. Después de lo que pareció una eternidad, soltó a Alfred. Charles dio un paso adelante, manteniendo la Colt apuntando directamente al pecho del hombre.

—Nadie amenaza a mi familia, y si vuelves a ponerle la mano encima, créeme, no te daré un aviso, empezaré a disparar.

Una mueca de desprecio se dibujó en los labios de Kane.

—Mantén a ese imbécil lejos de mi mujer y de mi perro. ¿Me has entendido?

—No volverá a acercarse a su carro. —Charles pasó el brazo por los hombros de Alfred—. Vamos, hijo. Vámonos.

—De acuerdo, papá. Buenas noches, señora Kane. Buenas noches, Wolfie. Buenas noches, señor Kane.

La señora Kane levantó la mano.

—Buenas noches, Alfred.

Charles percibió la tristeza en su voz y, una vez más, sintió compasión por ella.

—Vete —gruñó Kane—. Lárgate de aquí y no vuelvas.

Sin decir nada más, Charles llevó a su hijo de vuelta a su carreta. Belinda levantó la vista cuando se acercaron al fuego.

—¿Quieres café, papá?

Charles miró a su hija. A sus trece años, ya no era una niña. ¿Cuándo había cambiado tanto? ¿Y por qué no se había dado cuenta? Delia estaría muy decepcionada con él si pudiera verlo ahora.

15

Hasta ahora, todo iba bien. Rita se mantenía cautelosa, pero esperanzada, mientras la caravana se ponía en marcha sin que Curtis y Lucille Adams exigieran que mataran a Wolf por la pérdida de su gallo. No estaba segura de por qué la pareja se mostraba tan callada al respecto, pero, por ahora, era una bendición.

Sin embargo, sentía mucha pena por Alfred. No entendía por qué no podía jugar con el perro y eso no le parecía justo a Rita. Cuando Jodie se ofreció a conducir la carreta para que ella pudiera caminar un rato, aceptó de buen grado y se fue con Donna. Era la primera oportunidad que tenía de compartir su frustración con su amiga y le sentó bien desahogarse.

—No entiendo cómo el señor Kane puede ser tan cruel con un niño tan dulce como Alfred.

—Quizá solo está tratando de aliviar el dolor de Alfred cuando maten al perro.

—¿Qué quieres decir?

Donna miró hacia atrás, con el ceño fruncido.

—Rita, Wolf mató el gallo de Curtis. Ese hombre ya ha ido a ver a Jared para exigirle que mate al perro. Jared no tiene el valor de hacerlo ahora, con los miembros de la otra caravana habiendo perdido tanto. Tenemos cinco familias nuevas con nosotros y cada una ha perdido a un familiar. Hay demasiada muerte en este momento. Puede que le dé al perro un día más, quizá dos, pero Jared sabe lo que tiene que pasar.

Rita pensó en el secreto que guardaba y decidió que era el momento de compartirlo con su amiga. Respiró hondo para armarse de valor.

—Donna, tengo que contarte algo. No sé cómo afectará a la decisión de Jared, pero... —Le contó a Donna la revelación de Alfred y la reacción del señor Kane ante su acusación. No se dejó nada. Ni siquiera la mujer que había conocido al señor Kane.

—¿No viste la cara de la mujer?

Rita negó con la cabeza.

—Ya estaba oscureciendo y estaban lejos. Ella corrió cuando nos oyó hablar.

—Si pudiéramos averiguar quién es la mujer, podríamos usar eso para obligar al señor Kane a confesar.

—Pero ¿cómo lo hacemos sin andar a escondidas y sospechar de todas las mujeres de la caravana?

Donna resopló.

—Bueno, a mí no me mires.

Solo pensarlo hizo reír a Rita.

—Créeme, ni se me ha pasado por la cabeza.

—Rita, mira a Alfred.

Rita siguió su mirada y la compasión le apretó el corazón. Alfred caminaba a unos dos metros detrás del vagón de los Kane, donde estaba atado Wolf. Hablaba con el animal, pero siguiendo las instrucciones del Sr. Kane se mantenía lo suficientemente lejos como para que no se le pudiera acusar de desobediencia.

—Y dicen que es un tonto —señaló Donna con una risa—. A mí me parece que ha encontrado la manera de burlar la orden del Sr. Kane.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Rita.

—Aun así, es muy triste.

—Hablaré con Jared. Pero puede ser tan terco que no puedo prometerte que creerá a Alfred sobre el señor Kane, y aunque lo haga, puede que no se sienta con derecho a interferir.

—Lo entiendo. —Rita no apartó la vista de Alfred. Cuando un caballo se acercó al chico, frunció el ceño—. ¿Qué hace Johnny?

El hermano de Donna cabalgaba junto a Alfred. Le dijo algo al chico, frenó su caballo y Alfred se subió detrás de él. Una amplia sonrisa iluminó el rostro redondo de Alfred y saludó con la mano como si estuviera en un desfile.

—¿Has visto eso? —murmuró Rita—. ¿Quién hubiera imaginado que Johnny podía ser tan dulce?

—Ni me lo digas —replicó Donna—. Supongo que ambos sienten debilidad por los animales.

Es algo que tienen en común.

—Bueno, al menos montar detrás de Johnny le dará a Alfred algo en qué pensar durante un rato.

—Mientras tanto, haré todo lo posible para evitar que sacrifiquen a ese cachorro.

Charles observó a su hijo encaramarse a la grupa del imponente caballo, justo detrás de Johnny Kinston. Una punzada de inquietud le atravesó el pecho, pero al ver la amplia sonrisa en el rostro de Alfred, no pudo evitar devolverla, convencido de que todo saldría bien. Hacía tiempo que el niño no disfrutaba de un momento de auténtica felicidad. ¿Qué daño podía hacerle una simple cabalgata con un amigo?

La culpa lo carcomía. Se reprochaba haber sentido vergüenza de su propio hijo durante tantos años. O quizá no era vergüenza, sino la amarga decepción de asumir que nunca sería el muchacho

que había imaginado. Ese hijo fuerte y dispuesto a trabajar a su lado, que labraría la tierra, cosecharía a su ritmo, se casaría un día y traería a su esposa a vivir en las tierras heredadas. Todos aquellos sueños que había albergado con ilusión... ninguno se cumpliría. La decepción le había pesado más de lo que quería admitir. Y solo ahora entendía cuánto daño había causado su egoísmo. Su familia había pagado el precio. ¿Sería posible reparar tantos errores?

Tensó las riendas con fuerza mientras los bueyes luchaban por avanzar entre las rocas. Al alzar la vista de nuevo, distinguió a la señora Kane caminando junto a su carreta, observándolo con una expresión que no supo interpretar. ¿Qué le preocupaba?

—Buenos días, señora —saludó, con un leve movimiento de cabeza.

Ella dirigió una mirada fugaz hacia la carreta donde su marido guiaba su propio tiro, y luego volvió a mirarlo a él, como si dudara si debía decirle algo.

—Escuche, quiero darle Wolf a Alfred. ¿Le importa?

—Pero yo pensaba...

—Lo sé. Sé que van a matarlo dentro de unos días, pero creo que si pertenece a Alfred, nadie tendrá el corazón para hacerlo.

Ah, así que tenía un motivo oculto. Charles se puso en guardia. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Quizá sí, quizá no. —Desde que Alfred era un bebé, había sido víctima de crueldad, y no solo por parte de otros niños. Que él supiera, nadie había hecho nunca lo correcto solo para no herir los sentimientos del niño.

Ella le dedicó una sonrisa irónica.

—No crea que es por nobleza o porque solo pienso en el niño. No soporto la idea de perder a ese animal por una bala. Por mucho que me importe Alfred, ahora mismo es un medio para alcanzar un fin.

Una extraña admiración invadió a Charles ante su honestidad.

—No pensaba que estuviera siendo noble. No hay mucha gente que se preocupe por mi hijo. Pero me gusta la idea de mantener vivo a ese cachorro si podemos.

—¿Sabe, señor Harrison? No creía que quisiera a ese niño. Pero veo que sí y me alegro.

Ella sonrió, cálida como un día de primavera, y Charles se animó.

16

Tras una semana de lluvia y viento, el rastro de los cheyennes se había enfriado y Sam se alejaba cada vez más de la caravana. No sabía muy bien adónde ir, a pesar de que los dos granjeros le pedían consejo y seguridad a cada paso. Le recordaban a un par de niños que no sabían adónde ir.

—Hay un antiguo puesto comercial a unas seis millas de aquí —dijo señalando hacia el norte y el este—. Supongo que podríamos intentarlo. Los tramperos siguen bajando de las montañas, aunque ya no quedan muchos. Lo mejor que se me ocurre es que vayamos allí y preguntemos por ahí. Los indios no molestan demasiado a los puestos comerciales porque allí hacen sus propios negocios. Si Águila En picado y sus guerreros siguen en la zona, es probable que alguien los haya visto.

Tim asintió.

—Vamos, entonces. —En su voz se percibía una tensión que delataba que era consciente de que el tiempo se agotaba.

Sam deseaba con todas sus fuerzas poder ofrecerles esperanza, pero estaba de acuerdo con la valoración tácita del hombre. A menos que consiguieran información en el puesto comercial, había pocas posibilidades de encontrar a los cautivos.

Tardaron casi todo el día en recorrer las seis millas. Aunque, afortunadamente, había dejado de llover, los caballos tenían dificultades para mantener el equilibrio en el barro y avanzaban casi tan lentamente como en carreta. Sam notaba que Brian y Tim estaban cada vez más frustrados por el ritmo.

Afortunadamente, la cabaña se alzaba ante ellos, deteriorada por el tiempo y sin parecer muy resistente, pero el humo que salía de la chimenea era un alivio, ya que Sam no estaba del todo seguro de que el lugar aún existiera. Desmontaron y ataron los caballos al poste que había delante del edificio.

Dentro, el olor era tan fuerte que habría derribado a un hombre al suelo. Entre las pieles, el humo del tabaco y el sudor y el cuero, el lugar necesitaba aire fresco.

El canoso montañés propietario del lugar los miró cuando entraron. Los evaluó sin decir nada. Sus pieles de ante sucias apestaban y Sam luchó por no taparse la nariz para evitar el hedor.

Un rápido vistazo a la sala reveló a un veterano de una sola pierna sentado en un barril de pepinillos, tallando un trozo de madera. En un rincón estaba sentada una mujer india, probablemente más joven que Donna, si Sam tenía que adivinar. Levantó la vista, lo miró sin aparente interés y volvió a su costura.

Sam inclinó la cabeza hacia el hombre.

—Buenas tardes.

El hombre de rostro tupido asintió con la cabeza.

—¿Qué os trae por estos lares?

Timothy empezó a dar un paso adelante, pero Sam lo detuvo. Si Águila En picado era un cliente habitual, el propietario no iba a dar información a tres desconocidos sin obtener algún beneficio a cambio.

—Estamos buscando a un jefe guerrero cheyenne. Águila En picado. ¿Ha oído hablar de él? —Sam vio por el movimiento de los ojos del hombre que sabía exactamente de quién estaba hablando. Y, a juzgar por el miedo que se reflejaba en su mirada, no iba a ser fácil sonsacarle la información que necesitaban desesperadamente.

—No estoy en el negocio de que me arranquen la cabellera.

Sam esbozó una breve sonrisa.

—Lo entiendo. —Echó un vistazo a su alrededor—. Me vendría bien un cuchillo como ese.

—Podría comprar toda la maldita tienda y no le serviría de nada.

Un movimiento en la esquina llamó la atención de Sam: la india se había levantado. Sam se fijó en su vientre protuberante mientras se dirigía a una habitación trasera.

El comerciante no le prestó atención, sino que mantuvo la mirada fija en los tres.

—¿Todavía quiere ese cuchillo?

Brian se tensó y Sam supo que ya no podía contener al joven impulsivo. Ni siquiera se molestó en intentarlo.

—Mire, señor. Ese piel roja se llevó a mi hermana y yo pienso recuperarla. Será mejor que empiece a hablar.

—Bueno, señores. Lamento mucho sus problemas, pero tengo los míos propios. Váyanse y podremos separarnos como amigos.

—¿Amigos? —Tim se colocó hombro con hombro junto al otro hombre. Juntos formaban una imagen imponente—. Ese salvaje mató a mi mujer y se llevó a mi hija, y me colgarán antes de que salga de aquí sin la información que hemos venido a buscar.

El hombre los miró con los ojos entrecerrados y, antes de que moviera un músculo, Sam supo lo que iba a pasar. En un instante, el comerciante sacó una escopeta de debajo del mostrador y apuntó directamente al pecho de Tim.

—No se lo voy a repetir. No vendo información que me vaya a costar la vida. Lárguese de aquí. Si vuelve, no saldrá con vida.

Sam vio que ambos hombres estaban sopesando la posibilidad de reducir al comerciante. Quizá lo hubieran intentado, pero el anciano al otro lado de la habitación sacó su propio rifle.

—Hacer lo que dice mi hijo, muchachos. Yo no tengo tanta paciencia como él.

Una pistola ya era suficiente. Dos los matarían a los tres antes de que pudieran sacar sus armas.

—Vamos, muchachos, —dijo Sam, agarrando a cada uno por el hombro y ejerciendo la presión suficiente para que dejaran de pensar en una locura.

Por fin, los dos hombres parecieron comprender la gravedad de la situación. Retrocedieron lentamente hacia la puerta y lograron salir sin una bala en el corazón. Sam montó en su caballo con una plegaria de agradecimiento y abrió camino por un sendero empinado y rocoso.

Los tres hombres permanecieron en silencio durante casi media hora, hasta que Tim rompió el silencio con voz temblorosa de ira.

—¿Y ahora qué?

Sam no estaba seguro. Pero de lo que sí estaba seguro era de que el comerciante sabía dónde se escondía el jefe guerrero cheyenne. Pero era imposible que fuera a hablar pronto.

—Águila En picado está cerca.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Brian.

—Ese comerciante sabía perfectamente dónde estaban —gruñó Sam, clavando la mirada en el horizonte—. No se sorprendió ni un segundo al oír hablar de los cautivos. Eso solo puede significar que los indios se lo contaron... o que los vio con sus propios ojos.

—Ese miserable... ¿vio a mi hermana y no movió un dedo para ayudarla? —La rabia chispeaba en los ojos de Brian, y sus manos temblaban al aferrarse a las riendas—. Estoy a punto de...

Se giró de golpe, listo para regresar, pero Sam espoleó su caballo y se interpuso en su camino.

—No sea insensato. Si vuelve, lo matarán antes siquiera de tocar el suelo.

—¿Y qué se supone que debemos hacer entonces? —La voz de Tim era un eco desesperado, que reflejaba la misma angustia

marcada en el rostro de Brian.

Él también se debatía entre la impotencia y el deber, pero rendirse no era una opción. Tenían que seguir adelante, aunque el camino fuese incierto y el desenlace doloroso.

Justo cuando iba a proponer dirigirse hacia el oeste, el ruido de pasos apresurados irrumpió entre los árboles. Sam alzó un dedo para pedir silencio. Brian y Tim desenvainaron sus armas, tensos.

Sam levantó un brazo, indicando que esperaran.

Una figura emergió de entre los arbustos. Era la joven india del puesto comercial. Corría con el rostro pálido y desencajado por el terror. Jadeaba con fuerza, una mano apoyada en su vientre mientras se acercaba tambaleante. Se lanzó hacia Sam, tomó las riendas de su caballo y, con un inglés impecable, empezó a hablar.

—Llévenme con ustedes. Se lo ruego.

—Vuelve con tu hombre, india —gruñó Tim.

Sam hizo un gesto con la mano para que el hombre se callara.

—Espere. Deje que la mujer hable.

Sam desmontó, sacó su cantimplora de la silla de montar y se la ofreció. La gratitud se apoderó de los rasgos de la mujer, que tomó la cantimplora, bebió profundamente y se la devolvió a Sam. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Si me lleva con usted, le mostraré el campamento de Águila En picado.

—Miente —el odio de Tim lo invadió todo.

Brian se inclinó hacia delante.

—¿Has visto a los cautivos?

Ella asintió con la cabeza.

—Hace dos días. Una partida de guerreros cheyennes se detuvo en el puesto comercial. Intercambiaron whisky y armas.

Sam se alarmó.

—¿Qué les dieron a cambio?

—Caballos y pieles. —Apartó la mirada, lo que aumentó la preocupación de Sam.

—¿Eso es todo?

—Dos niños.

—¿Había una niña pelirroja? —preguntó Tim, con pánico en su voz.

—Águila En picado no se desprendió de esa niña. Es un regalo para su hermana, que perdió a una hija el invierno pasado por una enfermedad.

—¡Por encima de mi cadáver! —gruñó Timothy—. Es mi pequeña Janey. —Saltó de la silla de montar y agarró a la mujer por el brazo antes de que Sam pudiera intervenir—. Dime dónde está el campamento cheyenne o te haré cosas peores que las que te ha hecho tu hombre.

Sam estaba a punto de intervenir, pero Brian se le adelantó.

—Déjela —ordenó con firmeza—. Ella no tiene la culpa de lo que ha hecho ese malvado comerciante.

—¿Qué van a hacer con los niños?

El rostro de la joven se nubló.

—Cuando los pawnee vengan a comerciar, los venderá a cambio de protección.

Sam dejó escapar un hondo suspiro.

—Los niños se convertirían en esclavos.

Ella asintió.

—Si los capturaran los cheyennes o los sioux, pasarían a formar parte de la tribu. Pero no es así con los pawnee.

—¿Cuándo vendrán los pawnee a comerciar?

—Vienen cada luna nueva.

Tres días. No queda mucho tiempo.

—¿Cuántos días se tarda en llegar al campamento cheyenne?

—¿Me llevarás con ustedes?

—¡Dinos! —gruñó Tim, avanzando amenazadoramente de nuevo. Sam lo interceptó.

—Si vuelve a amenazar a esta mujer, no le permitiré que siga cabalgando con nosotros.

Tim se sumió en un silencio furioso y se retiró a su caballo.

El alivio se dibujó en el rostro de la joven.

—Me llamo Pájaro Amarillo. Soy sioux dakota. Mi padre fue engañado por Orlan, el comerciante. Prometió que me cuidaría, pero solo ha sido cruel. Dice que venderá a mi hijo a los pawnee cuando lleguen. No puedo seguir con él. ¿Me permitirán acompañarlos?

—¿Por qué no regresa con los suyos? —preguntó Brian.

Su rostro se ensombreció.

—No puedo volver en desgracia. Mi padre es un gran jefe. Mi presencia lo avergonzaría.

Sam se compadeció de ella y tomó una rápida decisión.

—Puede venir con nosotros.

—Más vale que sepa dónde está el campamento —murmuró Tim.

—Tiene mi palabra —respondió ella con voz tranquila, que pareció ablandar un poco al hombre. Este tragó saliva y asintió brevemente con la cabeza.

—Puedes montar conmigo —indicó Sam, subiéndose a la silla y tendiéndole la mano a la mujer.

—Señorita —preguntó Brian, acercando su caballo al de Sam—. ¿Ha visto a una mujer adulta con los indios? Mi hermana era la única

mujer que se llevaron.

Pájaro Amarillo asintió.

—Estaba con los cheyennes.

—¿Estaba...? —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo...?

Pájaro Amarillo le puso la mano en el brazo al hombre.

—Han tratado bien a su hermana. No la han violado.

El rostro de Brian se descompuso y Sam pensó que se caería del caballo, tal era su alivio.

—Oh, Dios. Gracias, gracias.

—Sin embargo, debe recuperarla rápidamente. Es una joven encantadora y pronto se convertirá en la esposa de un guerrero. Si no llega primero, será demasiado tarde para negociar su liberación.

Al instante, la actitud de Brian cambió y se puso serio.

—Entonces, vamos.



Rita no podía evitar mantener la mirada fija en el horizonte, buscando el regreso de Sam. A medida que pasaban los días, se convencía cada vez más de que, con un poco de ánimo, él podría darse cuenta de que ella podía ser una buena esposa, sin importar su pasado. Pero entonces siempre le invadía la culpa. Él tenía sus convicciones, ¿no? ¿Qué clase de mujer intentaría a sabiendas hacer que un hombre fuera en contra de lo que realmente creía que era correcto?

Incluso cuando aceptó el hecho de que nunca le pertenecería, sentía su ausencia tan grande que le dolía. Su presencia era irremplazable.

Grant Kelley había ocupado el lugar de Sam como jefe de exploradores por el momento. Lo cual, por supuesto, enfureció a

Jodie, que se consideraba mejor rastreadora.

—Es porque soy mujer —se quejó mientras cenaba un guiso de conejo caliente.

—Jared dice que Grant tiene más experiencia.

—¿Y tú te lo crees?

Rita sabía que no debía decir que sí, así que optó por la salida cobarde y se encogió de hombros.

—Yo no soy una autoridad en rastreo.

—Pues yo sí. Y créeme, ese Grant Kelley es tan novato como un bebé recién nacido. Y no me importa quién me oiga decirlo.

Rita podía imaginarse perfectamente que la joven decía la verdad sobre que no le importaba quién la oyera. Había demostrado ser una impulsiva y una bocazas, y la mayoría de la gente de la caravana la evitaba.

A decir verdad, según Donna, la única razón por la que Jodie podía permanecer en el equipo de rastreo era porque Grant había intercedido por ella. Jared estaba decidido a destinarla a las tareas domésticas después de que, por última vez, no reconociera las huellas de tres ciervos y los espantara, lo que obligó a la caravana a prescindir de carne fresca por quinta noche consecutiva. Definitivamente no era muy popular, hasta que desobedeció las estrictas órdenes de Jared de que nadie abandonara el campamento solo y fue en busca de los animales, los rastreó y trajo a casa una cierva y un ciervo, redimiéndose así ante los ojos de todos. Incluso Jared, que le gruñó por desobedecer sus órdenes, aceptó la petición de Grant de que la chica siguiera montando como exploradora.

Rita se preguntaba por qué Grant siempre parecía ponerse del lado de Jodie. La observaba de cerca, pero no necesariamente con los ojos de un hombre enamorado. De hecho, la mayor parte del tiempo tenía el ceño fruncido, con expresión de desconcierto. Rita siempre se había considerado una buena juzgadora de las intenciones de los hombres, pero Grant Kelley la confundía. No

estaba segura de adónde le llevaban sus pensamientos cuando miraba a Jodie.

La chica se oponía vehementemente a la idea de Grant como pretendiente, aunque Rita no tenía ni idea de por qué. Personalmente, pensaba que a la chica le vendría bien un hombre fuerte como Grant. Pero no era asunto suyo y, desde luego, no merecía la pena arriesgarse a ganarse la ira de Jodie. Así que dejaría de sacar el tema.

Jodie se limpió la boca con el dorso de la mano y se bebió el último sorbo de café.

—Estaba muy bueno, Rita.

—Me alegro de que te haya gustado. —La tarde de verano era un poco cálida para encender un fuego, y muchos habían decidido prescindir de sus fogatas personales y conformarse con las sobras frías de la noche anterior, pero Rita sabía que Jodie no soportaba la comida fría que se suponía que debía estar caliente, ni la comida caliente que debía estar fría, así que decidió aguantar el calor.

—¿No estaría bien que soplara un poco de brisa? —preguntó Rita.

—Jared dice que deberíamos llegar al Paso Sur en una semana más o menos y que las noches serán muy frías.

—Bien. Al menos, si hace frío, podemos acurrucarnos junto al fuego o cubrirnos con una manta. Cuando hace calor, no hay nada que hacer salvo sudar.

—Podríamos ir a nadar —sugirió Jodie. Entonces se le iluminaron los ojos. Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Rita, vamos a nadar.

—No nos dejan.

—Tonterías. ¿Por qué esos hombres siempre creen que pueden decirnos lo que tenemos que hacer? —Mojó el plato en el agua sucia, lo fregó un poco y lo secó con una toalla seca—. Yo voy a nadar. ¿Vienes?

—Por supuesto que no. —Rita frunció el ceño a su compañera —. Y tú tampoco puedes. Te meterás en problemas.

—Jared Larson no es mi padre. —Le lanzó una mirada beligerante—. ¿Qué va a hacer? ¿Llevarme al cobertizo para azotarme?

Los labios de Rita se crisparon y, a pesar de su buen juicio, no pudo evitar imaginar las suaves aguas del arroyo a solo unos metros de distancia.

—Nos pillarán.

—Venga ya. A mí todavía no me ha pillado nadie. —Jodie sonrió y se inclinó hacia ella—. Caminaremos un kilómetro y medio río arriba. Volveremos antes de que nadie se dé cuenta de que hemos salido.

Solo un momento de vacilación detuvo a Rita. Entonces, una brisa cálida sopló sobre ella, avivando la llama del verano y enviando una oleada de calor por su espina dorsal.

—Está bien, cuenta conmigo.

Jodie le dio una palmada en el muslo.

—¡Así me gusta! Nos iremos dentro de una hora, cuando se calme todo en el campamento. Voy a ver cómo están los animales.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Rita mientras veía a la chica alejarse del campamento para asegurarse de que todos los animales estaban presentes. Se puso a recoger los platos de la cena. Una vez terminada la tarea, cogió una taza de café recién hecho, se acomodó en la lengüeta de su carro y esperó a Jodie.

Justo cuando empezaba a preguntarse si su amiga iba a volver, Amanda Kane se acercó al campamento.

—No te molesto, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Rita, levantándose y cogiendo una taza limpia—. ¿Quieres un poco de café?

Amanda se abanicó con la mano abierta.

—Dios mío, no. Hace demasiado calor.

—Supongo —dijo Rita, volviendo a sentarse en la parte trasera de la carreta e invitando a su nueva amiga a que se uniera a ella.

—Gracias. —Apartó la falda y se sentó.

—¿Qué te trae por aquí esta noche? —preguntó Rita. Se preguntaba si Amanda sabía que su marido estaba tonteando con otra mujer. Pero supuso que no eran tan íntimas como para sacar el tema. Aunque seguía atenta, con la esperanza de descubrir la identidad de la mujer en cuestión, no iba a ser ella quien le hablara a Amanda de la infidelidad.

—Oh, nada en particular, supongo. Las tardes son muy solitarias desde que se fue Becca.

—Lo siento. Me imagino tu dolor.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas tan rápidamente que Rita se vio sorprendida.

—¿Sabes qué es lo peor?

Negando con la cabeza, Rita extendió la mano y tomó la de Amanda. La mujer se aferró a ella, casi con dolor.

—Mi marido es un sinvergüenza.

Rita tragó saliva.

—¿Qué quieres decir?

—Está rompiendo nuestros votos matrimoniales. —Las lágrimas de Amanda se detuvieron y una chispa de ira sustituyó a la tristeza —. Con otra mujer.

—¿Estás segura?

—Una esposa lo sabe. —Se golpeó el pecho—. No puede engañarme. Y no creo que lo esté intentando. Es casi como si quisiera que lo descubriera.

—¿Con qué propósito, Amanda?

Un encogimiento de hombros levantó los huesos que se habían vuelto aún más prominentes desde la muerte de su hija.

—No estoy segura. Él debería saber que no deshonraré a Dios ni a mi familia con un divorcio. —Se estremeció— ¿Te imaginas la paria en que me convertiría en la sociedad educada?

La pregunta le pareció graciosa a Rita y soltó una breve carcajada.

—Me lo imagino perfectamente.

Amanda abrió mucho los ojos y dio un grito ahogado.

—Por el amor de Dios. Lo siento, Rita. No lo había pensado.

Jodie eligió ese momento para entrar tambaleándose en el campamento. Miró a Amanda con impaciencia mal disimulada. Amanda pareció darse cuenta de que ya no era bienvenida. Se puso de pie.

—Supongo que me iré a dormir.

Rita le puso una mano en el brazo y frunció el ceño a Jodie. Sinceramente, había que llamar la atención a la chica por su descortesía.

—Vamos a ir a nadar —susurró en voz baja.

Jodie gruñó.

—¡Por qué no se lo dices a toda la caravana!

—Calla, Jodie. Amanda no va a decir nada.

—Claro que no. —La mujer esbozó una sonrisa—. Especialmente si me invitas a ir contigo.

Rita sonrió y asintió.

—Justo iba a hacerlo.

—Por el amor de Dios —resopló Jodie—. Solo asegúrate de no decírselo a nadie más.

Amanda sonrió a Jodie, sin parecer ofendida en absoluto por su actitud hosca.

—Tienes mi palabra.

—Vamos, entonces.

17

Sam se habría dado una patada por haber sido detectado tan fácilmente por los centinelas cheyennes. A pesar de la oscuridad, no habían conseguido acercarse a menos de cinco millas de la aldea sin ser vistos y capturados. Ahora los tres hombres y Pájaro Amarillo eran escoltados hacia la aldea, rodeados por lo que parecía ser toda la tribu. Les habían quitado las armas, pero les permitieron permanecer libres y montados en sus caballos. Aquella cortesía le dio a Sam motivos para albergar la esperanza de salir con vida de allí.

Niños casi desnudos los seguían a la luz de las antorchas, al igual que mujeres de mirada curiosa. Pero nadie se acercó a ellos, para gran alivio de Sam. Quizás los indios no los consideraban enemigos. Rezaba para que Brian y Tim supieran mantener la cabeza fría.

Los guardias los detuvieron frente a un tipi pintado y les ordenaron desmontar. Sam sabía que era la morada de un jefe. Y tenía una idea bastante clara de a qué jefe iban a enfrentarse.

Percibió cómo Tim se tensaba cuando Águila En Picado salió de la vivienda. El jefe guerrero era aún más imponente de cerca que de lejos. Sam no pudo evitar admirar su presencia: los hombros erguidos, el rostro tallado en piedra. Su mirada descendió hasta el brazo del indio. Rita tenía razón. La herida que cicatrizaba era muy similar a la que él mismo llevaba en el pecho.

El guerrero lo miró, y sus ojos se movieron apenas, sabiendo perfectamente qué había llamado la atención de Sam.

—¿Han venido a comerciar?

—Han capturado a una mujer y a cuatro niños —replicó, señalando a Brian—. La mujer es la hermana de este hombre.

Tim dio un paso al frente, con voz firme y tono acerado:

—Devuélvame a mi pequeña.

La amenaza en sus palabras era inconfundible. Los guerreros cercanos se tensaron, listos para intervenir.

—¡Papá! —El grito atravesó el aire. Tim se dio la vuelta. La pequeña pelirroja se había liberado de su captora, una mujer india que llevaba un vestido de cuentas hecho con piel de ciervo.

—¡Janey! —Timothy corrió hacia su hija, pero fue atrapar por dos guerreros corpulentos. Lo tiraron al suelo con rudeza. Se debatió y luchó hasta que lo redujeron. Uno de los guerreros le puso un cuchillo en la garganta.

—¡Papá! No le hagáis daño, por favor. Por favor, no le hagáis daño a mi papá.

La mujer india cogió a Janey con delicadeza. Le habló en su lengua india en voz baja. La niña, obviamente, no entendía ni una palabra, pero no dejó de forcejear con la mujer.

—¡Suéltame! ¡Quiero ir con mi papá!

Águila En picado miró a Tim con ira.

—¿No tienes ningún respeto por la aldea cheyenne?

—Jefe Águila En Picado —intervino Sam con voz serena—. Este hombre guarda luto por su esposa... y ahora por su hija. No ha querido faltaros al respeto.

El indio clavó los ojos en Tim, luego dio una orden tajante en su lengua. Los guerreros que lo rodeaban guardaron sus cuchillos y lo pusieron en pie de un tirón.

Los gritos de Janey aún se oían desde algún punto dentro de un tipi, y Sam sabía que Tim necesitaba reunir todas sus fuerzas

para no intentar abrirse paso entre la multitud en busca de su hija. Por fortuna, la razón pareció imponerse al impulso. Permaneció inmóvil, con la mirada fija al frente, entre los dos guerreros que habían recibido órdenes de vigilarlo. Era lo mejor. Sam lo sabía bien: si Tim hacía un solo movimiento en falso, ni sus palabras ni sus actos lograrían salvarlo. No vería el amanecer.

Águila En Picado volvió sus ojos hacia Sam, y lo escudriñó con una intensidad que traspasaba la carne.

—¿No eres blanco?

—Mi padre lo era. Mi madre era sioux.

—¿Elegiste el mundo del hombre blanco? —preguntó con desdén.

—Mi madre abandonó a su pueblo antes de que yo alcanzara la madurez. No fue una elección. No fue mi decisión.

—Ven. Hablaremos de un intercambio.

El jefe se volvió y entró en el tipi.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Brian.

Sam apoyó una mano firme en su brazo.

—Estás demasiado alterado. Quédate aquí... e intenta mantener tranquilo a Tim.

—Dales lo que quieran a cambio de mi hermana. ¿Me oyes?

Sam no respondió. Una sospecha amarga le atravesó el pensamiento: aquella elaborada captura quizá tenía un solo propósito. El deseo del jefe guerrero por la mujer que él amaba.

Rita y Amanda siguieron a Jodie río abajo hasta alejarse lo suficiente del campamento como para que nadie pudiera oírlas ni verlas. El camino bajo el calor les arrancó más de un suspiro, y ninguna dudó

en despojarse de la ropa hasta quedar completamente desnuda. Una al lado de la otra, se adentraron en las aguas frescas, agradecidas por el alivio.

—¿No te alegras de que te propusiera darte un baño? —Jodie, tan modesta como siempre, se zambulló de golpe y salió salpicando por todas partes, escupiendo el agua con una carcajada.

—Claro que sí —rió Amanda—. No recuerdo la última vez que nadé de noche. De hecho, creo que nunca lo había hecho bajo la luna. —Respiró hondo y estiró los brazos, contemplando el cielo estrellado.

—Bueno, tampoco es para tanto —gruñó Jodie.

Rita, que flotaba boca arriba, contemplaba también la luna creciente.

—Dentro de un par de días será luna nueva, ¿verdad?

—Sí —asintió Amanda—. Siempre me ha gustado el inicio del ciclo lunar. Me encantan los comienzos.

—Yo prefiero la luz de la luna llena —replicó Jodie—. Esta ni siquiera merece que la mires.

—Yo solo estoy feliz de poder refrescarme —dijo Rita. Aquella era una noche para relajarse y decir tonterías. Sospechaba que Amanda compartía el sentimiento.

De pronto, Jodie se tensó. Miró hacia la orilla, alerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Rita en voz baja.

—Shhh.

—¿Hay alguien ahí? —La voz de Amanda temblaba.

—¡He dicho que shhh!

—Lo siento…

Un crujido interrumpió el silencio. Esta vez, Rita también lo oyó. El miedo le recorrió el cuerpo como una ráfaga helada.

Por favor, que no sea Águila…

Jodie entrecerró los ojos, fijando la vista en la orilla. Se quedó completamente inmóvil, y de pronto jadeó.

—Un oso.

—¿Qué? —siseó Rita.

—Un oso —repitió en un susurro—. Debe de haber olido nuestra ropa.

Rita frunció el ceño con fastidio.

—Tu ropa, querrás decir. Espero que esto te sirva para entender que hay que bañarse con regularidad.

—No es momento para sermones. No te comportes como si fueras mi madre.

—¿Queréis dejar de discutir antes de que decida venir a por nosotras?

El oso seguía husmeando en la orilla.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Amanda en voz apenas audible.

—¿Qué crees, idiota? —le murmuró Jodie—. Buscando comida. Y cree que la hay en nuestra ropa.

Pasaron unos minutos y pareció que el oso se iba a marchar. Rita empezó a respirar con más tranquilidad.

—Gracias al cielo —susurró, justo cuando la bestia se dejó caer al suelo y se dio la vuelta.

Amanda soltó un quejido ahogado.

—Cielos misericordiosos… No se va a ir. ¿Crees que nos está esperando?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—¿Nunca puedes ser agradable? —El tono de Amanda destilaba fastidio—. Te juro que con esa actitud hosca no te vas a

ganar ningún amigo.

—¿Quién dice que quiero amigos? —replicó Jodie—. Aparte de Rita, claro.

—¿Por qué no dejáis esta discusión para otra ocasión?

Amanda suspiró y se estremeció.

—Oh, da igual. Si conseguimos volver al campamento con vida, propongo que lo dejemos pasar.

—Por mí, perfecto —zanjó Jodie.

El oso rodó sobre un costado y dejó escapar un largo gemido de satisfacción.

—Parece que nos espera una larga noche.

—No creerás que hay serpientes aquí, ¿verdad? —preguntó Amanda con un temblor en la voz.

Jodie giró la cabeza para mirarla.

—¿Tú qué crees?

—Oh, Dios mío… —El miedo le subió a la garganta—. Odio las serpientes. Tengo que salir de aquí.

—¿Prefieres que te devore un oso?

—¿Y por qué no salimos por el otro lado?

—Esa criatura tiene nuestra ropa —contestó Jodie, y Rita empezaba a preguntarse si de verdad era incapaz de mostrarse amable con Amanda—. ¿Quieres entrar desnuda en el campamento?

Rita prefería el agua, las serpientes… incluso el oso, antes que pasearse desnuda por cualquier parte.

—No voy a ir a ningún sitio sin mi ropa.

Jodie asintió con la cabeza.

—Yo tampoco.

Dos horas más tarde, no estaban más cerca de salir del río que cuando el oso apareció. Tenían la piel arrugada, los cuerpos helados y temblaban mientras la temperatura del agua seguía descendiendo. Y el oso seguía ahí, vigilante. Como si esperara a que se rindieran y se convirtieran en su cena.

—Empiezo a pensar que esa alimaña va a esperar a que nos agotemos —murmuró Jodie con una mezcla de ira y miedo.

Los dientes de Amanda castañeteaban.

—Tenemos que salir del agua o moriremos de frío.

Jodie resopló:

—Si salimos del agua, moriremos de todos modos.

—Shhh —advirtió Rita—. Oigo a alguien hablando ahí fuera.

—¿Estás segura? —frunció el ceño Jodie—. Yo no oigo nada.

Amanda ladeó la cabeza.

—Yo sí —susurró—. Hay alguien ahí fuera.

—Por el amor de Dios —estalló Jodie—. ¿Quién es la exploradora aquí? Si hubiera alguien, ¿no crees que sería yo la que...?

—¡Os voy a matar! —gritó de pronto una voz masculina, seguida por un chillido desgarrador de mujer que rasgó el aire veraniego.

El grito de pánico que llegaba desde la orilla acalló de golpe la indignación de Jodie.

—¡Al agua, idiotas! —exclamó.

Sin esperar otra orden, dos figuras oscuras se zambulleron en el río. El oso se quedó en la orilla, contemplando el agua. Rita contuvo la respiración, imaginando al animal decidiendo si valía la pena lanzarse tras ellas.

La bestia se alzó sobre sus patas traseras y soltó un gruñido aterrador. Luego, tan rápido como había aparecido, se dio la vuelta y

se alejó a zancadas.

El alivio fue palpable. Las tres mujeres se volvieron hacia los nuevos participantes en su aventura.

—¿Es usted, señor Kane?

—¿Cómo es que está aquí con mi marido? —La voz gélida de Amanda se dirigía a la mujer que temblaba en brazos del señor Kane.

Rita se quedó paralizada al reconocerla.

—¿Lucille Adams?

Jodie dejó escapar un gemido.

—Dios mío…



Tal y como Sam sospechaba, el jefe de guerra solo estaba interesado en un intercambio. Rita a cambio del resto de los cautivos que aún permanecían en su campamento.

—No intercambiamos una persona por otra —señaló Sam—. La señorita Rodden ha dejado claro que no desea ser su mujer.

Una mueca de desprecio torció los labios del jefe de guerra.

—¿Permitirías que una mujer provocara una guerra entre nosotros?

—¿Tú lo harías?

El indio lo miró de arriba abajo y se quedó sentado en silencio durante un momento. Sam respetó el silencio. Sabía que Águila En picado tenía algo más en mente, de lo contrario lo habría despedido.

Solo tuvo que esperar un par de minutos antes de que Águila En picado hablara.

—Mi madre era una gran curandera.

Sam permaneció inmóvil mientras el guerrero iba al grano.

—Cuando yo era solo un niño, el gran Águila le concedió una visión sobre mí. Esta visión predijo mis numerosas victorias en la batalla.

El jefe habló con un toque de orgullo. Sam sabía que lo mejor era alimentar el ego del indio.

—Águila En picado es un gran jefe de guerra. Nadie discute ese hecho. Eres respetado entre los hombres blancos. —Respetado quizá fuera exagerado, pero los soldados sin duda se fijaban en Águila En picado cuando causaba estragos entre las caravanas que se dirigían al oeste.

La paciencia se estaba agotando y Sam pensó que los días del jefe de guerra cheyenne en el camino de la guerra estaban contados antes de que los soldados vinieran a por él. No le dejarían salirse con la suya por mucho más tiempo.

—La visión de mi madre también predijo el día en que los hombres blancos intentarían arrebatarnos nuestras tierras. Invadirían con carromatos. Matarían a los bisontes y expulsarían a los cheyennes de sus tierras. Yo solo lideraría a mi pueblo y a otras tribus de las llanuras contra estos blancos.

El indio hablaba con tal convicción que sus palabras helaban el alma de Sam. Águila En picado había conseguido suficientes victorias en batalla como para ser un enemigo formidable a pequeña escala. Si otras tribus se unían a los cheyennes y se unían a ellos en la guerra, la pérdida de vidas, tanto de indios como de colonos, sería devastadora.

—El hombre blanco no quiere la guerra —aseguró Sam, pero sus palabras cayeron en saco roto. Y con razón. Él mismo apenas se las creía—. La tierra es lo suficientemente grande como para dar cabida a todos, tanto a los indios como a los blancos.

—El hombre blanco no está interesado en compartir la tierra. Toma lo que no le pertenece y luego destruye todo lo que toca. —Se

golpeó el pecho desnudo y moreno—. Pero yo expulsaré al hombre blanco de nuestra tierra. Los atravesaremos como si fueran abscesos y drenaremos su enfermedad de nuestros bosques. —Se volvió hacia Sam, clavándole sus brillantes ojos negros en los de Sam—. La mujer blanca es la medicina que he estado esperando.

—¿Rita?

—La visión de mi madre predijo que una mujer blanca con el pelo del color de la nieve me daría la medicina que necesito para vencer al hombre blanco. Los espíritus la han enviado a mí.

Sam se sintió alarmado. El deseo era una cosa. La lujuria, podría haberla negociado, pero si Águila En picado realmente creía que Rita era la medicina que necesitaba para expulsar al hombre blanco de su tierra, no se detendría ante nada para poseerla.

No había nada más que decir. Sam solo rezaba para que el indio decidiera dejarlos salir de su campamento en paz. Tendrían que encontrar otra forma de rescatar a los demás cautivos.

18

-Por favor, no diga nada de esto. Me expulsarán —sollozaba Lucille, su voz quebrándose entre los árboles mientras regresaban al campamento.

Rita hizo todo lo posible por no darse la vuelta y abofetearla. Aquella mujer insensata había arruinado dos matrimonios y lo único que sabía hacer era llorar porque la habían descubierto.

—Si no se lo cuenta a su marido, lo haré yo —advirtió Jodie—. Por mí, se merece todo lo que le pase. —Señaló con el pulgar a Amanda—. Ha hecho daño a la mujer más amable de todo este grupo, salvo quizá Rita, y lo ha hecho por un hombre que no vale nada. Eso solo demuestra que no tiene cerebro.

Se acercó tanto a Lucille que Rita temió que la empujara con todo su peso. En lugar de eso, se quedó muy cerca, mirándola directamente a los ojos.

—Lárguese antes de que la tire al suelo.

Lucille, aún sollozando, corrió hacia la carreta que compartía con su esposo.

El señor Kane ni siquiera había intentado defender a su amante mientras Jodie la reprendía, y su cobardía disgustó aún más a Rita. Permanecía insolente, sin atisbo de remordimiento.

Amanda, la mujer agraviada, no pronunció palabra hasta que llegaron al carro de Rita. Entonces se volvió hacia ella.

—¿Puedo quedarme contigo?

—¿Esta noche? —preguntó Rita, desconcertada.

—Para siempre —respondió Amanda con un leve pero decidido movimiento de cabeza—. Voy a dejar a ese hombre.

—¡Claro que puede! —intervino Jodie por ambas—. Oh, bueno… si Rita está de acuerdo. No vas a obligar a esta mujer a volver con Kane, ¿verdad?

Rita odiaba verse envuelta en asuntos de matrimonio, pero dadas las circunstancias, ¿cómo podía rechazar a aquella pobre mujer?

—No te vas a quedar con una cualquiera, Mandy —bramó el señor Kane, sujetándola con fuerza por la muñeca—. Se razonable y vuelve al lugar que te corresponde.

Jodie dio un paso al frente, la ira destellando en su mirada.

—Ella estará donde le dé la gana. Así que suéltela. ¿Y quién ha llamado «cualquiera» a Rita?

—No se meta en lo que no le incumbe —replicó él—. Ocúpese de su propio hombre en lugar de intentar ser uno.

Soltó la muñeca de Amanda y se plantó ante Jodie, con el rostro descompuesto por la rabia. El corazón de Rita se aceleró; un nudo de miedo se le formó en el estómago.

Jodie no se inmutó.

—No le tengo miedo.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz de Grant Kelley retumbó en la oscuridad un segundo antes de que emergiera de las sombras, entrando en el círculo de luz de la hoguera.

—Nada que te importe —replicó Jodie con frialdad.

—Yo decido qué me importa y qué no —respondió Grant, dirigiendo la mirada al señor Kane—. ¿Hay algún problema, Kane?

Amanda habló, la tensión asomando en su tono:

—Rita y Jodie han tenido la amabilidad de permitirme compartir su carreta, y al señor Kane no le agrada.

—Tu lugar está conmigo, mujer. No voy a permitir que me dejes en ridículo.

—¡Kane!

Todos se giraron al oír el grito de un hombre. Curtis Adams apareció frente al señor Kane, con un cuchillo ensangrentado en la mano. Temblaba de pies a cabeza.

—Tú y mi esposa…

—No cometa una estupidez —advirtió Kane, con la vista fija en el arma.

El horror se apoderó de Rita, que no podía apartar los ojos del cuchillo.

—Señor Adams… —murmuró con voz temblorosa—. ¿Dónde está Lucille?

—En el infierno. Donde debe estar.

Jodie soltó un bufido ahogado.

—Será mejor que vaya a buscar a Jared.

—Espera, Jodie —la detuvo Grant, levantando una mano—. No sé qué está pasando aquí, pero por lo visto ya ha habido un asesinato.

Ya había sacado su revólver. Apuntó directamente a Curtis.

—Curtis, no querrá sumar otro a su cuenta, ¿verdad?

—Un hombre tiene derecho a vengar a su familia —jadeó Curtis, con los labios temblorosos y los dientes apretados. Respiraba con sacudidas incontrolables—. Mi Lucille nunca me habría traicionado si este hombre no la hubiera enredado.

El señor Kane, en su infinita estupidez, bufó, claramente con intención de provocar.

—Eso es lo que usted cree. Ella me miró con esos grandes ojos azules desde el primer instante. —Se volvió hacia el resto del grupo, evitando la mirada de Amanda—. No fue culpa mía. Esa mujer me sedujo, si quieren saber la verdad.

Curtis lanzó un gruñido gutural y se abalanzó sobre él antes de que nadie pudiera detenerlo. El grito de Amanda rasgó el aire cuando ambos hombres cayeron al suelo. Curtis se levantó de un salto y echó a correr.

Rita miró horrorizada al señor Kane. El cuchillo sobresalía de su pecho. Yacía sin vida, justo donde había caído.



Toda la caravana se tambaleó ante la noticia de la traición, el adulterio y el asesinato en el corazón mismo de la caravana. En ese momento, Jared deseó con todas sus fuerzas que Sam estuviera allí para ofrecer su consejo en medio de toda la confusión. A regañadientes, se colocó frente a las tres tumbas, pronunció unas palabras de gracia y rezó para que los tres estuvieran ante Jesús y no en otro lugar. Pero ¿quién era él para saber si se habían arrepentido antes de que la muerte los reclamara? Los dos sorprendidos en adulterio y el hombre que había acabado con sus vidas. Tres vidas destruidas y una mujer destrozada.

Curtis había huido antes de que Grant pudiera atraparlo y el disparo que se produjo segundos después reveló que se había suicidado.

Mientras varios hombres echaban tierra sobre las tumbas, el sombrío grupo cantaba «Amazing Grace». No había muchos dolientes. Muy pocos miembros de la caravana asistieron al funeral. Al fin y al cabo, ¿cómo podían dos adúlteros y un asesino merecer un entierro cristiano?

Jared no estaba necesariamente de acuerdo con esa valoración. Y cumplió con su deber como lo habría hecho independientemente de quién hubiera muerto.

Se notaba la ausencia de Amanda Kane. La pobre mujer finalmente había tenido suficiente. Había enterrado a tres hijos y había declarado que no fingiría sentir pena por la muerte de este hombre que había hecho de su vida un infierno. Jared había declarado que la carreta y las pertenencias de los Adams se venderían entre los viajeros y que todos los ingresos irían a parar a Amanda. Pero ella se había negado rotundamente. No quería nada de los Adams ni de su difunto marido. No era muy lógico, pero Jared pensaba que una mujer tenía derecho a ser tonta si así lo decidía.

A su lado, Donna sollozaba y se apretaba el pañuelo contra la nariz.

—Es un desperdicio, Jared —había dicho horas antes—. Todas esas vidas devastadas por el pecado. Un pecado sin sentido. ¿Por qué Lucille y el señor Kane se rebajaron tanto cuando tenían matrimonios perfectamente felices?

Jared no tenía ni idea. Nunca había visto un modelo de matrimonio que le sirviera. Y hasta hacía un par de meses, se había opuesto rotundamente a toda la institución. El hecho de haberse casado con Donna todavía le mareaba. Era un hombre afortunado, pero no por ello menos desconcertado.

Pasó el brazo alrededor de su esposa y la abrazó con fuerza. Su corazón se llenó de alegría cuando ella apoyó la cabeza en su hombro, comunicándole su amor, su confianza y su seguridad en su capacidad para mantenerla firme. Los dos permanecieron así mientras los demás asistentes comenzaban a abandonar el cementerio. A la luz de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, Jared había decidido dar por terminado el día. Mañana, el grupo de viajeros llegaría a la desembocadura del río Sweetwater y a Independence Rock. Eso debería levantarles el ánimo.

Amanda estaba más preocupada por Rita de lo que podía expresar. La mujer no dejaba de mirar el diario una y otra vez. ¿En qué demonios había pensado Jared al entregarle el diario de Lucille? ¿Qué podía haber escrito esa mujer que resultara de algún interés para aquella a quien tanto daño había hecho? Pero Amanda había decidido quedárselo.

—Quizá pueda entender lo que hicieron si lo leo con sus propias palabras.

Y así lo había hecho.

Las dos habían cabalgado juntas todo el día, y Amanda no había pronunciado una sola palabra. Era como si hubiera perdido por completo la capacidad de hablar. Ni siquiera respondía cuando Rita le dirigía la palabra; se limitaba a mirar aquellas páginas como si le fuera imposible apartar la vista.

De hecho, se sintió aliviada cuando Jodie se acercó con Tulip.

—¿Quieres descansar? —le preguntó—. Yo puedo conducir el carro si prefieres caminar.

—Sería estupendo. Gracias.

Jodie dirigió la mirada a Amanda.

—¿Y tú? ¿Quieres estirar las piernas un poco?

El silencio de Amanda no le gustó nada a la enérgica mujer.

—¡Amanda! ¡Reacciona!

—No te molestes —murmuró Rita con un suspiro—. Lleva así todo el día.

—Bueno, eso no está bien.

Antes de que Rita pudiera hacer nada, Jodie le arrebató el diario de las manos. Como si la hubieran arrancado de un trance, Amanda levantó la cabeza con un gesto indignado.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Recordarte cómo se comportan las personas educadas —replicó Jodie mientras guardaba el diario en el bolsillo de su chaqueta—. Te lo devolveré más tarde, después de que hayas dado un paseo con Rita.

La confusión nubló los ojos de Amanda.

—¿Quieres que dé un paseo?

—Por el amor de Dios... —espetó Jodie—. Sal del carro y sigue a Rita.

Con un leve chasquido de lengua, llevó su caballo hasta la parte trasera del vehículo.

—No pasa nada, Amanda —la tranquilizó Rita, tendiéndole la mano—. Déjame ayudarte a bajar.

Fingiendo una alegría que distaba mucho de lo que sentía, esbozó una sonrisa forzada.

—No sé tú, pero yo tengo el cuerpo como si fuera un solo gran moratón. Te juro que los últimos baches por los que hemos pasado tenían al menos medio metro de profundidad. Es un milagro que hayamos atravesado alguno sin romper una rueda.

Jodie regresó tras atar a Tulip a la parte trasera del carro.

—Disfrutar del paseo.

Rita asintió con gratitud.

—Gracias por el descanso, Jodie.

—No hay problema —respondió Grant al volver de explorar—. Llegaremos a Independence Rock en un par de horas. Podéis caminar todo lo que queráis hasta entonces.

Amanda respiró hondo.

—Esto es un alivio. No me había dado cuenta de lo rígidas que tenía las piernas.

Tampoco se había percatado de que no había pronunciado una sola palabra en horas. Pero Rita optó por no decir nada al respecto. En lugar de eso, deslizó el brazo por los hombros de su nueva amiga.

—Es fácil perder la noción del tiempo.

A decir verdad, la mujer seguía pareciendo aturdida, aunque ahora empezaba a emerger de aquel estado nebuloso, como si despertara de un sueño ligero. Rita lo había visto antes... pero no lograba recordar dónde.

Amanda giró la cabeza y fijó la mirada en el horizonte, con los ojos perdidos.

—Zach mató al pollo y se lo dio de comer a Wolfie.

—¿Lucille escribió eso en su diario?

Amanda asintió lentamente.

—Querían matar a Wolfie para que yo me volviera loca. Lucille estaba embarazada y creía que el bebé era de Zach.

Un nudo se formó en el estómago de Rita.

—¿Qué...? —Seguro que había oído mal.

—Al parecer, Zach la convenció de que la única manera de estar juntos y criar a su hijo era que yo desapareciera para siempre.

Negó con la cabeza, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Casi me volví loca cuando murió Jenny... Zach estaba convencido de que perder a la siguiente persona que amaba completaría mi locura.

—Oh, Amanda... Eso es una de las cosas más malvadas que he oído en mi vida.

—Supongo que el amor puede llevar a un hombre a hacer cosas terribles.

Una risa amarga escapó de la garganta de Rita.

—Créeme, lo que tu marido sentía por Lucille Adams no tenía nada que ver con el corazón.

—Entonces, ¿por qué me hizo algo tan atroz solo por estar con ella? ¿Solo porque sabía que jamás le daría el divorcio?

Rita se encogió de hombros con impotencia.

—Sam dice que, a veces, la dureza del camino y el dolor de la pérdida pueden enloquecer a un hombre... o a una mujer. Zach debía de estar medio loco de pena.

—Me pregunto por qué no mató él mismo al pobre Wolfie, en lugar de intentar poner a toda la caravana en su contra.

—Porque los cobardes nunca hacen el trabajo sucio por sí mismos —replicó Rita sin rodeos.

—Pensó que, con mi mente destrozada, podrían dejarme en el manicomio más cercano... y olvidarse de que alguna vez existí.

A Amanda le temblaban los labios.

—No tenía ni idea de lo fuerte que eres en realidad —murmuró Rita.

—Oh, Rita... Soy la mujer más débil del mundo. Después de que Jenny muriera en aquel tornado, sentí que me desvanecía una y otra vez. Lo curioso es que Lucille Adams venía todos los días a nuestra caravana. Se sentaba conmigo y me traía comida. Su amistad me sacó de ese lugar oscuro... hasta que Wolfie empezó a matar sus gallinas. Pero supongo que, para entonces, ella ya se había fijado en mi marido. Así que tramaron un plan para deshacerse de mí.

—Eso es... malvado. Perverso. Y... y... despreciable.

—Sí. Pero él es el que está muerto. Y su amante también.

Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios pálidos.

—Pero Wolfie sigue vivo. Y yo estoy cuerda. Así que, después de todo... supongo que hay algo de justicia en este mundo.

Sus palabras hicieron que un escalofrío recorriera la espalda de Rita. Al mirar los ojos entrecerrados de Amanda, no estaba del todo convencida de su cordura.



Sam se arrepentía profundamente de haberles revelado a los dos hombres las condiciones para recuperar a los cautivos. Ninguno lo había dicho en voz alta, pero podía ver cómo sus mentes barajaban las posibilidades. Había dejado claro que no habría intercambio posible y que haría falta traer soldados para llevar a cabo un rescate.

Por ahora, al menos, habían decidido salvar a las dos niñas que aún estaban en el puesto comercial. Pájaro Amarillo les había indicado exactamente dónde se encontraban: escondidas en la trastienda.

Agradecido por la nubosidad que amortiguaba la visibilidad, Sam acarició su Colt mientras se arrastraba hacia la puerta trasera. Levantó con cautela el pestillo de cuero. Una mueca crispó su rostro al oír el fuerte crujido. Se detuvo en seco y contuvo la respiración hasta que los ronquidos provenientes de la habitación contigua confirmaron que aún dormían. Esperaba que fueran el comerciante y el veterano.

Sin hacer ruido, entró en el almacén donde Pájaro Amarillo le había dicho que estarían las niñas. Dos pares de ojos muy abiertos lo miraron cuando apartó la cortina y se adentró en la sucia habitación.

Se llevó un dedo a los labios y les hizo señas para que lo siguieran. Se quedaron inmóviles, como si sus pies estuvieran clavados al suelo. Sam sabía que no estaban atadas. Pájaro Amarillo se lo había asegurado. El comerciante tenía otros métodos para obligarlas a obedecer, y el hematoma en la mejilla de una de ellas era prueba suficiente.

La ira le trepó por la garganta, pero mantuvo la voz firme para no alarmarlas.

—He venido a rescataros —susurró—. Pero debéis levantaros y salir por vuestro propio pie. No puedo llevaros a las dos.

Una a una, comprendieron el mensaje y se incorporaron.

—Bien —murmuró—. Seguirme.

Obedecieron en silencio, arrastrando los pies sobre las viejas tablas del suelo. El corazón de Sam latía con violencia mientras se apartaba para empujar a cada niña hacia la salida.

—¿Qué demonios...?

—¡Correr, niñas! —gritó.

No hizo falta repetirlo. Salieron disparadas hacia la puerta justo cuando el destello del cañón de un arma iluminó fugazmente la oscuridad. Sam se lanzó tras ellas mientras los disparos de los rifles rasgaban el aire.

19

A Sam le latía la cabeza con fuerza y le costaba enfocar la imagen que tenía delante. Según Tim, debía de haberse golpeado contra una roca al lanzarse por la puerta del puesto comercial la noche anterior. Brian había estado cubriéndolo mientras Tim se arrastraba hacia delante para ponerlo a salvo. Sam se sentía un idiota por haberse dejado herir de aquella manera. Habían hecho falta dos novatos para sacarlo de allí.

Supuso que el orgullo precedía a la caída. Él era la prueba viviente de ello.

El comerciante les había disparado varias veces, pero pronto se rindió. Pájaro Amarillo le aseguró que no los seguiría; simplemente, era demasiado perezoso. Aquello, al menos, era una buena noticia.

Pájaro Amarillo cabalgaba justo detrás. Sam le estaba agradecido por ello. Si no fuera por su rígida fortaleza, probablemente habría caído del caballo hacía ya horas. El niño que el nativo llevaba en brazos se movía como si estuviera ansioso por nacer. Sam jamás había experimentado una sensación semejante.

Pájaro Amarillo se disculpó la primera vez que el bebé le propinó una patada en la espalda, pero Sam se apresuró a quitarle importancia. Un milagro en medio del caos y del dolor no era motivo para disculparse.

El sol de la tarde comenzaba a desaparecer tras una cresta montañosa al oeste cuando la caravana de carros apareció a lo lejos, recortada contra el horizonte.

Sam espoleó su montura. No le costó mucho convencer al animal de que pronto podría descansar.

Tim galopó por delante y frenó en seco.

—Espera, Sam. Tenemos que hablar.

Sam aguardaba algún tipo de negociación, pero prefería posponerla hasta haber hablado con Jared. Desde luego, no ahora, cuando cada movimiento del caballo le hacía girar el mundo. Pero sus heridas no parecían disuadir a los dos hombres lo más mínimo.

—Brian y yo lo vemos así: te salvamos el pellejo en el puesto comercial. Nos debes una.

—¿Qué tenéis en mente, muchachos?

—Ya sabes a qué me refiero —respondió Tim.

Brian asintió, apoyando a su compañero.

—Vamos a entregar a esa mujer a Águila En Picado. No es como si nadie la fuera a echar de menos. No tiene familia y ese indio no le hará daño. Además, los dos sabemos lo que era antes. ¿Quién más se casaría con ella?

Indignado, Sam tragó con dificultad, luchando contra las náuseas.

—No intercambiamos un ser humano por otro.

—No es por otro —insistió Brian—. Es por mi hermana, por la pequeña de Tim y por la niña Bridie Long. Son tres vidas por una puta a la que le da igual vivir o morir. ¿Cómo puedes ser tan terco?

La ira brotó blanca y ardiente, encendiendo su interior y haciendo que la cabeza le girara aún más por la fuerza de la emoción. Pero no estaba en condiciones de enfrentarse a nadie en ese momento.

—No volveremos a hablar de esto —sentenció con firmeza.

Espoleó su montura justo cuando los gritos del campamento indicaban que los habían visto. Tenía que recordarse a sí mismo

hablar con Jared cuanto antes. Necesitaban guardias adicionales para Rita. No se sabía de qué podían ser capaces esos hombres, desesperados como estaban.



La fuerza del viento en la cima de Independence Rock azotaba la falda de Rita y le robaba el aliento al golpearle la cara.

—No puedo creer que me haya dejado convencer para subir a esta maldita roca. No es más que un cuenco de granito boca abajo. Ojalá me hubiera ido a dar un chapuzón al río Sweetwater.

Las quejas de Jodie empezaban a irritarla. Rita se preguntaba por qué se había molestado en convencer a la joven para que la acompañara. A veces, Donna le había comentado que la chica no tenía mucho que ofrecer, pero Rita sentía una gran lealtad hacia ella. Era difícil no preocuparse por alguien que solo veía lo mejor de una.

Y, a pesar de lo que los demás opinaban, lo cierto era que Jodie tenía buen corazón. Mucho más de lo que quería aparentar. Pero, sobre todo, a Rita le preocupaba que desobedeciera las órdenes de Jared y terminara yéndose sola al río.

Era irónico, en realidad. Antes apenas conseguían que la muchacha se quitara la suciedad del cuerpo. Ahora era la primera en lanzarse al agua cada vez que acampaban cerca de algún lugar adecuado para nadar o bañarse.

—Ya he terminado —anunció Amanda, la última de las cuatro mujeres en usar la pintura.

—Entonces vámonos.

—¿Queréis ir a bañaros cuando volvamos? Jared dice que partimos a primera hora de la mañana.

A Rita le pareció una buena idea. Además, quería lavarse y ponerse un vestido limpio.

—Vamos.

—A Jared no le importará mientras estemos todas juntas. Pero una tendrá que hacer guardia mientras las demás se bañan. Luego podemos turnarnos.

Solo Amanda no había dicho nada. Las otras se volvieron hacia ella. Ella negó con la cabeza.

—No creo. Tengo… algo… que hacer.

Jodie frunció el ceño.

—¿Como qué?

Amanda esquivó la mirada, visiblemente incómoda.

—Yo solo… es…

Rita decidió ahorrarle el mal trago de tener que explicar algo que, claramente, quería mantener en secreto.

—No pasa nada si prefieres quedarte en el campamento, Amanda.

—Pensaba que íbamos a bañarnos para no oler mal.

Amanda se echó a reír.

—Prometo que me lavaré lo suficiente para no empezar a molestar.

Rita y Donna la acompañaron en la risa, y poco a poco Jodie también se relajó. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Está bien. Probablemente no necesites un baño tanto como el resto de nosotras.

Estaban a punto de comenzar el descenso por la roca —un tramo que Rita temía que fuera bastante más complicado que la subida— cuando unos gritos procedentes del campamento llamaron su atención.

—¡Eh, mirad allí! —La voz de Jodie resonó emocionada mientras señalaba más allá de la caravana, hacia el horizonte—. Si

no me equivoco, Sam ha vuelto… ¡y ha traído a los prisioneros con él! Vamos, quiero saberlo todo.

El corazón de Rita dio un vuelco y se le secó la boca. Habían pasado muchas cosas desde la partida de Sam. Cosas que él habría podido ayudarla a sobrellevar, si hubiera estado allí.

Incluso ahora, al verlo, anhelaba sentarse a su lado y dejar que su voz serena y su sabiduría tranquila la ayudaran a dar sentido a todo aquello: la muerte de tres hombres, el sufrimiento de Amanda, que aún no había derramado una lágrima por su marido asesinado. Al menos, que Rita supiera.

Amanda había permitido que Jodie entregara el diario de Lucille a Jared, y Wolfie había sido oficialmente exonerado del delito de matar al gallo, aunque ya no quedaba nadie que insistiera en su castigo.

Amanda había decidido permitir que el cachorro se quedara con Alfred, un gesto que alivió a Rita. No era que le disgustara el animal, pero con Jodie, Amanda y ella misma compartiendo la estrecha carreta, no había espacio para un perro que crecía día a día y comenzaba a parecerse cada vez más a un lobo.

Los ladridos del animal indicaron que también él había visto a los miembros de la caravana que regresaban. Rita sintió que el rostro se le encendía, pero no le importó. Estaba impaciente por ver a Sam. Un codazo en las costillas la hizo volver la mirada hacia Donna.

—¿Vas a bajar a verlo o piensas hacerlo esperar?

Una sonrisa curvó los labios de Rita.

—Ya voy.

Jared frunció el ceño al ver el tamaño del chichón en la cabeza de Sam. No estaba en condiciones de informar sobre el rescate, así que le ordenó irse directamente a descansar, sin permitirle decir una sola palabra.

—Ve a tu saco de dormir —ordenó—. Ya habrá tiempo para hablar de esto.

—Espera, Jared. Antes tengo que decirte una cosa. Lo demás puede esperar.

—De acuerdo. Solo una cosa.

—Protege a Rita.

—No te preocupes, amigo mío. He estado vigilándola. Además, ahora comparte la carreta con otras dos mujeres —dijo con una ligera sonrisa—. Y una de ellas es Jodie. Dispara tan bien como la mayoría de los hombres.

—No. Escúchame. Necesita guardias adicionales. Águila En Picado está decidido a tenerla.

Jared comprendió que la preocupación de su amigo iba más allá del simple instinto protector hacia la mujer que amaba.

Echó un vistazo en derredor, buscando a los dos hombres que habían acompañado a Sam. Recorrió el campamento con la mirada, pero no los vio por ninguna parte.

Varias mujeres se habían acercado a los niños rescatados y los cuidaban con ternura. La mujer india que había llegado junto a Sam permanecía a su lado. Jared posó la vista en su vientre abultado. Justo lo que necesitaban: otra embarazada más para sumarse a las veinte que se encontraban en distintas etapas de gestación.

—¿Señora?

Ella alzó la vista, los ojos castaños llenos de interrogantes, pero no respondió.

—¿Puede decirme qué ha pasado ahí fuera?

La vacilación en su mirada solo hizo crecer la inquietud de Jared.

—Por favor. Sam no está en condiciones de hablar y los dos hombres que venían con usted han desaparecido.

La mujer respiró hondo y asintió.

—Se lo contaré.

—Gracias. Por favor, siéntese. Mi esposa ha ido a la roca; de lo contrario, estaría aquí para traerle algo de beber. Puedo ofrecerle un poco de agua.

Ella asintió. Jared llenó una taza de hojalata con un cucharón de agua y se la entregó a la joven.

Ella le dio las gracias, bebió un sorbo y luego le clavó la mirada en los ojos.

—El jefe cheyenne quiere hacer un intercambio. Una mujer blanca que desea a cambio de la mujer y los dos niños que aún están en su campamento. Ha jurado que, si no acepta, habrá más batallas y no se detendrá hasta conseguirla. Solo esperará dos semanas.

El corazón de Jared se aceleró. Así que eso era lo que había llevado a Sam a pedirle que añadiera guardias.

—¿También fue cautiva de los cheyennes?

Ella bebió otro sorbo y negó con la cabeza.

—El comerciante Orlan me secuestró en la aldea de mi padre. He vivido con él como su mujer durante muchas lunas. Diez Pasos me ayudó a escapar.

Jared asintió.

—¿Águila En Picado dejó marchar a los otros niños?

Ella negó con decisión.

—Los vendió a Orlan. Diez Pasos también los rescató.

La luz de sus ojos al mencionar a Sam revelaba la profunda admiración que sentía por su amigo. Jared aprobaba aquel sentimiento. Si Sam se negaba a casarse con Rita por ser blanca y él medio indio, quizá fijaría su mirada en aquella joven y hermosa india. Si Sam se enamoraba de una mujer de su pueblo, tal vez no sentiría ya la necesidad de estar solo para siempre.

—El niño que lleva en su vientre —dijo señalando—. ¿Orlan es el padre?

—Sí.

—¿Vendrá a buscarla?

Ella negó lentamente.

—Habría cambiado a mi hijo a los pawnees, y quizá a mí también. Se había cansado de mí y planeaba traer a una nueva mujer al puesto comercial antes del invierno.

—¿Quiere quedarse con la caravana o prefiere volver con su gente?

—Me quedaré —respondió en voz baja—, si me lo permite.

Bueno, no podía echar a una mujer en su estado. Tendría que descubrir qué planeaba hacer Sam con ella y dejar que su amigo se encargara de la situación. Por ahora, tenía asuntos más urgentes: proteger la caravana de un ataque inminente del implacable jefe guerrero.

20

La miseria se apoderó de cada hueso en el cuerpo de Rita. Sentía que estaba al borde de un ataque de gritos y siseos. Cada vez que veía a Sam caminar junto a la hermosa india o aceptar comida de sus manos, se le cerraba la garganta y lo único que deseaba era gritar, llorar, arrojar una gran piedra y llamar su atención. Apenas le había dirigido dos palabras en la semana transcurrida desde que partieron de Independence Rock, a pesar de haber insistido en añadir guardias a su carreta.

Ahora se dirigían a South Pass, y en un momento en que debería comenzar a emocionarse por dejar atrás la parte este del país para adentrarse en la oeste, solo podía pensar en Sam y desear que la joven india se hubiera quedado con el comerciante. Aunque pensarlo la llenaba de culpa. Aun así...

Caminando junto a Donna, se sintió algo mejor, aunque no mucho.

—Escucha —le dijo su amiga—. Tienes que dejar de preocuparte por Sam y Pájaro Amarillo. No hay nada entre ellos.

Rita resopló y dirigió la mirada hacia la joven india, que removía una olla sobre la hoguera de Sam. Parecía muy cómoda.

—¿Estás segura de que él lo sabe?

Donna siguió su mirada.

—Bueno, quizá no, pero Sam no muestra ningún interés en ella.

—A cualquier hombre le halaga que una mujer le preste tanta atención. Créeme, lo sé.

—Jared dice que es solo su forma de mostrar gratitud porque Sam la rescató de aquel comerciante.

—Cocina para él. Incluso cuida de su caballo, por el amor de Dios. ¡Su caballo! A mí también me salvó, pero yo no limpio su animal. Quizá ese sea el problema. Tal vez si hiciera esas cosas, se daría cuenta de que sigo viva.

Donna soltó una breve risa.

Rita se volvió hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—Tú. Estás celosa, ¿verdad?

—No seas ridícula. Claro que no estoy celosa —respiró hondo con frialdad—. ¿De verdad crees que lo estoy?

—Puedes apostar por ello.

—No me extraña que el amor pueda volver loco a alguien —murmuró Rita, presionándose el estómago con la palma—. Supongo que lo amo.

A Donna se le cayó la mandíbula.

—¿Me estás diciendo que no lo sabías? ¿De verdad?

—Supongo que no. ¿Qué sé yo del amor?

—Oh, Rita. Rita. El amor es maravilloso.

Rita sintió un afecto sincero por su amiga. Sabía que Donna hablaba desde el corazón, pero la verdad era que el amor solo era maravilloso cuando la persona amada correspondía ese afecto. Sam nunca sería suyo. Y al observarlo ahora, mientras Pájaro Amarillo estaba de pie junto a la fogata removiendo una olla con lo que seguramente era la cena de Sam, resultaba evidente que formaban una pareja igualmente encantadora. Una mujer a punto de dar a luz,

un hombre esperando su comida. ¿Qué podía ser más adecuado para Sam?



Sam sabía que Rita merecía una explicación. Especialmente después de cómo la había besado la noche antes de marcharse. Pero, de algún modo, le resultaba demasiado difícil explicarle que también le debía algo a Pájaro Amarillo. Al fin y al cabo, la había sacado de su hogar; es cierto que ella se lo había suplicado, pero eran los únicos indios de la caravana y él sentía la responsabilidad de cuidar de ella. Además, ella necesitaría ayuda cuando diera a luz. Y eso ocurriría muy pronto.

Eso no significaba que se preocupara por ella como se preocupaba por Rita. Ni podría hacerlo jamás. Aun así, el hecho era que Pájaro Amarillo parecía una buena pareja para él. Y estaba dispuesto a ser el padre de su hijo si eso era lo que Dios le pedía. No podía darle la espalda hasta estar seguro.

Otros miembros de la caravana lo habían notado. Las mujeres que nunca le habían prestado atención antes de la llegada de Pájaro Amarillo ahora le lanzaban sonrisas divertidas y miradas cómplices. Supuso que no importaría quién fuera la mujer india. Mientras fuera india, la gente daría por sentado que era una pareja adecuada para el único hombre de la zona con sangre india corriendo por sus venas. ¿Acaso sabían o les importaba que no fueran de la misma tribu? ¿Importaba realmente?

Probablemente no. La piel roja era piel roja. Sin embargo, su amargura le sorprendió. En realidad, era ira. Resentimiento porque la única mujer a la que amaba más que a su propia vida estaba fuera de su alcance, pero la que todos consideraban adecuada no le hacía latir el corazón como Rita.

Pájaro Amarillo le entregó un cuenco de estofado de búfalo que olía muy bien y tortitas de maíz para mojar. La culpa lo invadió

incluso mientras se le hacía la boca agua con el delicioso aroma. Ahí estaba ella, embarazada, sirviéndole. Extendió la mano y le tomó la muñeca.

—Siéntate a mi lado y come algo —insistió con suavidad.

Ella negó con la cabeza y retrocedió.

—Comeré cuando tú hayas terminado.

Estaba claro que, aunque había vivido con un hombre blanco y conocía perfectamente sus costumbres, Pájaro Amarillo insistía en comportarse como si esa parte de su vida nunca hubiera existido.

—Aquí no se hace así, Pájaro Amarillo —le recordó con paciencia.

—Es la costumbre de nuestro pueblo —respondió ella con firmeza.

Su tranquila reprimenda le irritó profundamente.

—Yo también soy mitad blanco. ¿Por qué nadie parecía recordarlo? No es que él menospreciara su herencia sioux, pero tampoco menospreciaba su sangre blanca.

—Siéntate y cena conmigo o tiraré la mía y me quedaré con hambre —replicó él sin dudar.

—Entonces yo también comeré. —Pájaro Amarillo sirvió un plato de estofado en un cuenco de hojalata y se sentó en el suelo junto a la hoguera.

Los ladridos de Wolfie llamaron la atención de Sam, que se volvió hacia el ruido. Charles Harrison y sus dos hijos estaban cenando con Rita, Amanda y Jodie. La envidia casi le rompió el corazón a Sam al ver a Rita sonreír a Charles mientras le quitaba un trozo de carne y se lo lanzaba al perro gruñón.

No era de extrañar que el animal robara comida y se negara a aprender a obedecer si su dueño insistía en permitirle comportarse tan mal. Wolfie devoró su golosina y pidió más. La risa de Rita se la llevó el viento, y Sam sintió un profundo anhelo de ser el

destinatario de esa sonrisa y esa alegría. Pero no, un viudo le estaba quitando su lugar. Frunció el ceño.

—Tú... te preocupas por la mujer blanca. ¿Verdad? —preguntó con voz áspera.

Volvió la cabeza hacia Pájaro Amarillo, dispuesto a negar su observación. Pero la mirada solemne de sus ojos oscuros le dijo claramente que no tenía sentido negarlo.

—Sí —asintió con calma.

—Entonces, ¿te casarás con ella? —inquirió, incrédula.

Él soltó una breve risa.

—Ni hablar.

—No lo entiendo —confesó con honestidad.

—Una mujer blanca no se casa con un indio en el mundo de los blancos —explicó con pesar.

Ella ladeó la cabeza, con la confusión aún nublándole los ojos.

—¿No te casarás con la mujer que amas?

¿No había oído una sola palabra de lo que acababa de decir?

—No puedo —replicó con un suspiro—.

Encogió los hombros.

—Entonces quizá sería mejor que se uniera a la tribu de Águila En picado.

Solo pensarlo le provocó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Rita no quiere irse con Águila En picado —afirmó con firmeza.

—¿Ni siquiera aunque eso signifique liberar a los dos rehenes que tienen familia aquí y a otro niño? ¿Ni siquiera lo va a considerar? —insistió ella.

Sam no sabía si ella lo consideraría o no, pero no habría discusión sobre ese escenario mientras él tuviera aliento en el cuerpo. Además, Rita no tenía ni idea de que Águila En picado hubiera hecho la oferta. Solo lo sabían cinco personas: Sam, Jared, Timothy, Brian y Pájaro Amarillo. Sam había amenazado a Tim y Brian si le revelaban el trato y, por supuesto, Jared no diría ni una palabra. Ni siquiera a su propia esposa.

Pájaro Amarillo inclinó la cabeza bruscamente.

—No has hablado de esto con la que llamas Rita.

Sam no se disculpó.

—No lo he hecho. Ni lo haré.

—Pero tal vez ella decida aceptar la oferta de Águila En picado. Una mujer sioux tiene derecho a rechazarla. ¿Por qué no se le da a esta mujer la misma oportunidad que se le dio a tu propia madre para elegir a tu padre?

—Ya lo ha rechazado una vez —admitió Sam—. Es cierto que en aquel momento no había otros cautivos, pero no podía imaginar a Rita aceptando un trato así. Ni se lo permitiría.

Pájaro Amarillo permaneció en silencio después de eso. Se levantó, sin tocar la comida, y comenzó a recoger. A pesar de su pesada carga, se movía con la misma gracia que él recordaba de su propia madre. Su deseo desde hacía mucho tiempo era regresar a la nación siox, al pueblo de su madre. Ahora que Pájaro Amarillo había entrado en su vida, comenzaba a cuestionar sus deseos. ¿Era ella la compañera que había estado esperando? Si era así, no tenía más remedio que apartar de su mente a Rita y concentrarse en conocer a la mujer india.

Ella se volvió y lo encontró mirándola. Sus labios esbozaron una tímida sonrisa.

Sam se puso de pie de un salto y le entregó el cuenco vacío.

—Gracias, Pájaro Amarillo. La comida estaba deliciosa —expresó con sinceridad.

Se dirigió hacia la carreta de la señorita Sadie. Si alguien tenía las respuestas que buscaba, era la viuda.

El arroyo fluía entre las rocas mientras Brian y Tim permanecían uno al lado del otro bajo la luz de la media luna. El viento que bajaba de las Montañas Rocosas hacía que el aire fuera frío, pero Tim no sentía nada. Lo único en lo que podía pensar era en aquella mujer india con las manos sucias sobre su pequeña hija mientras ésta gritaba llamando a su padre.

—Los dos sabemos lo que debemos hacer —afirmó Brian con firmeza.

—Yo no estoy tan seguro —respondió Tim con vacilación, lo que enfureció a Brian. No era momento de ablandarse ni de cambiar de opinión.

—¿Quieres que tu hermana se convierta en una puta para algún cheyenne? —interpeló Brian con dureza.

Tim ni siquiera vio venir el golpe hasta que se encontró en el suelo, mirando al joven granjero enfurecido.

—No vuelvas a hablar así de mi hermana, ¿me oyes? —advirtió con voz temblorosa.

—Ahora escúchame a mí, Brian —replicó Tim, recuperando la compostura—. No pretendo faltarle al respeto. No es culpa suya que la secuestraran esos salvajes, igual que no fue culpa de mi Janey. Pero tienes que ser realista.

A riesgo de recibir otro puñetazo, Tim continuó, a pesar de la advertencia en los ojos de Brian.

—Tu hermana es una mujer muy guapa. Si no la recuperamos pronto, algún indio se fijará en ella y la querrá como esposa.

—Está bien. Pero no vuelvas a llamarla puta. ¿Queda claro? —concedió Brian con dureza.

—Me he pasado con eso —reconoció Tim, fingiendo arrepentimiento—. Ahora, pensemos cómo vamos a hacerlo.



Amanda había permanecido en silencio durante casi toda la comida, reservando sus pocas sonrisas para Alfred o Wolf. Por mucho que Rita odiara admitirlo, la mujer parecía hundirse en una oscuridad de la que no lograba sacarla. Por muy despreciable que hubiera sido, el señor Kane conocía perfectamente la fragilidad en la que se encontraba su esposa. Rita no dudaba que perder a aquel cachorro en aquel momento podría haberla llevado a la locura. Tal y como estaban las cosas, la traición que se revelaba en las páginas del diario de Lucille Adams parecía exceder lo que la pobre Amanda podía soportar. A veces, su mirada se tornaba casi ausente, como si no pudiera comprender las imágenes, los sonidos ni los olores que la rodeaban.

Rita intentaba animarla lo más posible, pero los últimos días habían sido duros. Apenas hablaba, casi no comía. Rita se sentía impotente. Inútil.

Metió las manos en el agua sucia y empezó a fregar. Detrás de ella, Amanda se movió y Rita se volvió para encontrar a su amiga de pie, alejándose del carro.

—Amanda, espera —la llamó—. ¿Adónde vas?

—Al arroyo —respondió sin detenerse.

—No puedes ir sola —insistió Rita.

—No voy sola. He quedado con Jodie.

Irritada, pero aliviada de que no estuviera sola, Rita asintió.

—Está bien. Pero hace frío esta noche. Yo no intentaría bañarme.

Amanda le hizo un gesto con la mano para que se apartara, dejando a Rita sintiéndose avergonzada, como una madre gallina. Pero, en realidad, podían morir de frío si intentaban bañarse en las aguas heladas a esas horas de la noche.

Aunque apenas era agosto, cuanto más ascendían los viajeros, más frías se volvían las noches. Esa misma mañana se habían despertado con escarcha en el suelo, y los picos nevados los rodeaban en el horizonte. Así que, a pesar del terreno accidentado y las laderas escarpadas, al menos había menos calor que soportar.

Rita terminó de fregar los platos en pocos minutos y se sentó en la parte delantera del carro para disfrutar de una taza de café antes de retirarse a descansar. Mientras repasaba en su mente las palabras y los gestos de Amanda, sus sospechas aumentaban. Justo cuando pensaba salir en busca de su amiga, Jodie entró en el campamento.

—¿Dónde está Amanda? —preguntó Rita.

—¿No está aquí? —Jodie se sirvió una taza de café—. No puedo estar pendiente de ella todo el tiempo.

—¿Dónde has estado?

—Jugando al póquer con un par de los peones.

Llamaban peones a los hombres solteros que se habían ido al oeste a trabajar en ranchos. A Jodie le gustaba sentarse con ellos a contar historias y jugar a las cartas. Rita le había advertido que no se ganara mala fama, pero a la joven no parecía importarle lo que la gente pensara de ella.

—¿Dónde está Amanda? —volvió a preguntar Rita.

—Es la segunda vez que me lo preguntas —resopló Jodie—. ¿Cómo voy a saber dónde está?

Un nudo se formó en el estómago de Rita. Cogió su chal del carro y tiró de Jodie con ella.

—Tenemos que ir a buscarla.

—¡Ay! No me tires del brazo —se detuvo en seco—. Espera un momento. ¿Me estás diciendo que Amanda ha desaparecido?

—No estoy segura. Solo sé que dijo que iba a reunirse contigo y que las dos iríais al arroyo.

—¿Sabes lo fría que está el agua? —increpó Jodie—. ¿Por qué iba a ser tan tonta?

Rita se encogió de hombros.

—Me pilló desprevenida mientras fregaba los platos. Dijo que iríais las dos.

—¿Crees que te ha mentido?

Entonces empezó a entender.

—Eso parece.

—Bueno, será mejor que vaya a buscarla antes de que se meta en el arroyo y se ahogue.

—Voy contigo.

—No, no vas a venir. Quédate aquí, donde no te secuestrará ese indio.

Rita no pudo evitar soltar una leve risa.

—Oh, Jodie, por el amor de Dios. Sabes que Águila En Picado no está ni cerca de aquí.

—Yo no sé nada de eso, y tú tampoco.

Era cierto. Aun así, Rita debía creer que, dado que los indios no habían regresado tras tanto tiempo, aquello debía ser buena señal. En cualquier caso, rezó fervientemente para que así fuera.

—Quédate aquí y espérame —ordenó Jodie—. Voy a buscar a Amanda.

Pero Rita se mantuvo firme.

—Si sintió la necesidad de mentirme para irse sola, es que algo le ocurre.

—¿Ahora te das cuenta?

Rita detestó la frialdad en el tono de Jodie.

—No. Pero esperaba que empezara a salir de eso en lugar de hundirse más.

—Bueno, vamos, si estás decidida a venir. La encontraron en el arroyo.

—Rita, ¿ves lo que yo veo?

Rita se quedó paralizada, desconcertada. La ropa de Amanda yacía en el suelo. Estaba desnuda a la luz de la luna, con los brazos en alto mientras giraba sin cesar.

—¿Qué demonios cree que hace? —murmuró.

—Está claro que no sabe lo que hace.

Con el corazón destrozado, Rita sacudió la cabeza y luchó por contener las lágrimas.

—Oh, Jodie, debe de estar perdiendo la razón.

—Quizá deberíamos ir a buscarla antes de que se haga daño —propuso Jodie—. Conocí a un hombre que perdió la cabeza por el dolor de haber perdido a su mujer y a su hijo a causa del cólera. Se arrojó al río y se ahogó sin más.

—Vamos —se movió con cautela Rita—. Ten cuidado de no asustarla. No sabemos qué podría hacer si nos acercamos demasiado rápido.

Avanzaron con cuidado hasta ella.

—Amanda —susurró Rita—. Somos Jodie y Rita. Venimos a ayudarte.

Amanda rompió a llorar al verlas y se dejó caer en los brazos de Rita.

—Ayudarme —balbuceó.

El corazón de Rita se retorció de compasión y acarició el cabello de la mujer en silencio.

—Vamos —musitó al fin—, salgamos de este frío.

Amanda no se resistió cuando las dos cogieron la ropa, la ayudaron a vestirse y la llevaron de vuelta al campamento, donde la acostaron en una cama. Salieron del carro y se sentaron juntas en el suelo, apoyadas en una rueda.

—¿Se lo decimos a alguien? —preguntó Jodie.

Desconcertada por todo lo sucedido, Rita negó con la cabeza.

—No lo sé. Si Amanda recupera pronto el sentido, se sentirá humillada. Pero si existe la más mínima posibilidad de que pueda ser un peligro para sí misma o para los demás, ¿no tendríamos la responsabilidad de avisar?

21

Jared maldijo el día en que decidió liderar otra caravana de pioneros rumbo a Oregón. Debería haberse quedado en la última, como había planeado, y así evitaría todos estos problemas. En la intimidad de su tienda, se lo confesó a su esposa.

—Pero tampoco me tendrías —le replicó Donna con sequedad. Yacía en sus brazos, fuera de la carreta que compartían Johnny y Jenny. Su cabello le rozaba la mejilla, pero no le importaba; en realidad, le agradaba esa sensación.

—Eres lo único bueno que tengo en mi vida —murmuró él.

—Pobre Amanda —dijo Donna con voz compasiva—. ¿Qué podemos hacer por ella?

—Estoy pensando en dejarla en Fort Bridger cuando lleguemos.

Donna se incorporó, dejando caer sus rizos rojos en cascada sobre el pecho de Jared.

—No lo dirás en serio.

—He dicho que casi —sonrió y la atrajo de nuevo hacia su hombro, donde debía estar—. La otra mitad de mí recuerda que mi mujer no volvería a dirigirme la palabra si lo hiciera.

—Más te vale hacerle caso. Porque tiene razón.

Donna guardó silencio, pero su respiración se mantuvo constante, así que él supo que no se había dormido.

—¿Hay algo más que te preocupe? —preguntó él.

—No —ella inhaló hondo—. Bueno, hay algo más de lo que no te he hablado.

—¿A qué te refieres?

—No le había dado importancia hasta ahora, pero Jenny me ha dicho que Amanda lleva un par de días llamándola Becca.

Jared frunció el ceño en la penumbra.

—¿Qué crees que significa?

—No estoy segura, pero si está perdiendo la razón, podría estar imaginando que Jenny es Becca. Por otro lado, tal vez solo piensa mucho en su hija y, como Jenny y Becca eran muy amigas, quizá se haya confundido al hablar sin darse cuenta.

—Podría ser. Pero nunca se puede ser demasiado precavido.

—Tienes razón. Creo que voy a vigilar más de cerca a mi hermana pequeña.

Jared exhaló.

—Le prepararé un colchón al otro lado de la tienda. Tú ve a buscarla.

Donna se incorporó y lo miró fijamente.

—Gracias, Jared. Tendremos toda la intimidad que quieras cuando lleguemos a Oregón y me construyas esa bonita cabaña de la que siempre hablas.

—¿La que tiene nuestro dormitorio en un extremo y el de los gemelos en el otro?

Una risa brotó de su garganta.

—Si eso es lo que hace falta para que seas feliz, construye las habitaciones donde quieras —bajó la cabeza y lo besó.

Cuando ella se apartó, Jared la sujetó con firmeza y correspondió el beso con más profundidad. Se separó y alargó la mano para apartarle los rizos elásticos detrás de las delicadas orejas —. Te quiero, señora Larson.

Su sonrisa lo decía todo, pero aun así susurró en la oscuridad:

—Y yo a ti.



Charles Harrison observaba desde la distancia cómo la pobre señora Kane luchaba por recomponerse lo suficiente para remover la olla de frijoles que preparaba para la cena. Ojalá hubiera tenido el valor de ofrecerle ayuda, pero sabía que las mujeres eran muy sensibles respecto a sus habilidades en la cocina y no quería ofenderla.

Se tambaleó hacia la olla y estuvo a punto de caer sobre el fuego, pero logró sujetarse a tiempo y enderezarse. A Charles le bastó aquel susto. Se acercó, pero se detuvo al ver cómo Amanda sacaba algo del bolsillo del delantal y se lo llevaba a los labios.

¿Estaba bebiendo? Si era así, eso explicaría su extraño comportamiento últimamente. Había notado las miradas fijas, el silencio y las ausencias en el campamento. Creía entender cómo el dolor podía cambiar a una persona. Al fin y al cabo, él había dejado a sus dos hijos a su suerte tras la muerte de su esposa. Había sido hosco y cruel en su duelo.

Pero aquello no duró mucho. Y, a decir verdad, la dulce aceptación de Alfred por parte de la señora Kane contribuyó en gran medida a que él volviera a ser él mismo. Si había algo que pudiera hacer por ella, quería devolverle su amabilidad.

Frunció el ceño cuando ella, una vez más, se llevó a la boca lo que parecía una botella. Al acercarse al campamento, el olor acre del humo le picó la nariz. Echó un vistazo a la olla de frijoles que Amanda tenía delante, pero parecía estar bien. Con el ceño fruncido, miró a su alrededor, buscando el origen del fuego.

En un instante, su corazón casi se detuvo al ver cómo una llama envolvía la parte inferior de la falda de Amanda.

Charles se abalanzó sobre ella, tirándola al suelo y cubriéndola con su propio cuerpo. Apenas sintió el ardor mientras el fuego se

apagaba lentamente. La gente se apresuró a acercarse hasta formar un corro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sam, que le seguía de cerca. La pequeña mujer india se acercó de inmediato a Amanda y se agachó junto a ella.

—Se le ha prendido fuego la falda —explicó Charles.

Sam frunció el ceño y señaló el estómago de Charles.

—¿Qué te ha pasado ahí?

Charles bajó la vista y vio la sangre y el fragmento de cristal que sobresalía de su cuerpo. Miró a Amanda, pero ella seguía inconsciente. Se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Bueno, será mejor que vayas a ver a Grant Kelley. Él parece saber cómo curar a todo el mundo.

Charles dudó.

—No parece tan grave. Probablemente podría...

—No se preocupe, señor Harrison —intervino Rita—. Nosotros nos encargaremos de Amanda. Vaya a que Grant le eche un vistazo a su herida.

Sus ojos le suplicaban y Charles comprendió que no era el único que había notado el extraño comportamiento de la señora Kane.

—Está bien, señorita Rita —cedió—. Volveré más tarde para ver cómo está.

—Quizá debería esperar hasta mañana. Últimamente está muy agotada y me temo que se dormirá pronto.

Aunque sabía que no pegaría ojo por la preocupación que le causaba aquella mujer, Charles comprendió que no tenía otra opción.

—Hasta mañana, entonces.

—Venga a desayunar y traiga a los niños.

Apreció el gesto y habría sonreído, pero el dolor empezó a intensificarse en el estómago. Se llevó la mano a la herida y vio que sangraba más de lo que pensaba.

—Será mejor que vaya a buscar al señor Kelley.

—Espere un momento. Es mucho peor de lo que parecía —Sam lo agarró del brazo—. Lo llevaré a su carro. Se volvió hacia Johnny—. Ve a buscar a Grant.

—Sí, señor —sin más, el muchacho salió corriendo.



El dolor atravesó el abdomen de Charles cuando abrió los ojos y hizo una mueca de dolor. Grant Kelley estaba sentado junto a su catre.

—¿Me has curado?

—Si te quedas quieto un par de días, estarás como nuevo. He tenido que darte unos puntos. Grant lo miró fijamente.

—¿Quieres decirme cómo se te metió un trozo de botella en el vientre?

Charles negó con la cabeza. Tenía sus sospechas, pero no estaba dispuesto a expresarlas en voz alta.

—Me temo que no puedo decirte más de lo que tú sabes. Me levanté y ahí estaba.

—Después de apagar el fuego del vestido de la señora Kane.

—Así es. —Charles respiró entrecortadamente—. Debía de haber una botella en el suelo.

—Eso sería raro, sobre todo en el campamento de Rita, ¿no crees?

Charles frunció el ceño.

—Mira, te he dicho todo lo que sé. ¿Me estás acusando de algo?

Grant lo miró con franqueza.

—¿Tienes algo que confesar?

—¿Por ejemplo?

—No sé. Pero, si no me equivoco, la parte de la botella que encontré en ti era de láudano. ¿Sabes algo de eso?

Charles negó con la cabeza.

—¿Láudano? ¿No era whisky?

—¿Whisky? —Grant negó con la cabeza—. Tienen forma y tamaño diferentes. ¿Seguro que no hay nada que quieras decirme?

—¿Seguro que no me estás acusando de nada?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Grant.

—Estoy seguro. Es bastante obvio que no sabías qué tipo de botella acabó en tu estómago.

—No, la vi bebiendo algo justo antes de que se le incendiara la falda, pero pensé que era whisky. Charles frunció el ceño de nuevo.

—Es una mujer muy buena. Ha pasado por demasiado en muy poco tiempo. No querría que la menospreciaran por esto.

Grant le dio una palmada en el hombro al hombre.

—Yo tampoco. Haré todo lo posible por mantenerlo en secreto. Pero tendré que contarle a Jared lo que está pasando. La adicción al láudano es bastante grave. Solo nos queda esperar que no lleve mucho tiempo tomándolo y que no tenga demasiados problemas.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Descansa y quédate en la cama hasta que te diga lo contrario. Entonces quizá puedas ser útil cuando ella realmente necesite a alguien que sea su amigo.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando tenga que empezar a recordar que sus hijos y su marido han muerto. Sin el láudano para adormecer sus sentidos, necesitará todos los amigos que pueda tener.

Charles lo vio marcharse. Sus pensamientos se posaron en la guapa viuda. Había esperado que, cuando llegaran a Oregón, ella considerara la posibilidad de casarse por conveniencia. Él necesitaba una esposa y los niños necesitaban el cariño de una mujer. Pero ¿cómo podía siquiera plantearse pedirle matrimonio a una mujer que necesitaba tanta ayuda? O tal vez Dios lo había enviado precisamente para eso. Para ayudarla a curarse.



Rita apenas durmió. ¿Por qué esa india tenía que ser tan hábil con la grasa de oso para untar las quemaduras de Amanda? ¿De dónde la había sacado? Solo llevaba viajando con ellos poco más de una semana. Por mucho que Rita insistiera en que podía cuidar de Amanda, la india insistía en que ella sería la encargada de cuidar las quemaduras.

¿Quién se creía que era?

Incluso ahora, cuando el hedor de la grasa casi expulsaba a Rita de la carreta, no estaba dispuesta a irse y dejar a esa criatura de Pájaro Amarillo sola con su amiga.

Jodie asomó la cabeza por la solapa al amanecer y solo dijo cuatro palabras.

—Dios mío, qué peste.

—Calmará sus quemaduras y mantendrá alejado el veneno —indicó Pájaro Amarillo antes de que Rita pudiera fruncir el ceño y ordenar a Jodie que saliera de la carreta. La joven india tenía la paciencia de Job y la sabiduría de Salomón. No era de extrañar que Sam se hubiera olvidado por completo de que Rita existía. A la luz de esta mujer, Rita definitivamente caminaba en la sombra.

La envidia la invadió con tanta fuerza que le dolía.

—Me voy un rato —anunció.

—Sí —murmuró Pájaro Amarillo—. Tienes que descansar.

—¿Y tú? —preguntó Jodie.

—Yo cuidaré de Amanda mientras tú echas una cabezada.

El rostro de Pájaro Amarillo se nubló con confusión.

—¿Una cabezada?

—Dormir. Ya sabes, cerrar los ojos.

Sus labios, de contornos sensuales, se curvaron en una sonrisa.

—Sí, lo sé. Dormir. Yo dormiré un rato y tú cuidarás de Amanda.

Jodie le devolvió una amplia sonrisa.

—Aprendes rápido. Jared dice que los hombres se van a cazar. Han encontrado una manada de búfalos a unos kilómetros al sur y creen que deberíamos almacenar algo de comida.

—¿Dos Pasos también va a cazar búfalos?

Rita se tensó al oír a la mujer utilizar el nombre indio de Sam. Le sonó demasiado familiar, como si entre ellos existiera una conexión especial que no compartían con nadie más. Bueno, claro que la había: ambos eran indios. Pero, a menos que Rita se equivocara, Pájaro Amarillo quería algo más que la camaradería de la sangre. Quería un esposo. Y Sam era el hombre que había elegido.

—No —respondió Jodie—. Jared reclamó el derecho a participar en esta caza. Se ha perdido las dos últimas. Así que le toca a Sam vigilar la caravana. —Soltó una risita—. Tampoco le hace mucha gracia.

El alivio que se dibujó en el rostro de Pájaro Amarillo provocó una nueva punzada de inquietud en Rita. Aquella mujer estaba reclamando lo que ella consideraba suyo.

Jodie señaló el vientre abultado de Pájaro Amarillo.

—¿Cuándo va a nacer ese pequeño papoose?

—¡Jodie! —exclamó Rita, horrorizada.

Pero la india solo sonrió. Al parecer, Jodie la había hechizado de alguna manera, y el sentimiento era mutuo.

—No pasa nada. Mi bebé se está impacientando. No tardará mucho.

—¿Crees que ese comerciante vendrá a por ti?

Por el amor de Dios… Aquella mujer no tenía ni pizca de decoro. Pero, una vez más, Pájaro Amarillo no pareció ofenderse.

—El comerciante Orlan no es un buen hombre. Si volvemos, venderá al bebé a los pawnee. Y a mí también. Pero no, no creo que venga a buscarme. Se cansó de mí cuando empezó a crecer el bebé en mi vientre.

Jodie soltó un bufido cargado de sarcasmo.

—Típico de los hombres. Consiguen una mujer embarazada y luego pierden el interés cuando se ponen gordas.

Rita gimió.

Pájaro Amarillo frunció el ceño como si intentara descifrar las palabras. Luego las asimiló… y se rió. Rita no sabía que las mujeres indias podían reírse con tanta alegría.

—No me importó que perdiera el interés.

—Ya me lo imaginaba —rió Jodie, y las dos compartieron un momento que excluyó por completo a Rita.

¿Iba esa mujer a robarle a todos los que le importaban?

22

Rita se despertó con el sonido de los sollozos de Amanda. Según Grant, sus quemaduras deberían estar curando bien. Pero los lamentos no cesaban. Parecía más consciente, pero incapaz, o sin ganas, de mantener una conversación.

—¿Crees que el médico tiene láudano? —había sido todo lo que había conseguido decir en un par de días. Al parecer, el dolor era demasiado.

La petición de Rita a Grant Kelley fue recibida con un ceño fruncido.

—Sus quemaduras no son tan graves. He visto peores al herrar a mi caballo.

Amanda había llorado cuando Rita le transmitió el mensaje. Y ahora volvía a llorar.

—¿Amanda? —susurró Rita en la oscuridad del carro—. ¿Estás bien?

—Me duele mucho. Rita, necesito láudano.

Si el dolor era tan intenso, Grant tendría que darle algo que la aliviara. Y si no entraba en razón, acudiría a Jared y lo obligaría a hacerlo. Esa negativa no era más que crueldad hacia una mujer que ya había soportado un sufrimiento inimaginable durante los últimos meses.

—Volveré tan pronto como pueda —le aseguró.

Amanda asintió.

—Date prisa, por favor.

Rita se calzó unos zapatos gastados, con botones y tacón bajo. Se los había comprado a la esposa de un oficial en Fort Laramie, después de que los cordones de los viejos se rompieran. En su opinión, estos eran mucho más prácticos y cómodos. Aún no se había atrevido a aceptar la oferta de la señorita Sadie de hacerle un par de mocasines, a pesar de que Donna no dejaba de elogiarlos.

Salió del carro y se adentró en la oscuridad del campamento dormido. Solo ardían unas pocas hogueras, y los únicos despiertos eran los guardias.

—¿Adónde va, señorita Rita? —preguntó Andrew Shewmate.

—¿Me vigila esta noche, señor Shewmate? —le costaba ocultar la irritación. Sinceramente, era absurdo que Sam insistiera en que la vigilaran el doble.

—Sí, señorita. Y usted sabe que no puedo dejarla vagar sola por el campamento.

—Oh, no lo haré. Solo voy a buscar al señor Kelley.

—Grant está de patrulla esta noche.

La frustración se apoderó de ella.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Toda la noche, supongo.

—Escuche, tengo que ir a ver al señor Larson. ¿Va a ponerme pegas?

—No. —Sus ojos la escudriñaron, y no había duda de su sinceridad.

—Bien. Nos vemos cuando vuelva.

—No.

—¿Qué está diciendo?

—Voy con usted.

—Vaya —murmuró ella—. Más vale que me considere una prisionera.

—Creo que eso es precisamente lo que estamos tratando de evitar, señorita Rita.

Se puso a caminar a su lado, sin una pizca de disculpa.

La tranquila reprimenda en su tono la avergonzó.

—Supongo que debería estar agradecida de que alguien se preocupe por mi seguridad… pero no creo que haya peligro de que los cheyennes vuelvan. Ya hemos llegado demasiado lejos.

—Mejor dejemos las suposiciones sobre los indios a quienes mejor las conocen.

Ahora aquel hombre incorregible era simplemente irritante.

—Bueno, supongo que es fácil decirlo cuando a usted no le sigue a cada instante un hombre al que apenas conoce.

—Lo siento, señorita Rita. Solo cumplo órdenes. Si hubiera traído a Jodie, no tendría que seguirla.

—Jodie lleva cuatro horas roncando.

—Pues no tengo otra opción.

Rita dudó un instante frente a la tienda de Jared y Donna antes de reunir el valor para llamar.

—¡Donna! ¡Jared!

Inmediatamente oyó movimiento en el interior y dio un paso atrás para esperar.

—¿Rita? —siseó Donna desde detrás de la lona—. ¿Eres tú?

—Sí. Siento despertaros. Tengo que hablar con vosotros dos sobre Amanda.

—¿Tiene que ser esta noche? Jared está durmiendo.

Rita frunció el ceño y se llevó las manos a las caderas.

—Sí, tiene que ser ahora mismo. ¿No crees que ya sabía que estaba durmiendo? Es importante.

—Estoy despierto —refunfuñó Jared—. No montes un escándalo, Rita.

—¡No lo estoy haciendo!

Aparecieron enseguida. Jared no parecía nada contento y, cuando habló, ni siquiera intentó ocultar su irritación.

—¿Qué es lo que no podía esperar hasta mañana?

—Amanda sufre un dolor terrible y Grant se niega a darle nada para aliviarlo.

—Eso no suena propio de Grant —intervino Donna, perpleja—. ¿Estás segura de que no lo has entendido mal?

—Estoy segura.

—Pero Grant suele ser el primero en querer ayudar cuando alguien está herido.

—Esta vez no —replicó Rita, sintiendo las palabras de Donna como una puñalada—. Quizá tiene algo en contra de las viudas afligidas.

—Dejar de hacer suposiciones. Las dos —terció Jared, pasándose los dedos por su espesa melena negra—. Sé por qué no le da nada. Y, casualmente, estoy de acuerdo con él.

Donna lo miró, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

Jared vaciló.

—Dínoslo —le exigió su esposa.

Él se encogió de hombros.

—Esa mujer es lo que vulgarmente se conoce como una adicta al opio.

Rita se sintió indignada.

—Eso es ridículo.

Pero, de alguna manera, todo su desánimo, su habla confusa, sus ganas de dormir, su desorientación cuando estaba despierta... todo cobraba sentido si tomaba demasiado láudano.

—Un momento —dijo Donna—. ¿Qué es una consumidora de opio?

Rita se volvió hacia ella.

—Exactamente lo que parece. Alguien adicta al opio. Sobre todo en forma de láudano.

—¿Te refieres a un medicamento? —preguntó Donna con voz incrédula.

Aquello solo sirvió para recordarle a Rita lo lejos que estaba de las mujeres decentes. Incluso Donna, con su pasado como sirvienta, había estado protegida de la mayor parte de la depravación del mundo. Rita había visto a demasiadas prostitutas consumir esa sustancia para adormecer la mente y poder soportar a sus clientes noche tras noche.

—Sí, Donna —respondió Rita—. La misma medicina que adormece el dolor adormece los sentidos, y para algunas personas, un uso prolongado les hace querer más y más.

—Pareces saber mucho sobre eso —intervino Jared, con esa vieja mueca de desprecio en el rostro.

—Sí, lo sé. —Lo miró fijamente, sin estar dispuesta a permitir que la hiciera sentir más inferior de lo que ya se sentía—. Ahora, ¿qué pasa con Amanda? Nunca la he visto tomar nada.

—Díselo a Charles Harrison.

—¿Qué tiene que ver Charles con esto?

—La razón por la que sigue postrado en su carro, dejando que sus hijos conduzcan el tiro, es porque la botella de láudano que

Amanda llevaba en el bolsillo del delantal se rompió cuando él la tiró al suelo y apagó el fuego.

—¿Eso es lo que tenía clavado en el estómago?

—¿Qué creías que era?

—Creía que una piedra afilada o un palo.

—Pues creías mal. Y ahora un buen hombre está herido. —Le señaló con el dedo—. Esa mujer no debe recibir ni una gota. ¿Entendido?

—Pero está llorando de dolor, Jared. ¿Cómo vamos a aliviar su sufrimiento si no le dejamos tomar láudano?

—Las quemaduras no son tan graves. No son agradables, eso es cierto, pero no lo suficientemente graves como para arriesgarse.

—Lo siento, Rita. —Donna puso la mano sobre su brazo—. Esta vez tengo que dar la razón a Jared. Amanda se ha comportado de forma extraña y ha asustado a Jenny un par de veces al confundirla con Becca. Comprendo todo lo que ha tenido que soportar Amanda, pero no podemos arriesgarnos a que sea un peligro para alguien.

Rita sabía que estaba en minoría. Y, sinceramente, no los culpaba. Al recordar los momentos en que Amanda parecía apática y ausente, supo que el diagnóstico de Grant era acertado.

—¿Por qué no me lo dijo Grant directamente?

—Decidimos permitir que se recuperara de los efectos con el menor número posible de personas al tanto. La señora Kane es una buena mujer y ha sufrido mucho —explicó Jared—. No tiene sentido que corran los rumores. Grant dijo que no debería tardar muchos días en eliminar todos los efectos de la medicina —añadió con un tono algo más suave—. Mientras tanto, ahora sabes por lo que está pasando, así que puedes ayudarla a recordar que pronto se encontrará mejor.

Rita asintió.

—Siento haberte despertado.

Donna se inclinó hacia delante y la abrazó.

—Eres una buena amiga. Amanda tiene suerte de que hayas entrado en su vida. Igual que yo. ¿Verdad, Jared?

Rita se encogió. ¿Por qué Donna tenía que intentar constantemente que Jared cambiara de opinión? A ese hombre nunca le gustaría. Ya era hora de que aceptara el hecho y se sintiera agradecida de que él no le hubiera prohibido ser su amiga.

—Bueno, Jared.

Rita tocó el brazo de su amiga.

—No pasa nada, Donna.

—Sí que pasa. Si no fuera por ti, probablemente seguiríamos en Newtown, Kansas, con esa vida horrible.

Donna tenía que saber que eso no era cierto. Si acaso, era al revés. La chica había ocultado cosas y planeado su huida durante más de un año. Rita se unió al plan en el último momento. Pero cuando la testaruda Donna se empeñaba en algo, no había quien le hiciera entrar en razón.

Rita negó con la cabeza, compadeciéndose del pobre Jared, y se encogió de hombros en señal de rendición. Más le valía rendirse también si quería dormir algo en toda la noche. Debió de entender sus señales, porque soltó un profundo suspiro.

—Está bien. Eres una mujer afortunada por tener una amiga como Rita. ¿Contenta?

Donna cruzó los brazos sobre el pecho.

—No ha sonado muy convincente. ¿Por qué siempre tienes que ser tan terco con Rita?

La paciencia de Rita se agotó.

—Buenas noches a los dos.

—Espera, Rita... Jared tiene algo que decirte.

Cansada de la discusión, Rita levantó una mano para silenciarlo.

—Donna, ¿por qué obligar al hombre a decir una mentira? Si no le gusto, no importa. Estoy acostumbrada. De veras le agradezco que nos haya permitido unirnos a la caravana, que viniera a buscarnos junto a Sam y Grant, y que te quiera tanto. Más allá de eso, déjalo en paz y sé una buena esposa para él; se lo merece. Ya he terminado aquí. Estoy cansada y acabo de recibir malas noticias sobre una amiga muy querida. Buenas noches.

Se dio media vuelta, dejando a Donna y Jared mirándola, pero no tenía ánimos para seguir escuchando sus discusiones delante de ella.



Sam se despertó sobresaltado y se incorporó rápidamente al ver a Rita pasar junto a él, seguida por Andrew Shewmate, que se apresuraba para no perderla de vista. El evidente desasosiego de Rita le provocó un mal presentimiento. Se calzó los mocasines sin perder tiempo y salió tras ellos. En pocos pasos los alcanzó y le dio una palmada en el hombro a Andrew.

—No pasa nada. Yo la acompaño a la carreta.

—Ten cuidado al andar solo conmigo en mitad de la noche —ironizó Rita, con un sarcasmo impropio en ella—. Podría sentirme comprometida, y entonces tendrías que casarte conmigo.

—Rita, por favor…

—¿Por favor? —se detuvo en seco y se volvió hacia él con el rostro encendido por la ira—. ¿Por favor finge que ese beso nunca ocurrió? ¿Por favor haz como si no me hubieras dirigido más de dos palabras en toda la semana que llevas aquí? Oh, espera. Tal vez lo que quieres decir es que no sienta nada por haber traído al campamento a una mujer india embarazada. Una mujer que, a todas

luces, parece estar preparándose para convertirse en tu esposa. —Cruzó los brazos con firmeza—. ¿Y bien? ¿A qué por favor te referías?

—Por favor, no te enfades conmigo —suplicó él.

Ella se encogió de hombros, y su rostro, al instante, se quebró en dolor. Sam se inclinó hacia ella, pero lo detuvo con la palma abierta sobre su pecho.

—No me abraces —susurró con los labios temblorosos—. Es demasiado duro cuando me sueltas.

Se dio la vuelta y se alejó. Sam fue tras ella.

—Por favor, no me sigas, Sam. Puedo volver sola, sana y salva. Sabes que puedo. Hay al menos cuatro guardias entre la carreta y yo.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, Sam. No quiero —replicó sin volverse—. Buenas noches.

Sam la observó hasta que llegó a la carreta y se metió en la tienda. Se aseguró de que los dos guardias continuaban en su puesto. Tranquilizado, volvió junto a su saco de dormir.

El dolor le oprimía el pecho mientras se acurrucaba cerca del fuego. Agradecía su calor, aunque no tanto como para exponerse a quemaduras peores que las de la señora Kane. El dolor en los ojos de Rita casi lo había destrozado. Quería pedirle que fuera su esposa. Su mente se llenó de posibilidades, de sueños. Pero ¿cómo podrían estar juntos en un mundo donde el color de piel de un hombre lo definía ante tantos ojos?

Tal vez no fuera más que un cobarde.

23

Rita abrió los ojos y vio a Amanda arrodillada a su lado.

—¿Qué pasa? Me has dado un susto de muerte.

—Shhh —su amiga sonrió y señaló a Jodie, que dormía—. No la despertemos. Me siento mucho mejor. Quiero darme un baño. ¿Vienes conmigo?

Algo no le cuadraba.

—Amanda, ¿estás segura de que deberías mojar esas quemaduras?

Amanda hizo un gesto con la mano, restándole importancia, y soltó una risita.

—Estoy dispuesta a arriesgarme, porque creo que el agua aliviará el escozor —susurró—. Además, hace tanto tiempo que no me baño que me da miedo que la gente me confunda con Jodie cuando me huela.

Una sonrisa asomó en los labios de Rita.

—Me encantaría ir contigo, pero los guardias no me dejarán salir del campamento sin el permiso de Sam.

—Vístete. Yo me encargo de los guardias.

Aunque dudosa, Rita se encogió de hombros.

—Puedes intentarlo, si quieres.

Cuando terminó de vestirse, Amanda ya había regresado.

—¿Todo listo?

—¿Despertamos a Jodie y la llevamos con nosotras?

—Déjala dormir. Mañana tendrá que estar todo el día de exploración. Además, he notado que ha estado tosiendo. Probablemente no debería bañarse por la noche.

Rita también lo había notado. Amanda tenía razón. Asintió con la cabeza.

—¿Qué has hecho con los guardias?

—Les he prometido que les daría las últimas manzanas que me quedan en el tarro y les haría un pastel si nos dejaban ir al arroyo antes de que se despertara todo el campamento.

—¿Aceptaron dejar sus puestos por un pastel? —Rita se sintió casi insultada por la falta de lealtad de aquellos que se suponía que eran sus protectores. Casi sospechó que Amanda mentía, pero al salir, no había ni un solo guardia allí para ordenarle que regresara o para acompañarlas.

Una sensación de desnudez la invadió. La imagen del rostro de Águila En Picado la perseguía.

—Amanda, espera. —Su amiga se volvió—. ¿Qué pasa?

—Nada, en realidad. Es solo que... no creo que debamos ir solas.

—Oh, Rita. No seas miedosa —su voz temblaba, como si fuera a echarse a llorar—. Dijiste que vendrías conmigo.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo? —preguntó Rita.

—¡Rita, por favor! —su voz se elevó ligeramente—. Tengo que hacerlo.

—Está bien. Lo siento.

Probablemente Amanda ansiaba sentir el agua fría en las piernas. Y después de todo el sudor y el dolor que había soportado, un buen baño le vendría bien.

Las dos mujeres permanecieron lo más calladas posible mientras abandonaban el campamento y se dirigían al arroyo. En aquella parte del país había más rocas y menos árboles, y no muchos sitios donde esconderse para desnudarse. Así que, al llegar, Rita miró a su alrededor.

—Está bien. Tú desnúdate, yo haré guardia.

Amanda se giró de repente y la sujetó por los brazos. La mirada salvaje en sus ojos asustó a Rita.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Rita, no puedo hacerte esto. Tienes que volver al campamento, ahora mismo.

—No dices nada con sentido.

Un sollozo se le atragantó en la garganta a Amanda.

—Los dos hombres que se fueron con Sam... debieron de oír a alguien hablar del láudano. Anoche, mientras tú no estabas, vinieron a mi tienda y me dijeron que, si te llevaba al bosque, me darían un poco. Incluso me dieron una pequeña cantidad como anticipo.

Las palabras de Amanda comenzaron a calar en ella y el miedo la invadió. Eso explicaba por qué la mujer había dejado de sollozar y había caído en un sueño dichoso cuando Rita regresó a su tienda.

—Volvamos al campamento —ordenó, disgustada con Amanda, pero aliviada de que hubiese decidido decir la verdad antes de que fuera demasiado tarde.

Se dio la vuelta justo cuando Amanda gritó.

—No nos cause problemas, señora —Tim, el hombre que había perdido a su esposa e hija, la sujetó con fuerza. Luego miró a Amanda—. Aquí tiene su paga.

Le puso un frasco en las manos.

Amanda lo tomó, pero en seguida se lo devolvió.

—No, quédeselo. Déjela ir. Por favor, déjela ir.

La ira se apoderó de Rita al comprender la traición. ¿La habían vendido? ¿Por qué? ¿Por una botella de medicina?

—Rita, lo siento. Lo siento mucho —suplicó.

—No lo entiendo. ¿Qué quieren ustedes de mí?

—No es lo que estás pensando, puta asquerosa —gruñó uno de ellos.

Los sollozos de Amanda se hicieron más fuertes.

—Rita, por favor, dime que me perdonas —rogó.

—Está bien. Amanda, te perdono —susurró Rita.

—No. No puedes. Ellos van a...

—¿Qué? ¿Qué van a hacer? —preguntó Rita, con el corazón latiendo con fuerza a medida que la sospecha crecía en su pecho.

—Te vamos a llevar con ese indio. Le dijo a Sam que dejaría ir a los otros cautivos a cambio de ti —informó Brian.

El cuerpo de Rita se estremeció. Sintió que se le helaba la sangre.

—¿Me vais a entregar a los cheyennes? —levantó la mirada hacia Tim, pero él se negó a sostenerle la vista.

—No tengo otra opción si quiero recuperar a mi pequeña —explicó.

—Pero creía que los soldados iban a entrar y exigir su liberación.

—Eso es lo que dicen —intervino Brian—. Pero para cuando llegue el ejército, podría ser demasiado tarde. No puedo arriesgarme a que mi hermana siga allí. Solo tenemos que entregarte a Águila En Picado y recuperaremos a nuestros seres queridos.

Incluso a Rita le pareció lógico. ¿Por qué no cambiar a una prostituta por tres hermosas mujeres que tenían toda una vida por delante? De algún modo, tenía sentido.

—Está bien. ¿Has pensado en robar un caballo para mí? —inquirió.

—¿No vas a luchar contra nosotros? —preguntó Tim, desconcertado.

Rita negó con la cabeza.

—¿Para qué?

—Tenemos caballos escondidos a medio kilómetro río abajo.

—Entonces, vámonos.

—¿Y ella? —preguntó Tim, señalando a Amanda.

—Déjala ir. Ya se ha bebido la mitad del frasco. No es una amenaza —ordenó Brian.

Tim negó con la cabeza, disgustado.

—Está bien. Vamos.

—Por encima de mi cadáver.

Rita casi rompió a llorar al oír la voz ronca y familiar de Jodie.

—Tú y tú, dejar las armas en el suelo y apartarlas con el pie —mandó.

—Ni se te ocurra intentar impedir que nos la llevemos, nena —gruñó Tim, e intentó agarrar a Rita, pero ella lo esquivó y corrió hacia Jodie.

—No lo estoy intentando, lo estoy haciendo. Si no hacéis lo que digo, tendré que disparar. Y no creáis que no lo haré. ¿Queréis que vuestra pequeña se quede huérfana? ¿O preferís estar aquí cuando el ejército la traiga de vuelta? —amenazó Jodie.

—Mejor hacer lo que dice, chicos.

Sam y Grant aparecieron con las armas desenfundadas. Brian y Tim se rindieron.

—¿Cómo lo sabíais? —preguntó Jodie.

Sam respondió, sin apartar la mirada de Rita. Ella estaba tan agradecida por haber sido rescatada que lo único que pudo hacer fue lanzarse a sus brazos.

—Pájaro Amarillo vio a la señora Kane sacándote de aquí y supuso que los dos hombres la estaban usando para traicionarte —explicó.

—¿Traicionarme? —preguntó Rita, mientras su cuerpo comenzaba a temblar—. Primero pensaron que Pájaro Amarillo querría quitarte de en medio. Así que acudieron a ella con la propuesta de que te alejara de la caravana, donde te secuestrarían y te llevarían ante Águila En Picado.

Sam no pudo contenerse más y se acercó a Rita, atrayéndola hacia el calor de sus brazos. Sin importar las miradas ajenas, ella se acurrucó contra su pecho, saboreando el consuelo mientras durara.

—¿Por qué iban a pensar que Pájaro Amarillo quería quitarme de en medio? —inquirió.

Él soltó una breve risa y se apartó un poco.

—Al parecer, soy incapaz de ocultar lo que siento por ti a nadie más que a ti.

Rita dudó.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que he dejado de luchar contra mi amor por ti. Te pido que te cases conmigo.

—Ya era hora de que entrara algo de sentido común en esa cabeza tan dura —intervino Jodie con sorna.

—Jodie, por favor —replicó Rita, entre resignada y divertida—. ¿Ni siquiera puedo recibir una proposición de matrimonio sin que te entrometas?

—Está bien —aceptó Jodie—. Voy a llevar a estos dos idiotas de vuelta al campamento antes de que causen más problemas —miró a Grant y señaló con la cabeza a Amanda—. Será mejor que

vayas a buscarla. Probablemente tendrás que llevarla en brazos hasta el campamento.

—¿Qué crees que le pasará a Amanda? —preguntó Rita, con preocupación—. Necesita ayuda. No creerás que Jared la obligará a dejar la caravana, ¿verdad?

Sam la estrechó con más fuerza.

—No lo sé. Jared querrá hablar con ella y es muy probable que haya consecuencias por lo que ha hecho. Pero quizá sea indulgente, ya que ella sufre tanto.

—Eso espero —murmuró Rita.

Los ojos de Brian brillaron con odio puro.

—Espero que sepas que probablemente has condenado a mi hermana a una vida como india.

—Como tú ibas a hacer con Rita —respondió Sam con severidad—. Sin embargo, los soldados deberían llegar al campamento de Águila En Picado en cualquier momento para intentar negociar su liberación. No creo que los cheyennes estén preparados para una guerra.

—Más vale que tengas razón —replicó Tim con voz quebrada—. Esto no es justo.

—Lo sé —contestó Sam con voz llena de bondad—. Pero no podemos intercambiar a una persona por otra.

—No sé cómo puedes comparar a esa mujer con mi pequeña.

—Te equivocaste al decir que debíamos entregar a Rita a Águila En Picado porque no había nadie que se preocupara por ella.

Sam tomó la mano de Rita y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Amo a esta mujer con todo mi corazón y no la entregaría ni aunque fuera para salvar mil vidas.

Las palabras le llegaron con tal convicción que el corazón de Rita casi estalló de orgullo.

—Está bien —sentenció Jodie con firmeza—. Basta de discusiones. Basta de discusiones. Me llevo a estos dos al campamento para que resuelvan los asuntos que tienen pendientes.

Los dedos de Sam permanecieron entrelazados con los de Rita mientras observaban cómo los demás desaparecían de su vista. Entonces, él se volvió hacia ella.

—¿Y bien?

—¿Esperas una respuesta?

—Sabes que sí.

—¿Y qué hay de Pájaro Amarillo?

—Había pensado en pedirle que se casara conmigo —confesó —. Los dos somos indios. A la sociedad le habría resultado fácil aceptar un matrimonio así. Pero incluso Pájaro Amarillo sabía que no sería lo correcto entre nosotros. Ella vino a verme esta noche y me habló desde el corazón. Pudo ver cuánto te amo y no quiso ser la razón por la que no estuviera con la mujer que amo.

—Ya veo —murmuró Rita, sin saber qué más decir. Miró hacia el horizonte oriental, donde la oscuridad comenzaba a desvanecerse sobre las montañas—. Es precioso, ¿verdad?

Sam separó sus dedos y la rodeó con el brazo por la cintura, mirándola a los ojos mientras la atraía hacia sí.

—Oregón es aún más hermoso. Los valles son frondosos y la tierra fértil para cultivar. Sueño con construir allí una misión para las tribus. y, quizá, con el tiempo, abrir una escuela.

El corazón de Rita se hundió al clarear su mente de nuevo. Nunca podría estar con Sam. Ella seguía siendo una antigua prostituta y él tenía el corazón puesto en la predicación. Dios seguramente no querría que se casara con alguien como ella.

—Serás maravilloso, Sam.

Él frunció el ceño.

—Pero... ¿?

—Pero sigue habiendo un problema.

—¿Cuál? —buscó con sus ojos los de ella—. ¿No me quieres?

—Sabes que sí. —Los ojos de Rita se humedecieron—. Dijiste que no podíamos estar juntos por mi pasado.

—Estoy seguro de que nunca dije nada semejante.

—Sí, lo dijiste. Te oí hablar con Jared hace poco. Dijiste que no veías cómo podría funcionar un matrimonio entre nosotros.

Sam la miró atónito.

—¿Lo ves? Ni siquiera puedes negarlo.

—¿Lo oíste?

Rita asintió. El calor de los brazos de Sam era tan reconfortante que no quiso alejarse, aunque temía que él retirara la propuesta.

—¿Por qué pensaste que eso tenía algo que ver con tu pasado?

No era exactamente la explicación que ella esperaba. Más bien, debía ser ella quien la diera.

—Porque… ¿qué otra cosa podría ser?

Los ojos de Sam se llenaron de ternura y la atrajo hacia sí.

—Voy a besarte.

Sus labios se posaron sobre los de ella. Rita rodeó su cuello con los brazos y correspondió al beso. Sus caricias despertaban sensaciones desconocidas, la hacían sentir como una colegiala embriagada, pues el amor que él le profesaba disipaba el recuerdo de todos los hombres que la habían usado.

Sam se apartó y tomó sus manos entre las suyas, presionándolas contra su pecho.

—Mírame.

—¿No sabes que hablo en serio cuando digo que eres pura y limpia ante Dios? —susurró, con sus ojos marrones colmados de sincera devoción—. Jamás sería yo quien te hiciera sentir que sigues siendo la mujer que vivía encima del Saloon de George. Eres nueva y casta en todos los sentidos. A los ojos de Dios y a los míos.

El corazón de Rita se llenó tanto que soltó una carcajada, aunque pronto se calmó.

—Entonces, ¿qué querías decir? —musitó—. ¿Cuando dijiste que un matrimonio entre nosotros nunca podría funcionar?

Él sonrió y posó sus cálidos y suaves labios sobre su frente.

—Lo que quería decir es que yo soy mitad indio y tú eres una mujer blanca.

Rita sintió que se le caía la mandíbula y la ira la invadió.

—¿Me estás diciendo que casi no me pediste matrimonio porque a la gente no le gustaría que una mujer blanca se uniera a un hombre medio indio?

Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Exactamente.

—Dios mira el corazón, y yo también. Jamás pensé en que fueras indio, salvo por lo guapo que eres.

—Me alegro de que te guste mi aspecto. —Le dio un beso rápido y se apartó—. Más pronto que tarde tendremos que enfrentar dificultades porque soy medio sioux. Así que piénsalo bien antes de darme tu respuesta.

La terquedad hizo que Rita enderezara los hombros y levantara la barbilla.

Lo miró directamente a los ojos.

—Ya te he respondido.

—¿De verdad?

—¿No lo he hecho? —frunció el ceño, repasando mentalmente sus palabras—. Quizá no. Entonces déjame decirte por qué quiero casarme contigo. —Le alzó el rostro y le dio un breve beso—. Porque es la segunda vez que vienes a rescatarme. La primera, cuando George me secuestró y me trajiste de vuelta. La segunda, cuando viniste a buscarme antes de que esos dos lograran llevármela.

Sam le puso un dedo en los labios.

—Y a partir de ahora, nunca te dejaré ir. Si respondes a la pregunta: ¿quieres casarte conmigo?

Rita cerró los ojos, disfrutando de la seguridad que le brindaban los fuertes y capaces brazos de Sam.

—Bésame y tendrás mi respuesta.

Los años de dolor se desvanecieron ante la promesa del amor de ese hombre. Sabía que no tenía nada que temer. Nada del pasado podría afectarla ahora. En los ojos de Sam se sentía verdaderamente hermosa. En sus brazos, comprendía que se había barrido por completo su pasado y que ante ella se abría una vida llena de belleza y felicidad con el hombre que Dios había creado para ella.

Los ojos de Rita se llenaron de lágrimas cuando Sam posó suavemente sus labios sobre los suyos. Ella le devolvió el beso con tal intensidad que rezó para no dejar ninguna duda: sería su esposa.